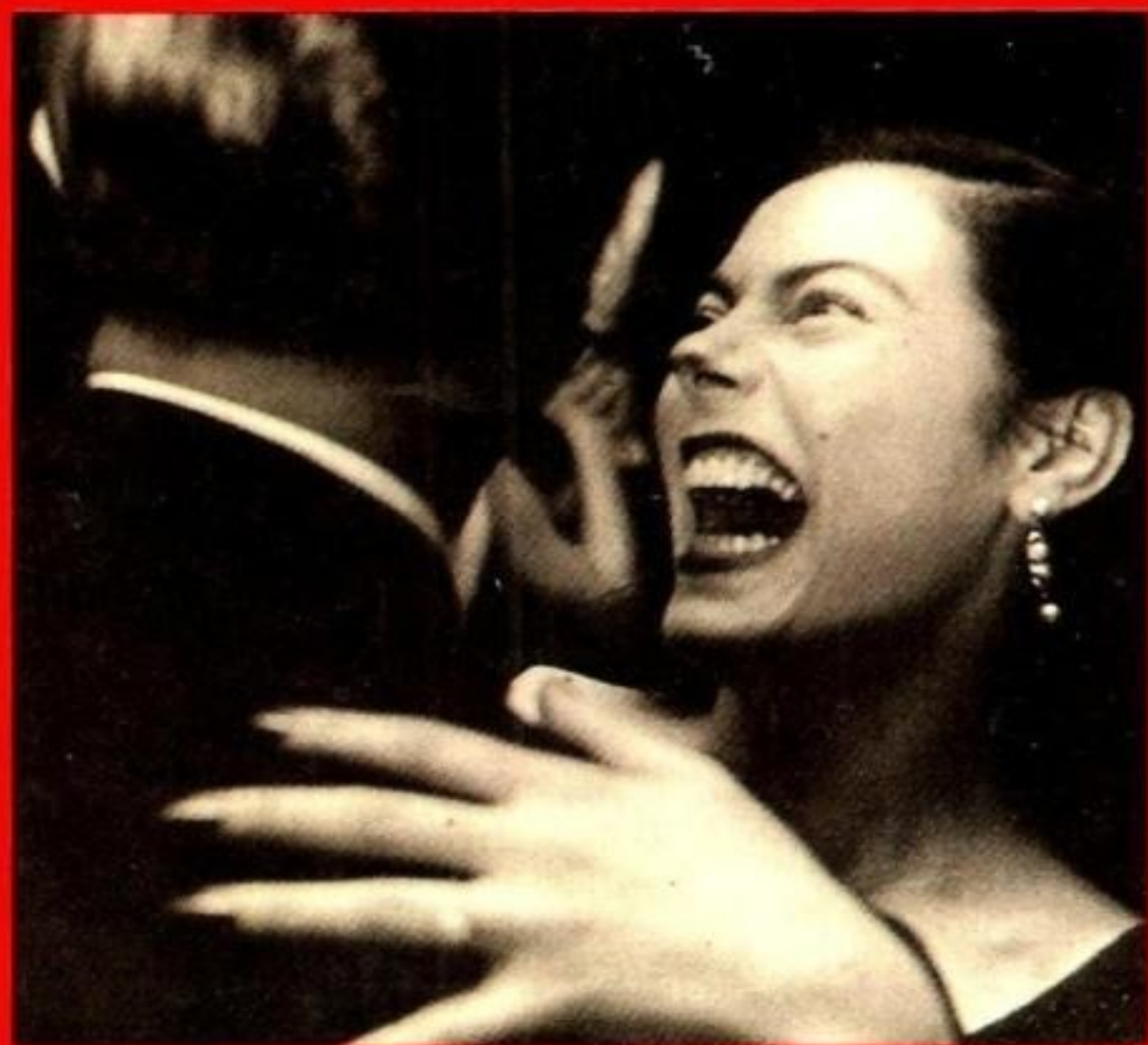


Pedro Zarraluki

La historia del silencio



Lectulandia

Esta novela trata de otro libro que no llegó a ser escrito, y también de todo aquello que ocultamos a las personas que más seguras están de conocernos. Tras una bella ensoñación compartida, una pareja decide embarcarse en la preparación de un libro sobre el silencio. Emprenden el trabajo con desordenada pasión y no tardan en descubrir que el silencio aparece por todas partes: en el insomnio de Scott Fitzgerald, en la tribu de los mabaanes, en los escritos de Auden y en los experimentos de sir Robert Boyle, aunque revestido siempre por su impenetrable calidad de ausencia. Con el tiempo, sospecharán que cada persona se relaciona con sus propios silencios de una forma parecida a como lo hace con sus propias manos.

**Lectulandia**

Pedro Zarraluki

# **La historia del silencio**

**XII Premio Heralde de Novela, 1994**

ePub r1.0

Bacha15 09.10.13

Título original: *La historia del silencio*

Pedro Zarraluki, 1994

Editor digital: Bacha15

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*Uno tomaba dos sonidos fuertes y hacía un silencio de ellos. Otro creó una profunda oscuridad con dos luces brillantes.*

EDGAR ALLAN POE

*Todos somos locos los unos de los otros.*

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

Este libro trata de cómo no llegó a escribirse otro libro que debería haberse titulado *La historia del silencio*. Aunque habitual, el fracaso es difícil de explicar. Hay personas admirables, capaces de realizar grandes esfuerzos, que consiguen llevar a término empresas que parecían disparatadas. No es nuestro caso, por desgracia. Hace algo más de dos años comenzamos una investigación tan exhaustiva como desordenada. El resultado no pudo ser más decepcionante. Lo que el lector sostiene entre sus manos no es el tratado con el que habíamos soñado, sino más bien la historia de una renuncia. El propósito inicial era a todas luces desmedido. Querer explicarse lo que sucede en aquellos instantes en los que no sucede nada, penetrar en el silencio —y en la quietud, la oscuridad y la ausencia, el pensamiento mismo—, aunque se intente sólo de una forma parcial y subjetiva, es una aspiración tan fuera de lugar que condena al naufragio a los más entusiastas —tampoco es nuestro caso, por desgracia— esfuerzos por conseguirlo. El nuestro fue un esfuerzo exhausto, valga la paradoja, aunque a pesar de todo es probable que tuviera cierto mérito. Debía de tenerlo, pues algunas personas creyeron en la idea y nos enviaron toneladas de información. Bastará como ejemplo de todo esto el de una amiga mundana y extremadamente locuaz —nuestra querida Olga—, que nos llamó un día para decirnos que había estado dos horas inmóvil sin abrir la boca en lo más desbocado de una fiesta, como callado y sincero homenaje a nuestra labor. Se lo agradecemos con toda la intensidad de que somos capaces, que es bastante. Pero su testimonio, con todo y ser heroico, no descubría ningún camino que no hubiéramos considerado. A aquellas alturas, llevábamos ya mucho tiempo estudiando las infinitas posibilidades que nos brindaba el silencio. A falta de mejores ideas, habíamos incluso estado una semana entera sin hablarnos, con la sola intención de comprobar si podíamos soportarnos sin pronunciar palabra. Fui yo el que rompió la estupidez de nuestro pacto, por distracción, aunque Irene sigue sospechando que lo hice en un raptó de impaciencia. Acababa de llegar de la calle y desparramé sobre la mesa de la cocina la compra del supermercado. Irene había puesto ya en el fuego una cacerola con agua para hervir la pasta. Entonces la miré con gran desolación —y con excesiva naturalidad para no ser algo premeditado, según ella— y le dije que no había comprado spaghetti. De aquella forma, en el mundo de nuestras muletillas privadas, *no he comprado spaghetti* pasó a significar que se renunciaba a algo por una especie de cansancio insuperable. Así, una vez que Irene llevaba ya cuatro días sin fumar, dijo *no he comprado spaghetti* y encendió un cigarrillo. Y yo lo dije en la cama, nada más despertarme, cuando decidí abandonar mi voluntarioso intento de acudir cada mañana al gimnasio. Y ambos, cuando apagamos el ordenador después de un fin de semana entero intentando ganarle al ajedrez, cuando dejamos de alimentarnos sólo de fruta los jueves, y todas las noches en las que llegaba François para darnos las clases de francés y a pesar de ello decidíamos ver una película en la televisión. A partir de

aquel día aciago en que volvimos a hablar nos lamentamos cientos de veces de no haber comprado los famosos spaghetti, lo cual me lleva a pensar que nos pasamos la vida renunciando a cosas, especialmente a aquellas cuya realización depende sólo de nosotros.

Irene y yo hemos llegado a indigestarnos de silencio, pero hasta hace poco nos parecía normal que las cosas sonaran. No nos habíamos planteado la importancia que puede llegar a tener el sonido o su ausencia. Nuestro trabajo se originó a consecuencia de una rebelión del entorno. Irene colaboraba de forma esporádica — pero hasta aquel momento constante— con una editorial especializada en enciclopedias. Acababa de terminar unos fascículos que, con el título algo hitleriano de *Mi único amigo*, presentaban al lector las diferentes razas de perros. En aquel momento Irene era una gran especialista en canes, de la misma forma que, un año atrás, había sido la mayor entendida en experimentos para jóvenes estudiantes. Del índice de refracción a los terriers de Yorkshire, para empezar un nuevo proyecto que la haría olvidar todo lo que sabía de los anteriores. Irene alardeaba de que su saber era similar a la vida sexual de esas personas que se proclaman monógamas por temporadas. Lo que no podía prever Irene era que el último perro iba a significar también su última colaboración con la editorial. La llamaron para decirle que no tenían nada nuevo entre manos —lo que era falso, pues ella sabía que se estaba preparando una enciclopedia de los transportes y una colección de fascículos sobre civilizaciones desaparecidas—, y que buscara otro lugar donde colaborar porque ellos se disponían a encarar una inevitable reestructuración. En el mundo de los colaboradores independientes, cuando se te habla de una inevitable reestructuración quiere decirse que se ha decidido prescindir de ti. De forma que Irene se quedó sin trabajo, y aquel fue sólo el inicio de nuestras desdichas. Yo llevaba tres años escribiendo una novela y el resultado era, por decirlo de una forma despiadada, inferior a lo que tenía antes de empezar a escribir. Mi editor, que había comenzado llenándose de impaciencia, se había luego preocupado, y en aquel momento me miraba con decidida compasión cuando le anunciaba —cada vez más eufórico en el tono y más melancólico en la mirada— el inminente final de mis esfuerzos. Una cosa y otra nos habían llevado a un estado de quiebra financiera, si es que se puede quebrar lo que nunca ha tenido cuerpo y se ha limitado a fluir como un río, o como la vida y ese género de cosas inaprensibles. Así que Irene y yo nos encontramos una mañana desayunando en nuestra pequeña terraza a la sombra de los bambúes, y nos dimos cuenta de que podíamos seguir desayunando indefinidamente porque no teníamos nada mejor que hacer. Cuando ya llevábamos dos horas en aquella ocupación necesariamente limitada —resulta absurdo seguir desayunando cuando cae la noche—, decidimos quemar las naves y aprovechar la ocasión para hacer un viaje. Descartamos las primeras y espléndidas ideas por su elevado coste económico.



Buscamos entonces lugares con nombres menos exóticos pero que resultaran más asequibles. Yo argumenté incluso, olvidando con quién hablaba, que la gran literatura nunca ha necesitado de costosos escenarios, y tampoco los buenos viajeros. Irene guardó un paciente silencio. Ella siempre había preferido *El cuarteto de Alejandría* al *Diario de un cura rural*, en una opción tan beligerante que no admitía la hipotética bondad de ambas propuestas. La literatura era, para Irene, una resonancia al otro lado de las montañas, y el personaje de las grandes novelas debía ser alguien que se hubiera perdido allí donde es tan difícil llegar. Fue entonces, mientras embadurnaba con mantequilla mi decimosexta tostada, cuando se me ocurrió pensar que La Rioja era una tierra que habíamos degustado infinitas veces a través de sus vinos. Nuestro estómago había acogido grandes dosis de fósforo, calcio y potasio del suelo riojano. Se podía decir que lo habíamos bebido en mil ocasiones, pero que nunca lo habíamos pisado. Propuse ir allí, a lo que Irene reaccionó con gran entusiasmo.

—Será como viajar a las fuentes de la vida —dijo con la mirada un poco extraviada.

Dos días después atravesábamos el desierto de los Monegros en un descapotable alquilado. Era el mes de junio pero ya hacía mucho calor. El sol pegaba con tanta fuerza que no nos atrevíamos a retirar la capota del coche. Irene canturreaba viendo pasar los mojones, y nos sentíamos bastante felices. Entramos en una larga recta que parecía el camino directo al infinito. Mi mano reposaba en el regazo de Irene. El ronroneo del motor nos adormecía. De improviso, como si quisiera despertarnos, soltó un espantoso chirrido. Alcé por instinto el pie del acelerador, y cuando volví a pisarlo sonó como si alguien agitara una caja llena de tuercas. Las ruedas no se habían clavado, pero ya nada las accionaba. Detuve el coche a un lado de la carretera. Levantamos la cubierta del motor porque a lo largo de la historia es lo que ha hecho todo el mundo en caso de avería, entienda o no de mecánica. Nos asomamos cada uno por un lado. La contemplación de un motor, que suele ser una maquinaria sucia, vieja y desorganizada, ofrece pocas pistas a los profanos. Yo me limité a suspirar, sin acertar a explicarme cómo era posible que aquello hubiera funcionado hasta hacía escasos momentos.

—Quizá sea este tubo —dijo Irene, que era tenaz y voluntariosa, señalando al azar un conducto de apariencia francamente alarmante.

No me costó encontrar, de un solo vistazo, varias piezas que ofrecían un aspecto aún más desolador. Regresé al interior del coche y volví a ponerlo en marcha. Pero al pisar el acelerador sonó de nuevo la improvisada maraca de tuercas. Salí sin darme prisa, me desperecé estirando los brazos y sentencí que se trataba de la transmisión. Lo hice con el aplomo de los médicos cuando diagnostican que se trata de un virus y no se puede hacer otra cosa que esperar. Así que nos sentamos en una roca, y esperamos. El aire estaba inmóvil, la carretera desierta. Irene volvía a canturrear. Era

tal la quietud que su voz apagada parecía brotar en todas partes. No había árboles a nuestro alrededor, sólo un paisaje abandonado de rocas cuarteadas. Entonces, muy lentamente, empezamos a ser conscientes de que en alguna parte sonaba un levísimo rumor. Con más exactitud, nos hicimos de pronto conscientes de que un rumor muy lejano había ido aumentando poco a poco su intensidad hasta hacerse audible. Continuamos esperando, y el rumor subió de tono. Distinguimos la silueta de un automóvil que se acercaba por la carretera, pero no nos movimos. Pasó ante nosotros como una exhalación. Al hacerlo desencadenó una especie de remolino sonoro, un estallido instantáneo que se desvaneció con la misma morosidad con que había anunciado su presencia. Segundos después nos instalábamos de nuevo en la calma más absoluta. Cerré los ojos, ligeramente mareado, y tuve la sensación de que perdía el contacto con la Tierra. Me encontré ingrávido en la oscuridad del espacio exterior, inmerso en una paz ilimitada, en un vacío sin concesiones, sin tiempo y sin espera. No pensaba en nada, ni sentía otra cosa que la levedad de mi propio cuerpo. En mi ensoñación, un bullicio lejano me hizo mirar a un lado. Me convertí así en testigo ausente del avance de nuestro planeta, que arrastraba una estela de luz reverberada. Al pasar por mi lado lo hizo como el automóvil, envuelto en un torbellino fulminante de golpes, de ruidos y risas. Luego su órbita lo alejó de mí. A medida que se iba perdiendo en la negrura regresaba la tranquilidad, y en algún momento —imposible precisar cuándo con exactitud— dejé de oírlo por completo y me envolvió la paz absoluta.

Abrí los ojos y miré a Irene. Ella también había cerrado los suyos. Tenía la cabeza caída hacia atrás y le temblaban los labios.

—Podríamos escribir un libro sobre el silencio —le dije.

Sus labios se arquearon en una sonrisa que se iba descubriendo a sí misma a medida que cabalgaba su pensamiento. Las mejores sonrisas de Irene eran las que le nacían de muy adentro. Permaneció inmóvil aún unos instantes. Luego se puso en pie de un salto y me contempló con un entusiasmo desbordado.

—Será un trabajo colosal —dijo, envenenada quizá por una comprensible (en su caso) actitud enciclopédica—. ¿Por qué ponían un pianista en los cines cuando las películas eran mudas? ¿Es soportable el silencio? ¿Existe realmente, o es sólo una acumulación de ruidos lejanos? ¿Qué resulta más irritante para nuestros nervios: el ruido o su carencia? En otro orden de cosas, ¿quiénes se han visto obligados alguna vez a guardar silencio? ¿Quiénes lo han hecho por interés, por incapacidad o depravación? ¿Quiénes han salvado a otros por omisión, quiénes los han condenado? ¿Se puede pasar toda una vida esperando respuesta a una pregunta? ¿Existe realmente el gran silencio, el silencio de Dios, o es sólo una metáfora de la ignorancia? ¿Puede ser hondo y profundo el silencio, como un pozo? ¿Se está cómodo en el interior de un pozo? ¿Por qué no se dice de los grandes silencios que son abiertos, como el espacio

vacío y calmo del universo? ¿Puede el silencio ser riguroso sin resultar por ello artificial? ¿Has estado alguna vez en un velatorio? ¿No resulta que el único que se comporta con naturalidad es el muerto, y todo por culpa del dichoso silencio? Por otro lado, ¿se puede considerar el tipo de silencio más insoportable no recibir noticias de alguien muy querido durante veinte años, por poner un coto a nuestra dolorosa pero limitada capacidad de espera? ¿Por qué se dice romper el silencio y no liberar el silencio, o acallararlo, que sería muy poético y nos remitiría al zumbido en los oídos, que tan molesto resulta? ¿Por qué se dice de alguien que es muy silencioso como si anduviera por el mundo de puntillas, cuando en realidad resulta que habla poco? ¿Es hablar la forma más premeditada de romper el silencio? ¿Por qué resulta incómodo en una cena de amigos y no en el pico de una montaña? ¿Qué sucederá en las escasas cenas de amigos en picos de montañas? ¿Por qué guardar silencio puede ser lo más noble y lo más infame, si lo que se guarda es lo mismo? ¿Por qué no dices algo? Me estás dejando hablar sola. ¿Es el silencio, quizá, una traición al movimiento, y por lo tanto un anuncio fugaz del fin de todas las cosas?

Cuando por fin calló Irene, su respiración agitada quedó suspendida en el aire inmóvil. Contemplé el paisaje despoblado sospechando que iba a ser muy difícil dar forma a todo aquello. Pero en la cabeza me bullían las ideas. Irene y yo nos miramos a los ojos, entregados ambos a esa actividad arrolladora, estrictamente silenciosa, que es el pensamiento. Tuve la extraña impresión de que todo a nuestro alrededor se detenía, en esa latencia inquieta que anuncia las tormentas más formidables.

Irene y yo llevábamos juntos cinco años, el tiempo necesario para no poder concebirse el uno sin el otro, pero no el suficiente para empezar a recordar que hay otras opciones casi olvidadas de las que nos vamos alejando de una forma irremediable. Estábamos, pues, en la etapa más estable y en el punto más bajo de ansiedad conyugal. Un buen momento para emprender una labor en común. Vivíamos en un agradable entresuelo de Barcelona muy visitado por diversos amigos, por antiguos amores de uno y de otro, y por amigos de amigos que se entretenían contemplando los cuadros y los libros y sonreían con timidez. A Irene le encantaba ver caras nuevas sentadas en nuestro salón. En cuestión de segundos ya estaba charlando animadamente con los extraños, y en todos los casos se mostraba interesadísima por lo que hacían y les demostraba su más sincera admiración, cosa que a mí me llenaba de estupor. Se daba el caso de que teníamos tantos amigos que sólo podíamos verlos cada tres o cuatro meses —y eso forzando al máximo nuestra ya desbordada vida social—, lo que me había llevado a no aceptar un solo amigo nuevo en nuestro interminable listado. Eso me hacía especialmente huraño con los desconocidos que invadían nuestra casa. Lo cierto es que me acomodé con tanto placer a esa especie de autismo que acabé tratando a todo el mundo con gran

distanciamiento, fuera una rubia pensativa a la que no conocía que se comiera mis albóndigas, o un viejo camarada que llegara dispuesto a reanudar nuestras apasionadas conversaciones. Poco a poco me convertí en el hombre invisible, pero al revés: sólo se me podía ver. A Irene la desconcertaba —también le hacía muchísima gracia— que yo pudiera leer un libro sentado en mi sillón, mientras a mi lado siete personas tramaban dar un golpe de estado en la sección de cultura de un periódico. Cuando se iban y nos metíamos en la cama, Irene me lo explicaba todo como si yo no hubiera estado allí. Fuera del dormitorio, la casa a oscuras ocultaba la suciedad y el desorden de los lugares muy frecuentados.

El cerebro en la sombra de todo aquel desbarajuste se llamaba Rosario. Era una mujer joven —yo sospechaba que mucho más joven de lo que aparentaba—, pequeña y estentórea. Llegaba cada día a las ocho de la mañana, cuando nosotros aún dormíamos, y se ponía a trabajar en silencio. Para ella debía de ser un esfuerzo terrible reprimir su natural desbordamiento. Por eso, cuando nos veía aparecer envueltos en las batas en busca de café, se entregaba con alegría a producir todo el ruido que durante aquel rato había reprimido. Rosario era una buena inyección de vitalidad matinal, pero, si el tiempo lo permitía, Irene y yo solíamos huir a la terraza para poder desayunar con cierto sosiego. Era capaz de preparar un estofado, abarrotar el tendedero de ropa limpia, fregar todo el piso y arreglar una lámpara estropeada, todo ello simultáneamente y sin perder el buen humor. Lo más asombroso de Rosario era, sin embargo, la forma que tenía de saludar a la gente. Si, por poner un ejemplo, entraba yo en la casa y Rosario estaba limpiando los techos, se volvía hacia mí y se le iluminaba la cara como si mi llegada hubiera sido lo mejor que le podía pasar en la vida. Olvidando que las cosas se pueden hacer a distancia, se apresuraba a bajar de la escalera y se me acercaba con pasos menudos y rápidos. Entonces, sólo cuando me tenía delante de las narices, agitaba su brazo derecho con la misma energía con que lo haría al despedirse de alguien que estuviera en la cubierta de un barco perdido casi en la niebla. Y aquello lo hacía con todo el mundo. A mí me azoraba mucho. Preocupado sólo por salir de delante de ella, nunca sabía si hacerlo por su izquierda o por su derecha. En cambio Irene la imitaba con gran complacencia. Al verlas una frente a la otra, soltando risitas y agitando las manos, habría jurado que estaban limpiando un cristal por ambas caras y que aquello las hacía extremadamente dichosas. En cualquier caso, ya se ve que Irene disfrutaba compartiendo cosas con la gente.

Nunca llegamos a La Rioja, pero seguimos bebiéndola. El regreso a Barcelona resultó algo desconcertante. Nos moríamos de ganas de emprender el trabajo, pero no sabíamos cómo hacerlo. Irene, más científica, decidió documentarse en la Biblioteca Central y consultar a amigos que se movieran en los campos de la historia, la física y la filosofía. Compró una pizarra enorme que instaló junto a su mesa. Los primeros días estuvo abriendo ficheros en su ordenador y dibujando esquemas en la pizarra. A

mí todo aquello me parecía extremadamente interesante, pero era incapaz de actuar de la misma manera. Malgasté una cantidad ingente de horas contemplando el infinito, hasta que llegué a la conclusión de que había que empezar por algún sitio. Podía arrancar con una verdad de Perogrullo, y utilizar así un sistema que en literatura me daba muy buenos resultados. Me senté ante una página en blanco y escribí lo que podía ser un inicio para nuestro muy enjundioso estudio:

El silencio, al menos el silencio del que trata este libro, no existe si no hay alguien que lo considere como tal. No es necesario que ese alguien tenga una gran consistencia personal, pero sí cierta sensibilidad en la piel, cuando menos. La primera ruptura de silencio —la primera con testigo y por lo tanto con consecuencias, y de esta forma entramos en el campo que nos interesa— se produjo poco después de terminar los tiempos cosmogónicos, en algún lugar desubicado al que hoy en día conocemos por Swazilandia, en Sudáfrica. El paisaje era decididamente inhóspito. La atmósfera, con muy poco oxígeno, se veía sacudida por impresionantes descargas eléctricas. El suelo ya se podía pisar —no había nadie que lo hiciera—, pero los volcanes brotaban por todas partes. Sus cráteres siempre abiertos escupían cantidades ingentes de magma. A pesar de todo ello, en una charca de aguas calientes se gestaba la primera tragedia de la historia. Resulta curioso que el primer ruidillo que nos interesa fuera casi inaudible —de hecho, cualquiera de nosotros no lo habría podido oír—, con el estruendo que en aquellos tiempos debía de reinar por todas partes. Sucedió que en la charca —medio pantanosa, sucia, condenada— flotaba una especie de membrana celular, como una sábana diminuta abandonada al fragor de los elementos. Era un ser demasiado primitivo para resultarnos siquiera simpático. Pero fue el primero en delatarse al romper el silencio, y en la crónica geológica no resulta tan distante del ratero que derriba una mesita en la oscuridad. No se puede decir con propiedad que hiciera ruido. Sólo se agitaba con unos espasmos periódicos que le permitían avanzar por el agua. Y quiso su mala suerte que en aquella misma charca habitara también un ser amorfo, blando, muy parecido a una medusa y mucho más grande que nuestra diminuta sábana convulsa. El monstruo no disponía de aparato auditivo, pero notó en su piel gelatinosa las ondas que provocaba el otro al desplazarse. En una fracción de segundo, un tentáculo muy burdo atrapó a la membrana celular y la introdujo por un siniestro orificio. Dado lo primitivos que eran, no se podía esperar de los dos protagonistas de esta terrible historia que entablaran una agradable conversación. Se puede decir entonces que la primera vez que un ser notó a su lado la presencia de otro tomó la decisión bastante drástica de comérselo, abriendo una vía cruel pero de inapreciable valor para el desarrollo de la vida en nuestro planeta.

—Por tu culpa ya nunca dormiré como antes —me reprochó Irene al cabo de unos días—. Antes sentía que las sábanas me arropaban y protegían. Ahora duermo con la

inquietud de tener que cuidar yo de ellas.

Pensé de nuevo que daba excesiva importancia a todo lo que hacían los demás, y también que estaba rematadamente loca. Sin embargo, aquella noche, cuando me metí en la cama y cogí el embozo para cubrirme, tuve la extraña impresión de que las sábanas habían adquirido personalidad. Las contemplé con asombro. Irene, sentada desnuda a mi lado con las piernas cruzadas y un libro abierto sobre ellas, me miró con una sonrisa y me hizo notar que iban siempre en pareja y que morían juntas, como algunos pájaros. Luego desvió la mirada hacia el libro y se rascó distraída el vello del pubis.

Era en la cama donde nos contábamos la mayor parte de los descubrimientos que íbamos haciendo acerca del silencio. Casi siempre se trataba de pequeñas referencias halladas en libros que hablaban de cosas bien distintas. Una noche contaba yo a Irene que Fitzgerald, en su impresionante *Crack-Up*, explicaba su definitiva demolición personal viéndose de pie a la hora del crepúsculo en una extensión desierta, con un rifle descargado entre las manos y sin blanco al que disparar. A su alrededor, un silencio en el que sólo se podía oír el sonido de su propia respiración. Fitzgerald padecía insomnio, y el insomnio era algo parecido a aquella sensación de soledad sin retorno. Era también, quizá, el síntoma de que esa soledad le estaba invadiendo y de que ya nunca se liberaría de ella. Podíamos hacer algo con el insomnio en general, y en particular con el insomnio infinitamente triste de Fitzgerald.

Otra noche era Irene la que me decía que Auden clasificaba entre los seres sagrados a aquellos cuatro que sólo pueden ser definidos a través de la inexistencia: la Nada, la Muerte, la Oscuridad y el Silencio. Ésa era toda su referencia. Nuestro tema aparecía siempre como un breve destello ocasional, pero nunca de forma que nos proporcionara un campo de investigación en el que poder zambullirnos. Todas las noches nos metíamos en la cama y hablábamos largo rato del silencio —a veces con gran desánimo—, para luego entregarnos a él, agarrados ambos a las sábanas por miedo a que un monstruo inexistente aprovechara la oscuridad para comérselas.

Irene movilizó a nuestra legión de amigos con dos objetivos simultáneos: conseguir algún trabajo que nos sacara de la ruina y recabar información para nuestro libro. El primero se cumplió con gran rapidez y surrealismo. Recibió el encargo de escribir el guión de una película publicitaria para una gran compañía de seguros. No era algo dirigido al público sino a los propios agentes de la compañía, a los que debía convencer de que su misión, lejos de parecerse a la de cualquier vendedor de puerta a puerta, era comparable a la de un ángel de la guarda que descendiera de las alturas sobre las familias a las que tenían que endosar la póliza. Irene se puso a trabajar en ello, pero eso no le impidió seguir acudiendo a la biblioteca y convocando a perplejos profesores en busca de unos libros de consulta que, seguramente, nunca habían sido

escritos. En los días que siguieron desplegó una gran actividad que resultaba doblemente intensa por contraste con mi indolencia. Yo había decidido buscar en los libros que teníamos en casa, lo que implicaba una labor azarosa como pocas. Me enteré así de que el primer hombre que *fabricó* silencio fue un tal sir Robert Boyle, en mil seiscientos y pico. Ante el asombro de los miembros de la Sociedad Real Británica, se entretenía agitando una campanilla colocada en el interior de una vasija en la que había hecho el vacío. No se oía nada. Me gustaba pensar que, entre los miembros de aquella venerable sociedad, había uno sordo por completo y por lo tanto decididamente escéptico. También supe por uno de mis libros que los mabaanes, una tribu primitiva que habita en la frontera entre Sudán y Etiopía, no disponían de tambores ni de armas de fuego, y que estaban tan acostumbrados al silencio que hablaban en voz baja. Supuse que aquel estudio antropológico tendría bastantes años, pues el mabaan de nuestro tiempo debía de ser un negro famélico cubierto con una gorra de los Celtics y con un Kalashnikov en las manos. Todo lo que encontraba era sugerente y hasta podía ser muy bonito —como ese pueblo con un oído finísimo que hablaba en un susurro—, pero no sabía qué diablos hacer con ello. A menudo salía a dar un paseo para aclararme las ideas, por no quedarme en casa y reconocer que en realidad no tenía ninguna.

Una mañana regresé de mi paseo bastante abatido y encontré en el contestador del teléfono la primera aportación de un especialista: *He recibido tu nota, Irene —miré por instinto hacia su mesa vacía. La voz del que había llamado era grave, no recordaba haberla escuchado nunca—. Efectivamente, hay una polémica tradicional sobre si el sonido existe o no con independencia de que haya alguien que pueda oírlo. Como supondrás, los físicos tienden a opinar que sí existe y los filósofos lo dudan. Nadie opina acerca del silencio, porque el silencio es una ausencia. Para ellos resulta un objeto de estudio muy melancólico y poco controvertido. En cualquier caso, exista o no un ruido objetivo al que le importe un pimiento que alguien pueda apreciarlo, lo cierto es que sí existe una captación subjetiva de ese ruido. La estrecha relación que se da entre el oído y el equilibrio ha llevado a pensar que el oído se originó por evolución del órgano primitivo de equilibrio de algún pez. Ese órgano es un simple saco —el mensaje se interrumpió con un leve chasquido. Sonó un pitido y volvió a oírse la voz—. Tienes un contestador impaciente, cariño —¿cariño?—. Decía que el órgano del equilibrio es un saco lleno de líquido recubierto de células sensibles. Su función es convertir los movimientos del líquido en impulsos nerviosos que indican al pez su posición en el agua. Parece ser que esas células evolucionaron y que en algún momento, no sólo notaron las agitaciones del entorno, sino que llegaron a captar las ondas sonoras. En el fondo, sólo ocurrió que se hicieron más precisas. Parece bastante coherente. Si quieres, quedamos para cenar y te lo explico con más detalle. Un beso en los morros. Y el chasquido.*

Cuando llegó Irene me encontró más intrigado por conocer la identidad de su informador que satisfecho por saber cómo habíamos llegado a tener una oreja a cada lado de la cabeza. A fin de cuentas, que oyéramos por culpa de un pez era para mí algo mucho más remoto que la vida privada de mi compañera, o al menos aquello era lo que yo creía. Pero Irene no se mostró dispuesta a decirme gran cosa sobre su cariñoso evolucionista. Se limitó a defender su intimidad con una sonrisa maliciosa que yo conocía bien y que me daba verdadero pánico, pues era su forma de indicarme que no iba a bastar un solo biógrafo para escribir su vida. A Irene le encantaba pensar que se iría a la tumba dejando dispersa la información de lo que ella había sido, y su máxima aspiración era resultar distinta, única, para cada una de las personas con las que trataba, como si su alma hubiera decidido que la transmigración era algo que debía resolverse de forma simultánea sin seguir el camino habitual de las sucesivas reencarnaciones. Ser Irene debía de resultar algo extremadamente fatigoso, y lo cierto es que solía estar muy cansada. Uno solo de sus cansancios al llegar a casa y desplomarse en un sillón, tal como hacía en aquel momento, me habría abastecido de agotamiento para un par de años. Y aquello hacía que me sintiera un poco miserable. Como alguien que, sentado en un lugar privilegiado, se resistiera a levantarse por miedo a que otro se lo quitara.

Así que me resigné a que su misterioso informador escribiera una página de su biografía, siempre que no fuera la última. Irene se incorporó con esfuerzo, puso un disco de música clásica y volvió a desplomarse en su sillón. Contra lo que yo deseaba, no teníamos nada especial que decirnos. Aquello bastó para que se abriera uno de esos imprevisibles abismos cotidianos, tan agobiantes y poéticos. Nuestros pies casi se tocaban, pero el espacio que mediaba entre nosotros se fue ensanchando hasta formar un valle inmenso lleno de bosques, con un río amplio y caudaloso en su fondo sin barcas ni puentes que lo cruzaran, y una brisa que removía el peso de los muchos siglos allí depositados. Todo era de improviso muy antiguo y muy ajeno, en uno de esos momentos mágicos —bellos e insoportables— en que la distancia se apodera de las cosas. Podía extender los brazos para tocar a Irene, pero temí que el salto fuera tan abrumador que, por el camino, mis manos se convirtieran en las de otro.

—¿Sabes? —dijo Irene, ajena por completo al paisaje que nos separaba, a los abismos y a la poesía—. Un inglés guasón escribió que la música es el ruido menos desagradable de todos.

Cerré los ojos y tomé aire varias veces. Cuando volví a abrirlos nuestra alfombra cubría por fin aquel valle insalvable, pero Irene ya no estaba allí. Se la oía canturrear en la cocina.

Aunque nuestro proyecto no acabara de cuajar, servía por lo menos para animar las



cenar. Una noche vinieron varios amigos tan íntimos que no permitieron mi habitual distanciamiento. Irene había puesto antorchas en la terraza y Rosario nos había dejado preparado un guiso con salsa de chocolate que era su más sofisticada especialidad. Silvia llegó la primera con una botella de fino que abrimos de inmediato. Silvia y François se habían conocido en un café de París hacía un montón de años. Aquel invierno estudiaron juntos y lo habían hecho todo juntos desde entonces, pero aún se negaban a compartir vivienda. Si alguien les recordaba lo cara que les salía su resistencia, contestaban al unísono que las consideraciones de orden práctico eran el primer atentado contra la pasión. Otro de sus hábitos —heredado del primero— era que nunca acudían juntos a una cita. Preferían encontrarse allí, reproduciendo una y otra vez su encuentro en aquel lejano café parisino. Silvia era un capricho de la naturaleza, que en muy contadas ocasiones olvida su habitual obscenidad y produce un objeto asombrosamente elegante. Cuando se sentaba, aunque fuera en un taburete, lo hacía de forma que todos pensábamos que le había tocado el asiento más cómodo. Si bajaba por una escalera, parecía que lo hiciera por una larga sucesión de pedestales. Se movía de una manera difícilísima —como deberíamos movernos todos para que el mundo fuera bello—, y lo hacía sin pecar nunca de impostura. François, que era un guasón, decía de Silvia que descendía en línea directa de las sacerdotisas prostitutas de la Grecia clásica, y acto seguido le daba una palmada en el culo que a los demás nos parecía decididamente tabernaria. Irene aseguraba que Silvia estaba condenada a amar a François porque era el único lo bastante insensible para tratarla con confianza. Yo sospechaba que su supuesta insensibilidad era la única manera que tenía de impedir que ella se pusiera a levitar en todas partes.

Aquella noche Silvia resplandecía como si se acabara de tragar una bombilla. Irene no había acabado de arreglarse, por lo que nuestra amiga me cogió del brazo y me sacó a la terraza. A la luz incierta de las antorchas, en aquella cálida noche de verano, miraba a Silvia con una sonrisa boba en los labios mientras ella me hablaba con gran animación. Silvia se colgaba de mi brazo cuando no sabía qué hacer o si teníamos que entrar juntos en un lugar muy concurrido. Y yo, de forma indefectible, notaba que la sangre se me agolpaba en el lado que estaba en contacto con ella. Se podría decir que de alguna forma me trasladaba a vivir a ese lado, dejando deshabitada la otra mitad de mi cuerpo. Aquello, como es lógico, me producía una gran turbación, pero Silvia no se daba cuenta de nada o pensaba que era una reacción inevitable. El resultado era que ella me retenía aún con más fuerza mientras yo me quedaba rígido como un mayordomo al que hubieran acusado de beberse las botellas de borgoña. Y de aquella manera se producía la paradoja de que, siendo yo el que tenía la cabeza llena de inconfesables deseos que revoloteaban como pajarracos, era yo también quien se sentía violentado mientras Silvia hablaba sin parar y de vez en

cuando soltaba una risa.

Aquella noche vino a salvarme Irene de mi sonrisa mentecata y de mi aturdida actitud estatuaria. Apareció en la puerta de la terraza vestida sólo con un tanga de fantasía para pedir a Silvia que opinara sobre una barra de labios. Nuestra invitada la contempló con esa admiración ostentosa que las mujeres reservan para sus grandes amigas, dijo muy convencida y muy cómplice —no podía ser de otra manera— que yo no la merecía, y desaparecieron juntas en el interior de la casa. En aquel momento llegó François. Besó en la boca a las dos mujeres —aunque a Silvia con más detenimiento— y las siguió al baño sin preocuparle que Irene estuviera desnuda. Lo cierto es que a Irene le encantaba andar por el mundo sin ropa. Nuestros amigos estaban acostumbrados a verla pasar desnuda por su lado, generalmente en busca de su paquete de tabaco. Así que François se sentó con gran naturalidad en la tapa del retrete mientras ellas se situaban delante del espejo. Contemplé con placer sus espaldas reclinadas y sus caderas, muy unidas, apoyadas en el lavabo. Pensé que las mujeres se volvían más atractivas cuando se reclinaban ligeramente, como lo hacen cuando se maquillan o cuando se apoyan en una baranda o en el alféizar de una ventana, actividades todas que implican cierto ensimismamiento. Yo pensé algo complicado —que era lo que más fácil me resultaba— y François, entretenido en la misma contemplación, lo resumió con su natural tendencia a lo epicúreo:

—En este momento, para ser feliz sólo me falta un vaso de vino.

Fui a la cocina a descorchar una botella, pero sonó el timbre de la puerta y me desvié para abrir a Amador. Cuando un hombre soltero se acerca a los cuarenta años puede vivir su estado sólo de dos maneras: como un privilegio del que ya pocos pueden alardear, o como una injusticia que no entiende y que le hace sentir una gran compasión por sí mismo. Son dos posturas antagónicas, pero tienen en común que, con el paso del tiempo, se convierten en una especie de sello de marca de la persona que las mantiene. Así, el soltero convencido acaba publicitando tanto su buena suerte que llega un momento en que resulta difícil hablar con él de otra cosa. Y los que son como Amador terminan encontrando un morboso placer en desmoronarse por las esquinas. En este asunto —y quizá sólo en éste— Amador era un radical que no permitía que nadie lo apartara de sus obsesiones. Al verme soltó un profundo suspiro —algo así como *tú no sabes hasta qué punto es dolorosa la soledad*—, y yo me apresuré a arrastrarlo a la cocina para ofrecerle un poco del vino que François, encerrado en el baño con su mujer y con la mía, esperaba para ser del todo feliz.

Poco después Irene y Silvia acabaron de arreglarse —Irene se puso incluso un vestido ceñido que resultó muy celebrado— y regresamos por fin a la terraza en donde humeaban las antorchas. Sólo entonces llegó la última invitada, con una botella de Moët en cada mano y los brazos tan abiertos que parecía que quisiera abarcarnos a todos en un abrazo universal. Era nuestra querida Olga. Tenía dos hijos,

un marido urólogo al que casi no veía y varios amantes que simultaneaba y que estaban locos por ella. Vivía en un mundo exclusivamente suyo dominado por una cabeza por la que pasaban miles de ideas, todas livianas y todas importantísimas. Si hubiera sido posible que alguien entrara en el pellejo de Olga por un instante, sin duda habría caído vencido por un insoportable mareo. En sociedad, Olga formaba una burbuja de estricta intimidad con la persona que tenía a su lado, pero se cansaba enseguida y reventaba la burbuja con alegría para formar otra nueva de inmediato. Nunca hablaba con más de una persona a la vez. Decía que las generalidades la ponían frenética y que sólo le interesaban los secretos particulares. Por ello, su abrazo universal era una forma llamativa de entrar en nuestra casa muy propia de Olga, pero sólo eso. Dejó las botellas sobre el televisor y se dedicó a visitar, uno por uno, a todos los que estábamos allí. Su mirada vivaracha elegía a su presa con la agilidad de un lince. Entonces, sin importarle lo que ésta estuviera haciendo, la cogía por el antebrazo y la separaba un poco de los otros para emprender una conversación tan rápida que, al menos para los que éramos lentos de reflejos, se hacía realmente complicado introducir una palabra. Aquella noche interceptó primero a Irene, que salía de la cocina con una fuente de ensalada. Se la llevó bien agarrada hacia un rincón, y no le permitió descargar la fuente hasta que le hubo aclarado varias veces que se encontraba perfectamente bien y que no se sentía triste en absoluto. A Olga le inquietaba mucho el estado de ánimo de los demás. Luego se fue hacia François, que se escabulló gracias a su inveterada costumbre de besar a las mujeres en la boca — cosa que a muchas las confundía un poco—, y vino directa hacia mí con cara de preocupación. Quise retroceder, pero mi espalda tropezó con la pared y me vi obligado a ofrecer con docilidad mi antebrazo.

—¿Estás bien? Dime, ¿estás bien? No tienes buen aspecto.

Cuando Olga me saludaba me sentía como si me estuviera recuperando de un infarto. Por lo demás, mi estado de ánimo nunca ha sido lo bastante explícito para atreverme a definirlo de alguna manera, y su sola mención me produce un súbito ataque de melancolía. Así que miré a Olga con ojos de perro apaleado. Ella se quedó preocupadísima y se lanzó sobre Amador.

Cuando nos sentamos a la mesa, Olga reprochaba a Silvia que todas sus amigas hubieran delegado en ella el penoso deber de perpetuar la especie, cosa que hacía además sin gran convicción de maternidad y con un marido al que apenas veía. François soltó una carcajada cínica que lo hizo destinatario de una mirada asesina pero cordial. Olga tenía buen carácter. De todas las cosas de este mundo, lo único que podía hacerla enfadar —y mucho— era que alguien insinuara que sus hijos no eran de su marido, lo que demostraba por su parte cierta solvencia ética. Sus amantes no tenían gran importancia para ella. Los veía como el resultado lógico de la enorme curiosidad que sentía por los hombres. Fue Olga, precisamente, quien sacó a relucir

nuestro tema.

—¿Cómo va vuestro libro sobre el silencio? —preguntó, dirigiéndose en exclusiva a Irene—. En una enciclopedia de los niños he encontrado un dato que puede ser importante. Las cigarras tienen los oídos casi en el extremo de las patas delanteras. Qué sitio tan raro, ¿verdad? Así, cuando el macho las llama (porque no irá él a buscarlas, claro que no), las hembras orientan las patas de esta manera —Olga apoyó en la mesa las yemas de los dedos y giró los codos a un lado y a otro— y saben dónde está el vago ése que lloriquea pidiendo compañía. Yo que ellas no iría a buscarlo. Me quedaría tan fresca mirando las estrellas.

Irene la contempló con cierta perplejidad.

—Es un dato importante —dijo Silvia—. Ahora sabemos por qué las noches de verano se convierten a veces en una casa de locos. Los pobres machos se desgañan y nadie les hace caso.

Me levanté para servir el guiso de Rosario. En nuestra terraza no se oían las cigarras, pero tampoco reinaba la paz. La ciudad era un leve rumor de fondo sobre el que imprimíamos nuestros propios ruidos. En un lugar como aquél el silencio era poco más que una suposición. Amador pareció haberme leído el pensamiento:

—Montaigne decía que el estruendo que hacen los planetas al girar y desplazarse por el espacio es inmenso, pero que no lo oímos porque estamos acostumbrados a él. Cuando viajas muchas horas en coche dejas de oír el motor. Quizá el silencio sea sólo un ruido al que nos hemos habituado.

—Al menos así sería algo —dije sin poder evitar un tono de voz bastante lacónico—. Una y otra vez, cuando queremos acercarnos a él, acabamos analizando cualquier cosa referente al sonido. Es como si se escondiera detrás de su contrario.

Olga me miró con cara de empezar a entender el motivo por el que me encontraba con el ánimo tan decaído, pero el olor del guiso distrajo su atención. Una de las antorchas soltó una llamarada repentina y se extinguió con un chisporroteo. La luna asomó muy pálida por entre las volutas de humo de la antorcha apagada. François, que se había quedado pensativo, alzó la mano con el tenedor para llamar nuestra atención.

—Quizá haya poco que decir del silencio absoluto, como no sea que es la total carencia de sonido. En cambio, el silencio relativo tiene mucho más interés. En París conocí a un tipo juerguista que vivía cerca del aeropuerto. Los aviones sobrevolaban su casa al despegar. El ruido que hacían era impresionante, pero él se lo tomaba con una gran resignación. Es más, aquello no le impedía dormir a pierna suelta. Mi amigo se había acostumbrado a un horario bastante peculiar. Esa fue la causa de su problema. Cada noche salía a rondar por los bares y no regresaba hasta que sus piernas, desobedeciendo las órdenes que él les daba, lo llevaban por la fuerza hasta su casa. Los días en que estaba especialmente resacoso les echaba la culpa de no

habérselo llevado antes. Pues bien, en el piso de encima se instalaron unos enamorados que tenían una tienda de flores. Se levantaban muy temprano, y eran de esas parejas metódicas que follan al despertar. Cuando sus vecinos comenzaban la juerga, mi amigo llevaba dos horas escasas durmiendo sin importarle que los aviones rasgaran el cielo por encima de su cabeza. Habrían podido hacerlo incluso dentro de ella. Sin embargo, el ruido del somier de aquellos amantes madrugadores lo despertaba de inmediato, y no podía recuperar el sueño hasta que los otros terminaban. Mi amigo aguantó un tiempo razonable porque era benévolo con las cosas del sexo. Pero una noche llegó a casa más alegre de lo normal y se le hizo insoportable pensar que no le iban a dejar dormir. Se sintió enormemente vengativo. Cogió la escoba y empezó a golpear el techo debajo de la cama de sus vecinos y a soltar terribles alaridos. Ellos se debieron de pegar un susto de muerte. Un rato después follaron con especial animosidad, incluso con saña. Comenzó así una guerra implacable. Mi amigo los despertaba todas las noches al llegar a casa, y ellos lo despertaban a él unas horas después. Los enamorados llegaron a joder con tanta virulencia que el somier podía oírse incluso cuando los aviones sobrevolaban el edificio. Las veces que se cruzaban con mi amigo en la escalera no se dirigían el saludo. Cada día que pasaba estaban los tres más demacrados.

François dejó de hablar para beber un trago de vino. La noche se había cerrado en torno a su voz, como si el mundo entero se hubiera acallado para escuchar el final de su absurdo relato. Los demás permanecíamos inmóviles, pero sobre la mesa danzaban nuestras sombras movidas por el ondular de las antorchas.

—Al final, mi amigo les dejó una nota en el buzón conminándoles a cambiar el somier, ya que de nada serviría que él cambiara su escoba. No hubo respuesta. Pero la tarde del día siguiente, cuando regresaba de su frugal comida en un restaurante cercano, vio una furgoneta aparcada delante del portal. Sus vecinos, visiblemente fatigados, descargaban un enorme somier de tablas. Tuvo un arrebató de pudor y se escondió detrás de un árbol. A partir de aquella noche volvieron los tres a dormir con tranquilidad, acunados por el estampido intermitente de los aviones.

François tenía razón. La única manera posible de abordar el silencio era a través de los silencios parciales, aquéllos que no toleramos porque creemos que no existen o porque son demasiado intensos para nosotros. Los silencios que no podemos perdonar o consentir, los que no podemos olvidar. El silencio sólo tiene interés si nos afecta de alguna manera, sea real o imaginario. Y un libro sobre el silencio, a fin de cuentas, no podía ser otra cosa que la narración desordenada de cómo lo viven las personas. Por decirlo de alguna manera, nuestro extenso tratado, para ser fiel a sí mismo, debía instalarse con pasión en la acústica y al mismo tiempo desentenderse de ella para siempre.

—Me parece que vuestro libro se está complicando demasiado —me dijo Olga,

que estaba sentada a mi lado, cogiéndome el brazo con su pequeña mano pálida—. Tendríais que escribir acerca de algo más tangible, algo sobre lo que se haya escrito mucho. A fin de cuentas, los libros especializados son un compendio de otros muchos libros especializados en lo mismo. Y el mayor placer, cuando los lees, es saber que eso te ahorra leer toda la bibliografía que ha tenido que tragarse el autor.

—Un buen tema alternativo sería el de la infidelidad —dijo François desde el otro extremo de la mesa—. Resultaría muy comercial, y con Olga a vuestro lado ya no os haría falta bibliografía.

Olga soltó un gruñido de indignación. No por lo que había dicho François, sino porque había cogido la costumbre de interrumpirla cuando hablaba con otra persona. Le contempló fijamente entornando los ojos. Aquello quería decir que se disponía a volverse malísima.

—Los que hablan tanto de sexo como tú, suelen practicarlo muy poco.

Se volvió hacia Silvia.

—Querida, sabes que puedes contar conmigo. En la vida no todo son obligaciones. Te daré el teléfono de un par de tipos casi perfectos. Te tratan como a una reina y lo que dicen siempre es agradable y muy poco interesante. Si tienen mujeres nos importa un comino, pues no son amigas nuestras. Está bien que salgas con este mago del ingenio, si eso te hace gracia, pero al cuerpo hay que darle lo que es del cuerpo. Si no lo haces, se te estropeará la piel.

Como se puede suponer, Silvia no llamó a Olga para interesarse por aquella oferta que todos sabíamos falsa, pero sí lo hizo Amador en un día aciago de auténtica desbandada interna. Debió de pensar que tenía derecho como todos a disfrutar de la vida, y que Olga estaba allí para darle lo que tanto necesitaba: un poco de pasión accidental. Pero el sexo, como la literatura, es una fantasía que necesita ser creída. A Amador le desconcertaba que las cosas pudieran resultar complejas. No podía imaginar que Olga, tan promiscua, no se viera a sí misma como una especie de amante ciega, pues consideraba que en la falta de criterio encontraba ella un voluptuoso y extraño placer. A Olga le pasaba exactamente lo contrario. Su criterio, a pesar de ser tan desordenado y quizá a causa de ello, tenía la implacable determinación del chasquido de una guillotina. Nunca he conocido a nadie que se dejara llevar menos por voluntades ajenas. A pesar de todo se portó bien con Amador. Aceptó cenar con él en un restaurante muy romántico junto al mar. Luego, cuando Amador propuso ir a tomar algo a su casa, ella prefirió hacerlo en un bar cercano. Al salir, Amador insistió en su propósito inicial, pero Olga lo llevó a una pequeña coctelería donde estuvieron acodados en la barra comentando banalidades. Y de aquella manera, cada vez que se encontraban de nuevo en la calle y él intentaba arrastrarla a su tálamo de sábanas limpias —había calculado todos los detalles, pero

no se le había ocurrido pensar que tenía que seducirla—, Olga decidía tomar un nuevo trago en otro local, por lo que su salida en solitario se convirtió en un aparatoso recorrido turístico por la noche de Barcelona. Al final, ya bastante achispados, se permitió Olga su única pincelada de maldad. Cuando Amador, utilizando los últimos recursos de su ya desmoronada convicción, insinuó poner fin a aquello con una visita a su bodega particular, ella contestó que podrían haberlo hecho si lo hubiera propuesto varias horas antes, pero que ya era demasiado tarde, los niños tenían anginas y su marido debía de estar llamando a la policía para que la devolvieran a casa. Estampó dos besos sonoros en las mejillas de Amador y alzó una mano distraída para atraer, como si fuera un error, la presencia de un taxi. Así fue como aquella noche, lejos de llevarlos al largo abrazo al que Amador creía tener derecho, se resolvió en un destello del zapato de Olga y en el cierre tenue de la portezuela del coche. Olga sabía estar con gran intensidad, pero también sabía desaparecer de la forma más liviana.

Amador nos visitó al día siguiente, un domingo para nosotros alegre, sumido en la desesperación más absoluta. No se había afeitado y llevaba un largo abrigo a pesar de que hacía mucho calor. Era indudable que por la calle había andado con normalidad, pero entró en casa tambaleándose ligeramente con una bolsa de plástico entre los brazos. La abrió para mostrarnos su contenido: un libro, una pizza congelada y una botella de vino. Estas últimas acababa de comprarlas en el pequeño colmado de la esquina, que abría los festivos. El libro debía entenderse como la demostración de que estaba terriblemente solo. Nos dijo que había pasado a saludarnos antes de retirarse a su casa, donde nadie lo esperaba. Irene y yo, que acabábamos de instalar la barbacoa en la terraza, nos miramos con desolación.

Se quedó a comer. Con tan exasperada como inútil resistencia por mi parte, que odió las pizzas congeladas, la de Amador se instaló en nuestra nevera. Poco después, él, un poco más animado, había prendido un fuego excesivo, un pequeño incendio que amenazaba con extenderse a los bambúes para arrasarse desde allí toda Barcelona y hacer estallar, al fin, los petroleros que, ignorantes de que Amador había decidido encender nuestra barbacoa, navegaban despreocupados bordeando la costa. Logré aplacar las llamas, pero nuestra vecina, por encontrarse en aquel momento fuera de casa, tuvo que lavar de nuevo al día siguiente la ropa que tenía tendida.

Ya en los cafés sonó el teléfono. Irene entró en casa para cogerlo. Al quedarnos solos, la expresión de nuestro invitado cambió de manera fulminante para narrarme sus desventuras de la noche anterior. Borró de su boca la permanente y algo servil sonrisa de agradecimiento. En aquel instante era un hombre generoso —dolido pero lleno de comprensión— capaz de impartir una clase magistral sobre las razones por las que las mujeres tienen un carácter voluble y dubitativo. Pensé que una sabiduría tan lapidaria se parecía demasiado a una pérdida alarmante de sutileza. Pensé también

que Olga se mostraba en exceso considerada con los hombres. Estaba seguro de que a ella no le apetecía en absoluto cenar con Amador. Pedirle que además fuera a su casa era ya demasiado. A Olga —que tenía un gran apartamento en la Diagonal que habría hecho las delicias de lord Byron, tan dispuesto como ella a desplomarse entre cosas exquisitas y un poco irregulares— le provocaba repulsión todo lo que rodeaba a su inusitado pretendiente. Desde el olor de su casa, poco ventilada, hasta aquel recibidor con la colección de botijos y la reproducción —grapada a la pared hacía más de quince años— de los campesinos revolucionarios de *Novecento*. Entrar en el piso de Amador era como emprender un viaje sentimental a nuestro pasado. En aquel lugar el tiempo se había detenido para siempre, y quizá por ello deprimía un poco mirarse allí en los espejos. Como deprimía sentarse en los bancos de madera, y deprimía contemplar los libros de Mao mezclados en las estanterías con los de Bukowski y con grandes tomos de gramática generativa. Probablemente, aquella depresión ambiental había resultado excesiva para la mujer de Amador, que se llamaba Clara y un buen día —dos años atrás— había decidido largarse a Nicaragua. A los pocos meses escribía una carta a Amador en la que reconocía haberse amancebado con un negro sandinista que medía más de dos metros. Medio año después lo trajo a Barcelona para convencer a todos de que aquello era cierto, un poco como había hecho Colón cinco siglos antes. Pasaron una larga temporada con nosotros y Clara no pudo evitar desentenderse a menudo de él. Johnny se adaptó mal a aquella vida de turista sin recursos. Su gran tamaño y enorme vitalidad no bastaron para evitar que se le instalase una melancolía tenaz en la comisura de los labios. Empezó a frecuentar por las noches las salas de baile de cubanos, a pesar de defender que los cubanos que recalaban en Barcelona eran lo peor que había dado la isla caribeña. En realidad, acudía a aquellos bailes porque sabía que las chicas iban allí a buscar negros enormes como él. Pero él no se iba con cualquiera. Estaba realmente enamorado, y sólo se acostaba con mujeres que se parecieran a Clara. Por suerte para Johnny, su novia europea era algo gorda y muy morena, cosa que abunda en este rincón del mundo. Precisamente lo conocimos —y a través de él a Clara y también a Amador— gracias a Olga, que en una de sus noches locas lo encontró en una pista de baile y no paró hasta que logró llevárselo a la Casita Blanca, un *meublé* tan barroco como discreto de la parte alta de la ciudad. La cosa salió fatal. Johnny acabó sollozando a los pies de la cama y contando a Olga lo maravillosa que era Clara. Según Olga, aquella fue la única vez en su vida que deseó cambiar su físico delicado por el de una morena sudorosa entrada en carnes.

Clara no tardó en descubrir que Johnny estaba cada vez más borracho, más cansado y más triste. Un buen día lo sacó a bofetadas de la cama de una de sus dobles, hicieron las maletas y se fueron por donde habían venido. Amador, que había entregado a Clara la mitad de sus ahorros para compensarla por quedarse con el piso,



descubrió demasiado tarde que seguía casado con ella. Le escribió una larga carta muy indignada en la que le exigía una separación legal. Aquél era el mismo Amador que acababa de intentar sin éxito acostarse con Olga, y el que estaba dispuesto a explicarme los motivos por los que las mujeres eran tan volubles y dubitativas. Lo cierto es que probablemente debía de habérmelo explicado ya, porque llevaba largo rato hablando sin que yo le escuchara.

Irene regresó por fin del interior de la casa. Se dejó caer en su silla y contempló con mucha atención su café ya frío. Luego miró a Amador como si pudiera ver a través de él. Parecía que en realidad estuviera analizando el geranio que se encontraba detrás de nuestro despechado comensal.

—Era Olga —le dijo sin molestarse en centrar la mirada—. Está muy preocupada por ti.

Aquella noche me desperté una vez más pensando que estaba en el hospital. Hacía ya dos años que me habían extirpado el tumor, pero aquél había sido mi encontronazo particular con uno de esos silencios que no se pueden olvidar. Al salir de aquella larga temporada en la que estuve ingresado, y sin darme cuenta, me acostumbré a que mi sueño me exigiera cierto ruido ambiental. No podía dormir en lugares demasiado cerrados en los que no hubiera alguna molestia que me recordara que estaba vivo. Tampoco podía dormir solo. Irene, que lo sabía y era solidaria hasta el punto de seguir siéndolo aun inconsciente, reposaba de una forma cada vez más activa. Su respiración se alteraba constantemente y se movía sin parar. Mis manos la buscaban cuando cambiaba de posición, y ella las ceñía con fuerza, las encerraba entre sus muslos o las besaba con sus labios húmedos y calientes, para que no me despertara. Algunas noches, sin embargo, nuestros sueños se distanciaban demasiado y perdíamos el contacto en la cama. Entonces, de una forma lenta pero implacable, regresaba a la habitación del hospital, a aquel aire denso bañado siempre por la luz tenue del pasillo, un lugar tan calmo que se salía del sueño a cualquier hora sin transición, con un terror súbito que te llevaba a abrir los ojos de repente. Allí almacené en algún lugar de la memoria una soledad que ya nunca me iba a abandonar.

Aquella noche tuve que encararme con ella una vez más, y sospeché que el silencio se resistía tanto a mostrarse trascendente porque deseaba ocultar que escondía en su seno la trascendencia misma. Los ojos se me abrieron, en la oscuridad. Me desperté de una manera tan repentina que sentí, como un calambre, una incertidumbre intensa que me recorría todo el cuerpo. En mis oídos resonaba aún un gemido que yo mismo debía de haber soltado segundos antes. Permanecí inmóvil, plenamente consciente pero sin saber dónde estaba, hasta que por instinto extendí un brazo y tropecé con la cadera de Irene. Ella se dio la vuelta con rapidez, sus pies me

buscaron bajo la sábana pero era tarde: había regresado a la cama del hospital. Acababa de cenar una sopa y contemplaba en silencio a mi compañero de habitación, que renqueaba de un lado a otro quejándose de una molestia indefinida, de algo que no podía situar y que quizá viajaba por su interior. Poco antes un médico le había pedido con impaciencia que se calmara. Estábamos solos. Yo inmóvil. Me había acostumbrado a permanecer inmóvil y me gustaba. El otro se puso a llorar y se sentó en su cama. Estaba delante de la mía. Pensé que no iba a aguantar sus quejas mucho más tiempo. De repente dejó de lamentarse, boqueó como si algo lo sorprendiera, y la columna se le arqueó con tal violencia que lo derribó de espaldas sobre el colchón. Los huesos de la garganta se le marcaron en el cuello y alzó las manos crispadas, pero no apartó la mirada del techo, Seguí inmóvil un instante, asombrado de que no me pidiera ayuda. Luego busqué en la mesilla el botón para avisar a urgencias. Se oyó un taconeo en el pasillo. Una enfermera asomó la cabeza y el taconeo se alejó de nuevo. Poco después aparecieron con un carrito metálico. Le metieron una cánula en la garganta. Le dieron descargas eléctricas y le golpearon el pecho con impaciencia, al final con rabia, pero yo sabía que él no quería resistir. Ni siquiera me había pedido ayuda. El médico, enfadado, le cubrió la cara con un gesto violento de la sábana y, al hacerlo, le descubrió los pies. Salieron todos de la habitación y me dejaron a solas con aquellos pies inmóviles. Se habían olvidado de mí.

Entonces, cuando los ruidos se extinguieron en el pasillo, descubrí la intensidad que podía llegar a tener el silencio, su espantosa capacidad para devorarlo todo. Tuve la impresión de que el mundo entero daba la razón a mi compañero de cama, y que por ello su cuerpo inmóvil irradiaba una aplastante atmósfera de certeza, como si sus insoportables quejas de poco antes hubieran encontrado un lugar donde perderse para siempre. Quise taparme la cara con las sábanas, pero no podía soportar la idea de estar como él, cubierto y exánime. Poco a poco noté cómo me iba invadiendo un pánico irracional, ese pánico ante una amenaza que no tiene forma ni está en lugar alguno, que se encuentra de repente en los pies de un hombre que acaba de morir cuando no puedes hacer otra cosa que mirarlos. Me puse a gritar, y nunca me he sentido tan vivo y tan horrorizado como entonces. A los pocos segundos apareció una enfermera mayor que me miró con ojos alarmados. Me cogió las manos entre las suyas, pero yo seguía temblando y le pedí que hiciera algo. Ella entendió lo que pasaba. Pudo haberme dormido con una inyección, pero quizá le caía bien o le sobraba tiempo. Quizá, sencillamente, necesitaba tanto como yo rellenar aquel silencio. Se sentó en el borde de mi cama y, sin soltarme las manos, empezó a hablar. Me contó su vida como quien habla con un confesor, la voz monótona y desprovista de pasión. Me explicó sus temores, los viajes que había hecho y las torpezas que había cometido, algunas imperdonables. Estuve con ella en un piso del casco antiguo amamantando a un bebé que no era suyo, en un puerto muy lejano viendo amanecer y

descubriendo la tristeza, en una habitación a oscuras en la que sólo se oían jadeos y risas. Me estuvo hablando hasta que el silencio se fue llenando de palabras y mi pánico se disolvió en aquella letanía que tenía algo de invocación desesperada. Sólo desaparecen los temores que se comparten. De madrugada, cuando los camilleros se llevaron por fin el cadáver, yo dormía, pero sabía que ella no me había soltado las manos. Seguramente, tampoco había dejado de hablar.

Un tiempo después, ya recuperado, me senté a su lado en el autobús. A ella le costó reconocerme. Se disculpó con una sonrisa distante. Quizá con algo de ligereza le recordé que me había contado su vida. La enfermera sacudió la cabeza y me miró con ojos tímidos.

—Creo que lo inventé —reconoció—. Una vida no da para tanto.

Permaneció pensativa un instante, y añadió:

—De todas maneras, todo lo que dije tenía alguna relación conmigo.

Descubrió de repente que el autobús llegaba a su parada y se levantó con un gesto de ansiedad. Quise cogerle la mano, pero ella me la tendió de una manera formal. Aun así se la estreché con fuerza buscando decirle algo relativo a su admirable capacidad fabuladora. Apresurada, no tuvo tiempo para escuchar mis palabras.

—No me lo agradezca —contestó liberando su mano con suavidad pero con firmeza—. Son cosas de mi oficio.

Nuestro libro iba ganando páginas, pero había que estructurarlo de alguna manera. Hasta aquel momento teníamos un montón de citas dispersas, además de la fábula cruel de la sábana y la medusa, la sospecha razonable de que fue un pez quien inventó las orejas, y el relato costumbrista de unos floristas enamorados que follaban con gran escándalo. También, quizá, las memorias de una enfermera fantasiosa. No era un material que nos permitiera soñar con sacar alguna conclusión, aunque aquello nos importaba poco. Sin embargo, teníamos que saber por dónde seguir. La idea de que nuestro tema pudiera en realidad no existir, o de que existiera sólo de una forma estrictamente subjetiva, no ayudaba a nuestros intentos de racionalizar el trabajo. Irene, que había descubierto en la biblioteca un libro que analizaba el silencio en la oratoria, quiso inspirarse en su índice para elaborar a su vez un índice abierto en el que poder englobar los datos que nos llegaban. Bajo la máxima sublime de que el silencio bello es el que omite toda elocución falta de un contenido que la haga interesante, comenzó a distinguir entre silencio expectante y natural, jurídico y estético, respetuoso y dignificante, para acabar tirándose de los pelos al descubrir que el único apartado que demostraba una gran solvencia clasificadora era el de *Otros silencios*.

Yo hacía lo posible por ayudarla, pero tenía un nuevo trabajo que ocupaba gran parte de mi energía: intentar que alguien se comiera la pizza congelada de Amador.

Mi orgullo me impedía tirarla a la basura en una casa en la que siempre había gente vaciándose la nevera, pero no podía imaginar que fuera tan difícil encontrar un voluntario. Además, Rosario boicoteaba con sus guisos todos mis esfuerzos. En vano se la ofrecía a unos y a otros con una insistencia que me hacía sentir patético. Siempre había un pollo al ajillo, un redondo de ternera o un besugo a la sal que me vencían sin necesidad de salir de la cocina para anunciar su presencia. Nuestros invitados, que conocían bien las artes culinarias de la infatigable Rosario, se acostumbraron a que de vez en cuando, con fingida naturalidad, preguntara desde mi sillón si a alguien le apetecía una pizza. La respuesta era invariablemente negativa. Al final me acostumbré a hacer la pregunta sin apartar la vista del libro que estaba leyendo, incluso sin dejar de leer, por lo que la pizza entraba a formar parte de todas las novelas que pasaban por mis manos. Comieron pizza los Buddenbrook entre el jamón ahumado con salsa de escalonias y el *platten pudding*, siempre con sus magníficos cubiertos de plata maciza. Y Lolita, tantas veces releída, desayunó pizza con café mientras Humbert Humbert soñaba con dar la vuelta a su cuerpo frágil para lamerle el hígado y los riñones.

Así estaban las cosas cuando nos invadieron los agentes de seguros. Irene había pedido conocer a alguno de ellos para saber a quiénes iba dirigido el guión, y se presentaron cinco voluntarios al acabar su jornada laboral. Los cinco vestían traje oscuro y llevaban en la mano derecha un maletín de piel. Se movían como un banco de peces, accionados quizá por el mismo impulso nervioso. Parecían amables y se esforzaban por mostrarse enormemente satisfechos. Irene les ofreció tomar asiento en el salón. Lo hicieron de forma educada pero familiar, como si fueran unos primos lejanos que vinieran de visita. Supuse que ser primos lejanos de todo el mundo era una parte inexcusable de su trabajo. Aquello me hizo pensar que debían de estar incómodos por no haberse presentado aún. En cualquier momento se pondrían otra vez de pie con las manos extendidas y empezaría el baile de nombres. No iba a poder soportar tanta sonrisa de incipiente amistad. Así que hice con la mano un gesto vago de bienvenida, dispuesto a retirarme al dormitorio. La cosa se puso difícil. Los agentes interpretaron mi gesto como una petición de silencio, se irguieron en las butacas y me prestaron una gran atención. Hasta Irene me miraba con curiosidad esperando mi proclama.

—No quiero molestarles —dije con voz quebrada.

Había esperado resultar terminante, pero mis palabras sonaron a entradilla convencional. Asintieron todos y me contemplaron con renovado interés. Aquello me obligaba casi a improvisar un largo discurso o a ofrecerles unos apresurados pasos de baile. Decidí cortar por lo sano.

—Estaré en el dormitorio.

Me retiré con la dignidad, algo tambaleante, de un anciano presidente de un

consejo de administración. Tuve la absurda sospecha de que tras mi partida iban todos a quitarse las corbatas y a poner los pies sobre la mesa. Me tumbé en la cama, abrí un libro y emprendí su lectura. Al cabo de un rato recordé que tenía la pizza en la nevera. Me invadió una excitación pueril. Aunque parezca paradójico, estaba seguro de que aquella excitación era una avanzadilla de la senilidad que me esperaba al cabo de los años. Nuestra edad real se nos pierde a veces de vista. Me sentía como un viejo caprichoso y terco, pero me consolaba pensar que, cuando lo fuera de verdad, me sentiría a menudo como un joven inconstante y lleno de vitalidad. En cualquier caso, pensé que entre tanto agente de seguros no iba a faltar alguno dispuesto a comerse la pizza. Aparté el libro, me detuve un momento en la cocina y aparecí en el salón con la caja entre las manos para resultar más convincente. Era un deplorable fallo táctico. Hasta aquella pizza podía parecer tentadora si mostraba su queso humeante, pero no encerrada en el cartón helado. La ofrecí de una forma un poco titubeante. Los agentes se pusieron en pie para agradecerme mi gentileza, pero contemplaban con horror lo que sostenía entre mis manos. Estaban comiendo los restos de un estofado magistral de la terrorista de Rosario. Decidí que había llegado el momento de claudicar. Miré a Irene sin perder mi dignidad senil y, con voz grave, le dije que no había comprado spaghetti. Ella soltó una risita. Y nuestros invitados, convencidos de que estaban ante un fanático de la comida italiana, me tranquilizaron proclamando a coro que no tenían más hambre.

La pizza acabó en la basura, que era su destino natural. Irene vino a verme al cabo de un buen rato para darme un beso fugaz y decirme que se iba a dar una vuelta con los agentes clónicos. Regresó casi de día. Estaba harto de esperarla para poder dormir. Se dejó caer en la cama y me miró con los ojos llenos de música. Podía oír con claridad el ruido que salía de su cabeza.

—No ha estado mal —sentenció—. Son hombres normales.

Olga apareció a última hora de la mañana con berberechos y aceitunas. Irene seguía en la cama. Yo sostenía en las manos un tazón de café con leche que aún no había llegado a probar. Olga me lo quitó y se fue a la cocina a abrir unas cervezas. Se asomó al dormitorio para llamar a Irene. Luego pasó por mi lado con una gran bandeja y preparó el aperitivo en la terraza.

Unos minutos después la mirábamos con ojos soñolientos a la sombra de los bambúes. Ella parecía inquieta y se movía de forma misteriosa. Cruzó sus piernas pequeñas y elegantes y empezó a agitar el peine. Contemplaba a Irene con preocupación y a mí con cierto disgusto. Sacó una larga boquilla de su bolso para encender un cigarrillo. Olga se comportaba siempre como si estuviera en un salón de la Costa Azul rodeada de gente exquisita. A su lado me sentía como un personaje de Carver perdido en una novela del insomne de Fitzgerald. Me daba miedo escupir al

suelo por distracción o sudar demasiado la camiseta. Olga parecía estar de acuerdo con aquella sensación, aunque yo nunca escupía al suelo ni llevaba camiseta. Me contempló de nuevo, esta vez con impaciencia.

—Tenía ganas de estar con vosotros —dijo—. Sólo nos vemos en lugares muy concurridos.

Dirigió hacia Irene una mirada de inteligencia. Irene soltó un largo bostezo y se volvió hacia mí.

—Ayer me encontré con Olga en la discoteca. Enamoró perdidamente a los agentes de seguros.

Nuestra amiga dejó de parecer preocupada, pero los labios se le contrajeron en una mueca de decepción cosmopolita y algo fingida.

—¿Se lo has dicho? —me señaló con el cigarrillo—. ¿Lo sabe todo? Parece increíble que unos amantes del silencio como vosotros sean incapaces de guardarse un miserable secreto. La verdad, debo confesar que venía dispuesta a divertirme un rato.

No era tonta nuestra querida Olga. Sabía de qué estaba hablando.

—Esta mañana, cuando me he metido en la cama junto a mi marido, le he mirado pensando que realmente estaba enamorada de él. Dormía como un bendito. No entendía cómo podía quererme si no sabía nada de mí, si no me hacía preguntas ni me espiaba. Eso me ha llevado a pensar que el silencio es un secreto, algo que es mejor no revelar para que alguien no sufra.

—O algo que ese alguien prefiere no saber para no sufrir —apuntó Irene con agilidad.

Pensé que aquél era un tema interesante. Olga soltó una carcajada y se llevó la boquilla a los labios. Me miró con curiosidad. Se preguntaba de una forma ostentosa —y un poco insultante también— si entendía de qué estaban hablando.

—Por cierto —añadió, dirigiéndose a Irene—, dos de tus admiradores han dormido en mi coche. Estaban tan borrachos que no han logrado decirme dónde vivían.

Había cambiado de tema. A Olga le aburría dar vueltas a una misma idea. Yo, en cambio, no sabía hacer otra cosa. Me empezaba a obsesionar el silencio inquietante que se escondía en los secretos, la certeza de que se hacía necesario un margen de ocultación incluso con las personas a las que más queríamos. Quizá más en ese caso que en ningún otro. La proximidad que causa el amor podía llevarnos a esconder cómo éramos en realidad, a omitir miedos rastroeros y turbios deseos que podían resultar incompatibles con la convivencia. Callábamos para seguir siendo afines, y más obligado y profundo se hacía el silencio cuanto más grande era el amor y más intensa la relación. La cercanía extrema nos llevaba a reprocharnos los más pequeños secretos, a sentirnos siempre traidores. Y aquello podía arrastrarnos a serlo de verdad,

a disfrutar encubriendo todas y cada una de nuestras infidelidades menores, las que se habían cumplido y las que nunca llegaríamos a realizar. Quizá Irene y yo nos escondíamos más cosas a medida que pasaba el tiempo, como quien tira lastre para poder mantenerse en el aire. Quizá era imposible permanecer juntos sin esa creciente ocultación. Las parejas que llegan a conocerse demasiado acaban despreciándose.

Olga continuaba hablando con Irene. Me sentía aturdido y quería estar solo. Pensé que era muy tarde y que aún no había comprado los periódicos. Irene me acarició un brazo sin mirarme cuando les dije que salía un momento. Ni siquiera me había oído. Las dejé solas y bajé las escaleras hasta la calle.

Allí iba a encontrar, de forma inesperada, otra aportación inclasificable para nuestro libro. El kiosco estaba en una placita en la que había una iglesia fea y descomunal. Las beatas del barrio pasaban a menudo por aquella plaza, por lo que siempre había mendigos en los bancos tomando el sol y ordenando los carritos en los que llevaban sus tesoros de supervivencia. Casi todos gastaban las limosnas que les daban en vino barato de un colmado que había al lado del kiosco, donde se lo vendían por el doble de su precio. La tendera, que se llamaba Esperanza, era diminuta y carecía de escrúpulos. No contenta con abusar de ellos, por las noches salía a la plaza con gran sigilo por una puerta tan pequeña que parecía hecha a propósito para que sólo ella pudiera cruzarla. Aprovechando el sopor etílico de sus clientes, y silenciados sus pasos por unas pantuflas de cuadros escoceses, recorría los bancos y los alcorques guardando en una bolsa las botellas tiradas. Guardaba también las que aún contenían parte del preciado elixir, con el que sin duda rellenaba las que les vendía al día siguiente, y se las robaba incluso de los carritos a los que tenían la prudencia de ocultarlas. Conseguía así un triple objetivo: recuperar el dinero de los envases, estimular una gran inquietud matinal entre los mendigos —que se lanzaban desesperados a ejercer su oficio para recaudar dinero con el que comprarle más vino—, y ocultar a los vecinos las huellas de su detestable negocio. Sólo uno de aquellos vagabundos explotados escapaba a sus redes. Lo conocí precisamente en el colmado de Esperanza. Ella estaba apoyada en el arcón de los congelados, de donde había salido la pizza de Amador. Yo me quejaba de que me había dado veinte duros de menos en el cambio, y Esperanza me miraba con una desconfianza que, lejos de ser real, pretendía simular una impecable y ofendida honestidad. Dar un cambio escaso era otra de sus fuentes de ingresos habituales. En aquel momento entró un mendigo nuevo, extrañamente calmo y sereno. Me dio los buenos días. Luego, sin alterar el gesto, se volvió hacia la tendera y le dijo que la noche anterior había descubierto sus maniobras, que era en su opinión una mujer infame, y que nunca más pisaría aquel establecimiento. Esperanza se puso muy nerviosa y amenazó con avisar a la policía. Pero hasta sus nervios eran fingidos. Cuando el mendigo hubo salido, se acercó tranquilamente a la caja y me devolvió los veinte duros.

—Está loco —me dijo señalando la puerta con un gesto despectivo de la cabeza—. Por mí, que no vuelva. Sólo me compraba fruta y agua.

Era un hombre aseado dentro de los límites de su condición. Se lavaba en la fuente con gran esmero y detenimiento, y llevaba sus cosas en una maleta como un viajero que hubiera perdido todos los trenes. No era implorante en el ejercicio de la mendicidad. Normalmente paseaba por la plaza leyendo libros viejos que sacaba de la basura. Cuando pedía dinero, lo hacía con el mismo gesto con que un aristócrata despistado preguntaría por una calle. Si se le daba, se embarcaba en una conversación que podía extenderse todo lo que el donante deseara, pero nunca hasta hacerse pesado. Sabía bien con quién debía callar, y se limitaba entonces a hacer una reverencia más decimonónica que oriental. Así era el hombre al que encontré sentado aquella mañana en uno de los bancos de la plaza. No me apetecía regresar tan pronto a casa, pero ya no deseaba estar solo. Se trataba de una molesta contradicción. Llevaba muchos años sin buscar la compañía de un extraño. El mendigo comía una manzana con parsimonia, y me saludó con un gesto amable cuando me senté a su lado. Lo miré sin saber qué decirle. Él, como tenía en aquel momento llena la boca, describió un círculo hacia lo alto con el brazo que sostenía la manzana para indicarme que hacía un día muy bonito.

—¿Quiere un periódico? —le dije desplegando los que había comprado como un mago que ofreciera la baraja—. Tengo muchos.

Esperó a haber tragado para contestar.

—Si ha comprado tantos, será porque le gusta tenerlos.

—Coja uno —insistí—. En realidad me limito a hojearlos. A veces ni eso.

Tomó uno al azar y me lo agradeció con una sonrisa. Lo abrió sobre sus piernas, pero yo continuaba mirándolo con cierta grosería. No era un hombre inquieto o apresurado. Tenía el resto de su vida para leer aquel periódico. Fue mi atenta presencia, combinada con su buen quehacer mendicante, lo que le llevó a cerrar de nuevo el diario y ofrecerme sus servicios. Me preguntó si podía devolverme de alguna manera el favor. Le expliqué que mi mujer se había quedado en casa con una amiga y se entretenían contándose secretos, que estaba trabajando en un libro sobre el silencio y no sabía cómo seguir, de la misma forma que no sabía a qué ocultas confidencias se entregaban mi mujer y nuestra amiga.

—Es como si me obstinara en revelar en el libro esos secretos que nunca voy a conocer —concluí, algo trágico.

Se quedó pensativo unos instantes.

—Me ha hecho usted recordar un suceso de mi infancia —dijo—. Tenía doce años y la guerra había terminado hacía poco. Estudiaba en un colegio religioso de Burgos. Nací muy cerca de allí, en un pueblo llamado Tardajos. Pero eso no viene al caso. El colegio era grande y siempre hacía frío. Durante las clases daba pereza sacar



las manos de entre las piernas para ponerse a escribir. Los dedos se entumecían y la caligrafía salía muy defectuosa. Pues bien, en mi curso estudiaba un chico gordo y lleno de granos que se llamaba Pascual y era hijo de un jefe del Movimiento. Cantaba el *Cara al sol* con tanto entusiasmo que sólo se le oía a él, y cantaba tan mal que los curas le hacían gestos para que bajara un poco la voz. No tenía muchas luces, el pobre. Un día, por hacer una gracia y demostrarnos que tenía un par de cojones, subió a la tarima en un momento en que el sacerdote se había ausentado, nos miró con desafío, y escribió en la pizarra *Me cago en Dios*. Luego regresó tan tranquilo a su asiento en la primera fila. Un calambre de pánico nos recorrió a todos el espinazo. Cuando regresó el sacerdote, se quedó mirando largo rato la blasfemia como si estuviera escrita en otro idioma y le costara descifrarla. Se volvió con las venas de las sienes hinchadas y preguntó quién había sido. No hay un silencio tan denso como el de una clase que se niega a la delación. Pasaron unos segundos que se hicieron eternos. Finalmente, la voz de Pascual sonó desenvuelta para decir que sin duda había sido uno de los del fondo. Nos miró con desparpajo y le brillaban las pupilas. Se armó un revuelo considerable. El director en persona vino a exigir el nombre del sacrílego. Fuimos castigados de manera indefinida sin recreo y a quedarnos dos horas más en clase por la tarde. Hasta que un día se nos convocó uno por uno ante un improvisado tribunal inquisitorial, donde se nos asustó con terribles amenazas. A la mañana siguiente, el director volvió a personarse en nuestra clase para anunciarnos que un anónimo buen cristiano había denunciado al maldiciente apóstata de la tiza, y que por lo tanto quedaban levantados todos los castigos. Acto seguido hizo poner en pie a un muchacho tímido que solía ser objeto de nuestras burlas y lo expulsó del colegio. Nos volvimos todos hacia Pascual, que se hizo el distraído. Nadie dijo nada, pero aquel mismo día, al acabar las clases, uno de los más destacados miembros de las últimas filas le abrió la cabeza a Pascual con una piedra. Sus familiares visitaron al director y el agresor fue expulsado también del colegio. Teníamos esa edad en la que el honor es lo más sagrado. Más que el honor, un implacable sentido del orden. Habíamos padecido ya dos bajas, pero nadie estaba dispuesto a acusar a Pascual para no ponerse a su altura. Tomamos entonces lo que llamábamos, influidos por la guerra mundial que en aquellos días se libraba, la decisión japonesa. En los recreos se celebraba un sorteo. El elegido se acercaba al gordo granulado, lo conminaba a decir la verdad y se pegaba con él. Dos de nuestros heroicos kamikazes fueron derrotados por Pascual. Otros dos demostraron mayor fuerza, pero los estragos que causaron supusieron también su expulsión. El padre de Pascual, alarmado por aquella extraña inquina que su hijo desataba, acabó cambiándolo de colegio. Sólo entonces decidimos los conjurados romper nuestro férreo silencio. Los curas recibieron la verdad con una perplejidad no exenta de cierta admiración por nuestra causa. Sin embargo, esa presunción de infalibilidad que vuelve tan mediocre al estamento religioso les

impidió readmitir a los expulsados. No reconocer los errores es la forma más infame de callar.

Las palomas correteaban por la plaza, asustadas por varias gaviotas carroñeras que se habían instalado en lo alto de la iglesia. Los invitados a una boda esperaban con grandes puñados de arroz a que los novios salieran del templo. Se les veía incómodos en sus trajes de fiesta. Miraban con inquietud a los mendigos, que les decían cosas desde los bancos. Pensé que aquel vagabundo ilustrado acababa de contarme, a cambio de un periódico, algo realmente notable. Por desgracia, tampoco me servía de gran cosa. Pero también empecé a creer que el silencio puede llegar a ser lo más importante en la vida de una persona, que cada uno de nosotros se relaciona con sus propios silencios de la misma manera —íntima, a veces algo distante, siempre mágica— que se relaciona con sus propias manos. Tuve la impresión de que Irene y yo habíamos emprendido un trabajo absurdo y fundamental.

Casi sin darme cuenta, el silencio empezó a llenarse para mí de un significado oculto. Sospechaba que tratábamos las cosas de una manera en exceso superflua, y que estábamos traicionando algo más profundo y misterioso. Quizá nuestro tema mereciera ser abordado con mucho más respeto, con temor incluso, hasta comportarnos como perros que se acercaran arrastrándose y gimiendo hacia su dueño, una presencia de carácter imprevisible. Los secretos más difíciles de penetrar son los que se revisten de una obviedad cotidiana. El silencio que buscábamos no se encontraba en un galeón hundido en un mar embravecido ni en una fortaleza defendida por insalvables conjuros. Estaba más bien en una persona que meditaba y a la que nos acercábamos Irene y yo haciendo ruido —inconscientes y patéticos reporteros— con la pretensión de hacerle una entrevista.

Una noche se lo dije a Irene al meternos en la cama. Tenía la insensata certeza de que el silencio iba a enfadarse y acabaría vengándose de nosotros. Otra persona no me habría entendido. Pero Irene sabía tener miedo y también sabía compadecerse de sí misma y de los demás. A ella le estaba sucediendo algo muy similar. Tenía una sensación contradictoria. Le parecía que a medida que se adentraba en el silencio se le iban abriendo los ojos. Pero cuanto más abiertos los tenía menos cosas era capaz de ver, como si el exceso de visión revelara el gran vacío en el que todo está inmerso. El silencio, que podía identificarse con la nada, estaría entonces ahí mismo, a las afueras de la ciudad, al otro lado de la puerta, pegado incluso a nuestra piel, acariciándonos quizá con nuestras propias manos, esas íntimas desconocidas. No era, pues, un producto de nuestra ausencia —un pequeño reducto hermético que podíamos crear por distracción o por capricho—, sino el envoltorio de todas las cosas, el aire mismo que respiramos. El silencio era lo que queda tras nuestro paso fulgurante y desesperado, como si fuéramos moscas zumbando en una habitación tan

desmesuradamente grande que nunca llegáramos a ver sus paredes ni a provocar sus ecos.

Irene llevaba días saliendo a la calle para observar a los extraños con una angustia creciente. Era su forma personal de meditar, radicalmente opuesta a la mía. Si yo buscaba refugiarme en la soledad, a ella le gustaba hacerlo entre multitudes. Tan huidizo es el onanista como el promiscuo. Irene había empezado a ver a los transeúntes como pequeños objetos abandonados en el suelo, parecidos quizá a nuestra diminuta sábana convulsa. Una mañana me llevó con ella a las Ramblas para intentar explicarse. Estuvimos largo rato sentados en un banco viendo pasar a la gente. Nos dedicábamos a *individualizar* a los desconocidos. Un hombre esperaba junto a la boca del metro. Permanecía inmóvil con la mirada perdida en un punto ingrávigo del aire. A veces, como si alguien accionara un interruptor, parecía despertar de repente, miraba a un lado y a otro del paseo, y poco a poco volvía a dejarse invadir por la quietud. Una anciana vestida de negro avanzaba con pequeños pasos, las manos sobre el vientre y la mirada siempre fija en el suelo. Se mostraba resignada ante una fuerza superior, como si en realidad fuese el mundo el que girase lentamente y ella se limitara a hacer el esfuerzo necesario para permanecer en el mismo sitio. Una mujer pasaba ante nosotros con dos bolsas de plástico llenas de comida. Las dejaba un momento en el suelo y cerraba los ojos sin alterar el gesto de la cara, con una mansedumbre que llevaba a pensar que los cerraba porque, al no desplazarse, no tenía necesidad de ellos. Irene no entendía por qué no gritaban, por qué no gesticulaban de forma grotesca para ocupar más espacio y hacer imposible que el silencio brotara por todas partes, como grandes burbujas huecas que se abrían a sus espaldas a cada paso que daban. El silencio, tal como lo veía Irene, como una bruma que amortiguara todo lo que fuéramos capaces de hacer, resultaba más temible incluso que el que yo había intuido, agazapado a nuestro lado planeando una siniestra venganza.

—Qué solos estamos, Dios mío —dijo ella a mi lado.

Y no quiso aguantar más. Me cogió de la mano para llevarme hasta el primer bar que encontramos. Se comportaba como si hubiera olvidado allí algo de suma importancia y lo buscara con la mirada por todas partes. Yo conocía bien aquella inquietud que a veces asaltaba a Irene. Nos sentamos en la barra y pedimos dos cafés. El corazón me bombeaba con fuerza en el pecho. Irene me miró intensamente y abandonó el taburete para irse al lavabo. Puse un pie en el suelo, pero esperé un poco. El camarero había llenado el fregadero de tazas y platos. La vajilla tintineaba entre sus dedos. Fui detrás de Irene. Su pupila me esperaba inquieta por entre una puerta entornada. La abrió para dejarme entrar y corrió el pestillo. Estaba desnuda. Se puso de rodillas y me mordisqueó a través del pantalón, pero no era necesario. La cogí por las axilas para obligarla a ponerse en pie. Ella se dio la vuelta, apoyó una mano en la

pared y con la otra me cogió el miembro para encajárselo. Al notarlo entre sus piernas soltó un gemido que sonó como una detonación. Pensé que en cualquier momento alguien empezaría a aporrear la puerta, pero no importaba. Que hicieran ruido si lo deseaban, qué diablos, que todos nos pusiéramos a hacer ruido.

—Éntrame bien —jadeó Irene—. Lléname entera y no me abandones, no me abandones.

Volqué todo mi peso hacia su interior. Mi embestida alzó sus caderas. El cuerpo desnudo de Irene se aplastó contra las baldosas de la pared. Se quejaba como si le hiciera daño, pero me lamía una mano. Le metí los dedos en la boca y le cogí la lengua. Ella abrió mucho los labios y presionó como si deseara tragarse mi brazo, como si necesitara que mis dedos acariciaran el interior de su estómago. Tuve la vaga sensación, tan conocida, de que Irene me pedía ayuda. Y pensé que iba a quedarme corto como siempre, pues mientras yo me limitaba a gozar —en aquella sorda explosión de ruido—, Irene coqueteaba una vez más con la muerte.

Pongamos un caso de silencio por abstención, a los que yo era tan propenso y que llegaba a bordar cuando me sentaba en mi sillón, taciturno pero no siempre sordo. François era publicista. Aquello le obligaba a hacer frecuentes viajes a Madrid, donde estaban muchas de las empresas para las que trabajaba. Cuando él se encontraba de viaje, Silvia —que vivía sola pero que no sabía estar sola— acostumbraba a aparecer por casa sin avisar. Solía traer un ramo de flores, una selección de quesos o una gran tarrina de helado como salvoconducto, y se instalaba con nosotros como si aquella fuera su casa, que lo era. Lo cierto es que a mí nunca me molestaba ver a Silvia tumbada en el sofá o en la terraza leyendo una revista, y que Irene, por su parte, la adoraba hasta el punto de considerarla como una hermana. Y Silvia, que tenía una especial debilidad por saberse querida, abusaba un poco de la veneración que le profesábamos. Cuando ella aparecía nos resultaba imposible mantener un porcentaje mínimamente razonable de intimidad. Siempre estaba en medio, cuchicheando con Irene o colgada de mi brazo. Si Irene y yo estábamos en lugares distintos, iba y venía de un lado a otro hasta que, con cierto espíritu de pastor ovejero, lograba agruparnos junto a ella. Y, si nos metíamos en la cama, no tardaba en tumbarse a nuestros pies para darnos conversación y desperezarse blandamente bajo nuestras admiradas pupilas. A mí me molestaba un poco que Silvia se me acercara tanto y tan confiada, como si estuviera convencida de que nunca iba a dejar de ser neutro, hiciese ella lo que hiciera. Hasta la misma Olga, con la que nos unía una amistad mucho más antigua, me trataba sin olvidar nunca que yo era un hombre, con cierta cariñosa prevención. De todas maneras, debo confesar que en una ocasión, con algunas copas de más, intenté tender un puente secreto hacia Olga acariciándole el culo. Ella me miró con una sonrisa muy dulce mientras la exploraba, pero luego cogió mi mano, la

puso sobre una repisa próxima como quien deja un pisapapeles, y me dio un beso amable en la mejilla. Para Olga no existían las personas neutras —toleraba a los homosexuales, pero de haber conocido a un eunuco habría intentado desesperadamente hacer algo por él—, y aquello, curiosamente, le permitía mantener relaciones castas con los hombres sin atentar contra nuestra rudimentaria vanidad.

Una tarde estábamos en casa escuchando Mozart. Silvia había leído en alguna parte que una universidad americana acababa de demostrar que la música del genio de Salzburgo eleva el nivel intelectual de sus oyentes, por lo que había aparecido con unos conciertos para piano interpretados por Vladimir Ashkenazy. A nosotros nos gustaba más la versión de Gould, que era la que teníamos, pero Irene la escondió porque a Silvia le deprimía no acertar en los regalos. Así que oíamos a Ashkenazy con un coeficiente intelectual diez puntos por encima del acostumbrado —aquella era la conclusión de la universidad americana—, con toda una tarde por delante y pocas cosas en que ocupar nuestro sobreexcitado cerebro. Yo, sentado en mi sillón, hacía como que leía aunque en realidad me entregaba a una plácida somnolencia. Quizá fuera cierto a fin de cuentas que Mozart nos hacía más capaces, pues los excesos de lucidez, lejos de arrojarme a una frenética actividad mental, me producen un creciente desinterés que a la larga se convierte en un sopor bastante parecido a la imbecilidad. Irene y Silvia, sentadas en la alfombra, rodeadas de libros y ligeras de ropa en aquella calurosa tarde de verano, preparaban un capítulo de nuestro tratado en el que queríamos estudiar las relaciones entre el silencio y la mitología. Consultaban los libros y hablaban sin parar. Sus voces, que llegaban hasta mí muy próximas y muy lejanas —algo así como si salieran del interior de una caja—, contribuían, junto con el champagne y las ostras que habíamos merendado —Silvia había traído aquel día un generoso salvoconducto—, a que mi fogosidad espiritual se resolviera en una lamentable apatía. Me limitaba a escucharlas.

—Para muchas religiones, el sonido fue la primera cosa creada —dijo Silvia—, antes incluso que el aire o la luz. Krishna hizo nacer el mundo tocando la flauta, igual que las diosas maternas helénicas con sus liras. Estamos listas. El silencio fue lo primero que hubo que romper para que pasara algo.

Había apoyado un gran tomo sobre el asiento del sofá y lo sostenía abierto con un dedo acusador.

—No te preocupes —le contestó Irene—. Ahora nos interesa Harpócrates. Búscalo en el índice.

—Era el dios griego del silencio. Ponían su estatua a la entrada de los templos y su figura en los sellos con que precintaban las cartas. Otros dicen que era un filósofo que hablaba poco. ¡Qué tontería! Nunca he conocido a un filósofo que sepa estar callado.

Pensé que Harpócrates debía de haber sido un tipo interesante, pero me dio pereza

entrar en la conversación. Además, con ello habría roto mi demostración práctica de silencio por abstención, que también tenía su interés, aunque sin duda menor. Irene seguía bebiendo champagne. Silvia se desperezaba, un poco aburrida. Al estirar los brazos sus pechos exigüos casi desaparecían, convirtiéndose en levísimos montículos sobre el costillar que se adivinaba a través de la blusa.

—Os estáis volviendo insoportables —confesó por fin—. El silencio no esconde ninguna trama. Me parece descabellado hablar tanto acerca de algo que no existe. Acabareis pareciendo unos filósofos.

Su mirada se posó con liviandad sobre la mía. Una trama secreta, un grupo de filósofos conjurados que deciden guardar silencio. No ocultan nada en particular. Sencillamente lo callan todo, no hablan. Su compañía se vuelve difícil de soportar. Se les teme por lo que pueden llegar a decir el día que decidan hacerlo. Ocupan en vano las plazas de oradores y maestros. Se limitan a dormitar en las tarimas, reclinados en los atriles. No se sabe cuántos son porque sus admiradores les imitan. En las reuniones los nuevos adeptos intentan no abrir la boca. Se perfeccionan incluso miradas penetrantes y sagaces. A los conjurados les repudia esa moda, pero no se molestan en proclamarlo. Su influencia se extiende como una mancha de aceite. Renace el gusto popular por las películas mudas y sus actores histriónicos. Se ensalza el gesto. Los delincuentes adoptan actitudes patibularias, los sacerdotes, beatíficas. Alcanza grandes ventas un ensayo que define la sinceridad como el arte de no intentar explicarse. Triunfa el desinterés por la palabra y la vida se simplifica. En ese momento se acusa a los conjurados de urdir una trama nihilista y misántropa. Se los pone fuera de la ley, pero ellos tampoco se molestan en defenderse. Verdaderos displicentes, no se identifican ni consigo mismos. Su propia causa les parece irrisoria. Se les persigue con verdadera saña. Hay víctimas inocentes. Los paseantes taciturnos son detenidos y encarcelados. La gente se acostumbra de nuevo a pensar en voz alta. Renace el gusto popular por las tertulias televisadas. Todo se comenta y el silencio se interpreta como una escandalosa ausencia de ideas. Un psicólogo se hace célebre al sostener que mudos y sordos lo son por apatía. Surgen grupos muy violentos de voluntarios dicharacheros. A pesar de todo ello, no se logra identificar a los conjurados. Los muy ladinos se esconden en el vocerío, hablan como nadie y no dicen más que tonterías. Alguien comenta que su ideólogo se ha hecho locutor de radio. Se empieza a sospechar de la gente que habla demasiado. Quizá lo hacen para ocultar que lo que desean es estar callados. Aún puede ser peor. En una nueva y sofisticada trama, es probable que lo hagan para desvirtuar el verbo.

Irene me sacudió por los hombros y Silvia soltó una carcajada. Las miré como si me despertara de un largo sueño. Pedí champagne. Decididamente, la música de Mozart obraba devastadores milagros en mi inteligencia.

Pudo no haber sucedido nunca, pero muchas cosas suceden por las mismas razones accidentales por las que se rompen los vasos. Los norteamericanos, que lo saben y que son además insulsos y amorales, han acuñado esa asombrosa sentencia en la que parecen agotar su refranero: se ha de estar en el lugar apropiado en el momento apropiado. Lo dicen, lo escriben y recitan con un encomiable candor, pero yo siempre he pensado que una ubicación tan precisa no puede sino acarrear una gran desgracia como, por poner un ejemplo, que te pase por encima un autobús repleto de horrorizados pasajeros. En cualquier caso, parece ser que aquel verano decidí un buen día situarme en un lugar apropiadísimo, aunque no era consciente de ello. Sucedió que una mañana vino un tipo al que yo no conocía y preguntó por Irene. Ella se arregló un poco, me dio un beso tan apresurado que no llegó a tocarme con los labios, y dijo que no vendría a comer con ese tonillo de compasión que ponen las mujeres cuando piensan que no vas a poder sobrevivir sin ellas. Durante un rato intenté trabajar, pero Rosario se me hizo especialmente molesta. Así que fui al bar de la plaza a tomar una cerveza y leer el periódico. Me entretuve más de lo que pensaba. Cuando regresé a casa Rosario ya se había ido, pero un ruido en la cocina me hizo encaminar hacia allí mis pasos. Silvia, con un vaso de agua en una mano, hojeaba con desgana —nunca le había interesado aquel tema— el libro de recetas de nuestra cocinera. Al verme se apartó el pelo de la cara con un gesto descuidado y esbozó una sonrisa. Llevaba una blusa blanca y un collar de perlas que, siguiendo la línea de su piel, se alzaba ligeramente a la altura de sus clavículas. Me sentí aturdido por aquella espantosa y dulce incomodidad que tan bien conocía. Inmóvil —prendida de mis labios la inevitable sonrisa estúpida—, pensé que algún día aprendería a apartar de mí las ideas obsesivas, o a hacerlas realidad, o cuando menos a ocultarlas a los demás. Era realmente difícil encontrar a alguien como yo que reuniera aquella triple incapacidad que me llevaba, sencillamente, a no saber qué hacer. Por suerte, Silvia era más espontánea o no tenía ideas obsesivas. Empezó a hablar con la misma naturalidad con que habría abierto el grifo del agua. Después de lamentarse de que no estuviera Irene —culpándome con una mueca maliciosa de lo mucho que ella trabajaba, pues para Silvia la cuestión económica tenía una clara resonancia masculina—, decidió quedarse a comer para esperarla. Había planeado ir de compras con ella por la tarde y no estaba dispuesta a cambiar de idea. Asumió el mando como si pensara —ella también— que yo no iba a ser capaz siquiera de servirme la comida que me había dejado Rosario. Incluso se puso el delantal para preparar una ensalada, cosa que resolvió con una decisión no exenta de cierta brusquedad. Apoyado sucesivamente en el sobre de mármol, en el fregadero, en la nevera —Silvia siempre necesitaba coger algo detrás de donde yo estaba y me apartaba con un insultante empujoncito—, pensaba que la elegancia de sus movimientos era comparable a la del potro que da sus primeros pasos. Había algo en sus miembros, en las articulaciones

de sus caderas, que hacía temer una inminente fractura. A veces tenía el impulso de abrazarla, no tanto para disfrutar de su contacto como para salvarla de algún peligroso quiebro de su esqueleto. Pero ella parecía muy cómoda aprendiendo a moverse y nada indicaba que en algún momento fuera a optar por quedarse, como yo, sabiamente inmóvil en el lugar donde más molestara. Excepto en sus ataques algo infantiles de molicie, Silvia necesitaba para vivir una cantidad impresionante de metros cúbicos.

Era durante esos ataques cuando los demás —yo al menos— podíamos descansar de ella, pero era también entonces cuando su voluptuosa entrega al aburrimiento, inocente en la medida en que puede serlo el capricho más fanático, la volvía insoportablemente atractiva. Irene triunfaba entre los hombres porque desataba en nosotros un ansia irreprimible de hacerla feliz. Sus orgasmos tenían la euforia algo triste de las campanas al vuelo, de un súbito batir de alas en el bosque. A Silvia, en cambio, daban ganas de cubrirla con tu propio cuerpo sin saber si lo hacías para ocultarla de algo o por ocultarle algo, como si hubiera una esencia frágil y nauseabunda que ella tuviera que esconder o que fuera mejor que no llegara a conocer nunca. Eso fue lo que me sucedió, aunque pudo no haber pasado. La vida es, decididamente, un autobús repleto de horrorizados pasajeros.

Comimos en la terraza y luego nos distanciamos un poco. Silvia se puso a curiosear por la casa. Yo recogí la mesa y preparé café. Ella se sentó a tomarlo en la alfombra, apoyada en el sofá como hacía con Irene, maldiciéndola por su tardanza. Había algo de niña malcriada en aquel estar bien en todas partes, como si los objetos tuvieran la forma que tenían con el único fin de acoger sus forzadas languideces. El verano anterior, durante una excursión a la playa, la había visto tumbarse sobre las rocas erosionadas como un fakir extremadamente cansado, en un lugar lleno de aristas en el que los demás, y no sin trabajo, conseguimos tan sólo asentar nuestras sufridas nalgas. Si el mundo tenía aristas, Silvia las tenía más cortantes y desde luego más bellas. Había sido educada muy a la inglesa, en el sentido en que los ingleses nunca ven una piedra si lo que desean es ver un comfortable sillón.

Sentado en una butaca como establecen los cánones, la miraba como un viejo mandril que contemplara la siempre activa ociosidad de los miembros más jóvenes de la manada. Ella, distraída en su invasión antojadiza del espacio, desperezándose de las formas más imposibles, se permitía además el lujo funambulista de sostener la taza con una mano mientras acariciaba con la otra las perlas que circundaban su cuello. Ni me dirigía la palabra ni me miraba. Tenía un libro de arte en precario equilibrio sobre las piernas —el libro la seguía en sus movimientos como si alguien lo hubiera dejado abierto sobre el mar— y lo hojeaba con la misma expresión con que había hojeado las recetas de Rosario y con la misma con que miraba las revistas de moda o se entregaba a la lectura de una novela. Su ceja derecha siempre alzada y el



permanente anuncio de bostezo en la comisura de los labios no le restaban inteligencia, pero la situaban de una manera un poco banal por encima de cualquier cosa que alguien pudiera explicarle.

Fue entonces —y puedo asegurar que sin ánimo de apropiación por mi parte— cuando me puse en cuclillas a su lado para observarla más de cerca. Algo había llamado la atención del viejo mandril. Silvia me miró de reojo, pero le pareció normal verme a su lado. No alteró en lo más mínimo su complaciente abandono a la indolencia. Yo me sentía levemente irritado, no sabía bien por qué. Tampoco sé si lo hice por culpa de aquella irritación o por un súbito ataque de ternura, aunque parezca absurdo decirlo. Pero le cogí la mandíbula —sus huesos se me clavaron en la palma de la mano— y deposité un beso cauto en sus labios.

—Vaya —dijo ella, lacónica, esbozando una sincera sonrisa de desconcierto.

Me había separado muy poco de Silvia, tan poco que notaba su aliento cálido en la cara. Ella me miró un momento a los ojos, pero un pensamiento confuso le secuestró la mirada. Pequeña y obscena, la punta de la lengua le asomó por la comisura de la boca y le recorrió el labio superior. Fueron mis tripas las que saltaron hacia adelante. Nuestros dientes chocaron con un crujido y una cascada de perlas se deslizó por entre nosotros. Rodamos por la estera clavándonos las cuentas del collar, quejándonos ambos mientras luchábamos por desnudarnos. Copulamos con manifiesta rabia —yo seguía irritado y ella parecía contagiarse—, pero también de esa forma desmañada, algo torpe y violenta, de los nuevos amantes que no se conocen aún los hábitos. Luego, sin resuello, gateamos por todo el salón en busca de las perlas, nos vestimos hostigados por el pánico de vernos descubiertos, y nos sentamos uno delante del otro boqueando frenéticamente para recuperar el aliento. La infidelidad pierde parte de su indudable importancia por el enorme parecido que tiene con una travesura menor. Silvia y yo nos mirábamos como adolescentes asustados y cómplices. De vez en cuando recorríamos con la mirada el escenario de nuestra fechoría para comprobar que no habían quedado rastros. Finalmente, ella se cubrió los ojos con una mano y soltó una risita nerviosa. Ni siquiera sabíamos si alguna vez habíamos acariciado en serio la idea de hacerlo, pero lo habíamos hecho.

Un rato después llegó Irene. Silvia no la dejó tomar asiento. La acompañó al lavabo para obligarla a arreglarse un poco. Yo oía sus voces apagadas y las imaginaba levemente reclinadas ante el espejo. Regresaron cogidas del brazo. Se iban juntas de compras y luego cenarían en algún restaurante del centro. No me dieron opción, era una noche sólo para mujeres. Cuando abrían la puerta, Irene descubrió una perla junto a la pared. Me dio un vuelco el corazón, pero Silvia se la quitó de las manos con un grito de alegría.

—Es de mi collar —le dijo—. Me lo ha roto el bestia de tu marido.

Las dos se volvieron hacia mi. Yo estaba preparado para soportar la mirada de

una o de otra, pero no de ambas a la vez. Supongo que no logré encontrar una expresión convincente porque ellas se rieron. Salieron de casa cogidas aún del brazo.

Me desplomé en el sofá, vencido de nuevo por una insoportable irritación. Lo que más me irritaba era no saber por qué estaba tan irritado.

Algo de gran valor que está escondido en alguna parte y que, cuando se descubre, se malgasta irremediablemente como un tesoro en manos de saqueadores. Así era para Irene la información que almacenaba detrás de sus ojos grises, y por ello resultaba muy difícil descubrir si sabía algo o lo ignoraba, si podía demostrar las cosas o se limitaba a dejarse llevar por la intuición. Y, como sucede con un tesoro, el hermetismo tras el que se ocultaban las verdaderas dimensiones de esa información la hacía cada vez más y más fabulosa, hasta el punto de que, a veces —con ese temor desproporcionado que causan los abismos—, llegué a pensar que no había nada de mí o de este mundo que Irene no supiera, lo cual era bastante absurdo. En cualquier caso, Irene nunca alardeaba de haber desvelado un secreto, y aquello era muy molesto cuando uno tenía la conciencia llena de fango. Hay ocasiones en las que deseas que se te descubra en ese mismo momento o que no se te descubra para siempre, pero pedirle eso a Irene habría sido como pedir a una serpiente que se deslizara en línea recta en lugar de hacerlo de forma sinuosa. Quizá sea una imagen desafortunada. Yo no creía que Irene fuera zigzagueante. Era, sencillamente, inexplicable.

Aquella noche llegó muy tarde. Yo la esperaba leyendo en la cama. No me preocupaba la posibilidad de que Silvia hubiera tenido un súbito ataque de sinceridad, cosa hartamente improbable. Pero iba a encontrarme a solas con Irene y, como todos los delincuentes menores, temía que ella fuera capaz de leer en mis pupilas. Esconder las miserias te hace doblemente miserable. La miré por encima del libro y me tranquilizó ver que estaba borracha. Apoyada en el marco de la puerta, me contemplaba bizqueando ligeramente con la sonrisa guasona que siempre le dan las copas de más. Aunque la había visto muchas veces así, aquella sonrisa me provocó la espantosa sensación de que sabía algo. Quizá Silvia se lo había contado, pero no movida por el arrepentimiento sino por la conspiración sutil en que se basa la amistad entre mujeres. Era posible que Irene lo supiera, pero que lo supiera a través de Silvia en su papel de cómplice y por lo tanto de una forma misteriosa, impenetrable, cuajada entre risitas situadas muy por encima de mi patética obstinación —emboscado detrás del libro— por ocultar algo que a aquellas alturas ya era sólo un atributo más de su mutua lealtad. Si era así, Irene se limitaría a reírse por dentro de mi ignorancia, por lo que yo pasaría a ocupar sin saberlo, y de una forma admirablemente perversa, la plaza vacante de engañado.

Irene se desnudó tambaleándose. Con un salto pícaro se coló debajo de la sábana buscando mi proximidad. Quería mostrarme natural y aquello me hacía estar rígido

como un muñeco hinchable. Pero su mano glotona y el contacto con su piel obraron un milagro que yo no había previsto. Lejos de interferirse con el recuerdo demasiado reciente del cuerpo de Silvia —que pensaba iba a dominarme—, Irene se me mostró con una intensidad desconocida, como si algunos recintos sólo sospechados en ella aparecieran por fin libres de trabas. La contemplé con estupor, deseándola con tanta evidencia que su mirada desleída por el alcohol se llenó de orgullo halagado. A partir de entonces se dejó hacer. Yo mismo la puse a cuatro patas sobre la cama mientras ella murmuraba mimosas obscenidades. La tomé por detrás con ardor de adolescente, hundiendo los dedos en su vientre para asir con fuerza los huesos de su cadera. Los muelles empezaron a chirriar como si fuéramos unos impetuosos floristas parisinos. Contagiado quizá por aquella liviana asociación con la ciudad que más ha cultivado los secretos del placer, pensé que no estaría de más diseñar un corsé con asas para poder manejar con mayor deleite las caderas de mi amada. Se lo dije. Irene soltó una carcajada ebria y, vencida por un pudor travieso, hundió la cara en el colchón para ahogar un gemido.

Al día siguiente llegó una carta para ella. Era de un profesor de historia remilgado y, supuse, cincuentón. Irene, hundida en el sofá, la abrió y paseó por la hoja una mirada extraviada. La resaca le impedía leer. Para ser un buen bebedor hay que vivir las resacas con resignación. Irene no lo era. Me pasó la carta con un gesto de despecho y me pidió que la leyera en voz alta. Me encaré con una letra pulcra y diminuta, maniática, la letra de alguien que pudo estudiar medicina y, muchos años después, acabar de bibliotecario aficionado a la poesía. Irene se había acurrucado en el sofá con la cabeza entre los brazos, como si oyera el silbido de una granada y se preparase para la explosión.

—Querida y siempre admirada amiga —leí—. Resulta difícil darle la información que me pide acerca del silencio, porque devendría infinita. El silencio ha sido una constante en la vida eremítica, cenobítica y monástica. Especial atención le presta la Regla de San Bruno, fundador de la orden de los cartujos. La figura del monje cartujo en permanente silencio ha pasado a la literatura y diversos escritores, como Rubén Darío y García Lorca, se han ocupado de ella. Pero no voy a abundar en este aspecto religioso del silencio, pues no quiero atosigarla y tampoco me queda vida suficiente para encarar tamañas lides. Ya lo dijo Lao Tsé: el sonido más fuerte es el silencio. Y Apolonio de Tiana, desde otro ángulo, nos recordó que se debía empezar por aprender que el silencio es también palabra. En este sentido se debe entender el *silentio conclusit* con que acababa Platón. En el terreno de la angustia (para qué hablar de Nietzsche o de Kierkegaard) bastan las últimas palabras de Hamlet antes de morir: lo demás es silencio. Podría llenar varios cuadernos con este tipo de referencias, pero no creo que con eso la ayudara realmente. Así que voy a permitirme

castigarla con una última cita, que le resultará jocosa, y a ilustrar esa cita con una historia bizantina. La cita es de Sófocles, en *Ajax*, y dice así: da gran adorno a la mujer el silencio. No se enfade conmigo, pues a estas alturas me considero sólo un viejo guasón. Estoy seguro de que le parecerá atractiva la pequeña historia que voy a contarle. Sucedió en la ciudad de Constantinopla en los tiempos en los que Zoé dirigía los destinos del imperio. Era una mujer intrigante, pero debo aclarar que se veía obligada a convivir con su peor enemigo: el hermano de su marido, un eunuco ambicioso. Debo aclarar también que en la corte bizantina los eunucos eran muchos y disfrutaban de un gran poder. Pues bien, en ese contexto vivió y se prostituyó la dulce Armenia. En su rostro ovalado pujaban por aflorar los rasgos de diferentes razas. Y su cuerpo, si hemos de dar crédito a la admiración de sus contemporáneos, superaba en belleza al de cualquier mujer del imperio, que equivale a decir al de cualquier mujer del pasado o del futuro. Vivía junto al Gran Palacio, en una casa porticada entre los talleres donde se confeccionaban las famosas sedas de la ciudad. Y a su belleza unía una condición que la hacía decididamente embriagadora: era sordomuda. Armenia conoció los fastos de la corte, y dicen que incluso fue asidua de aquel salón del trono donde los leones autómatas de oro abrían las fauces para rugir y batían el suelo con sus colas. Parece ser que Zoé encargó al silenciario (un funcionario cuya misión era impedir que la gente hablara en presencia del emperador) que la apadrinara, convirtiéndola así en el paradigma de su oficio. Armenia, en aquel lugar lleno de conspiraciones, pasó a ser una especie de ángel ausente, un territorio neutral. Entre sus clientes figuraban los notables de la ciudad, los embajadores de otros países, los príncipes de la casa imperial y hasta, dicen, algún obispo de la Iglesia. Todos se descubrían ardientes cuando estaban con ella, extasiados por aquella dulce sonrisa mestiza de la que no brotaba jamás una palabra. Y todos ellos, agotados por el amor, se permitían el lujoso placer de acariciarla y de contarle, impunes, sus más terribles secretos. Pero dicen las crónicas que los amaneceres en las dependencias de Zoé, a espaldas de los eunucos y hasta del mismo emperador, se teñían de vino y de risas. Armenia, emboscada en un manto negro, acudía al lecho de su soberana para reproducir cada día el mismo falso milagro. De sus labios sellados brotaban los peores secretos de la corte, y dicen que al placer del espionaje unía Zoé el placer superior de la voz de Armenia, que era la más suave y lasciva que haya entonado jamás una mujer. Nadie las habría descubierto de no ser por un general de alma noble y cuerpo de atleta. Se llamaba Samuel. Agotado por una larga campaña se refugió en los brazos de Armenia. ¡Qué diferente era Samuel de los tripudos notables y de los ancianos embajadores! Poco a poco, Armenia empezó a disfrutar de los placeres de Eros. Por si eso fuera poco, cuando le daba la espalda en la cama agotada por los verdaderos ardores de aquel guerrero, comenzaba él, creyendo que no le oía, a confesarle las interioridades de la pasión que sentía por ella, un amor desesperado

que le consumía y del que no sabía cómo escapar. Aquello fue demasiado para nuestra tierna prostituta. En un mal momento, abrazada al soldado, comenzó a balbucear palabras de amor y de lujuria. A partir de aquí hay varias versiones. Una dice que Samuel, herido en su orgullo, le cercenó el cuello allí mismo con la espada. Otra, más benévola, defiende que los alarmados cortesanos hicieron que cortaran las cuerdas vocales de Armenia y la encerraran en un monasterio. Y aún hay una tercera según la cual la prostituta y el general huyeron juntos a algún lugar situado fuera de la historia, cosa que Zoé nunca les perdonó.

Irene seguía con la cabeza entre los brazos, pero en el interior de su oscura cueva improvisada brillaba una pupila que me contemplaba en silencio.

—En el caso improbable, querida amiga —concluí la lectura de la carta—, de que le interese esta historia para su libro, elija el final que prefiera. Por suerte para mi adorada Armenia, nadie va a discutirlo.

Hay una diferencia fundamental entre lo que sientes con tu pareja cuando la engañas y lo que sientes con un amigo al que engañas con su pareja. En el primer caso el pánico a ser descubierto es seguramente superior y más profunda la sensación de culpa, pero en el segundo se vive con especial intensidad un síndrome al que podríamos llamar *el malestar de Judas*. François, como si deseara herirme en lo más profundo de mi síndrome, empezó a darme muestras de una amistad y confianza desmesuradas. En aquel momento habría preferido verlo en una de sus temporadas más cínicas y epicúreas, pero él había decidido volverse sentimental. Con gran egoísmo por mi parte, padecí su progresiva afectividad como algo que hiciera a mi costa, apoyándose en mi debilitada condición de traidor. Lo cierto —y yo lo sabía— era que François disfrutaba de una envidiable autonomía en sus ciclos emocionales, y que nunca había dado importancia a los encontronazos casuales. Así denominaba mi amigo a lo que me había pasado con Silvia. Y François tenía en su haber docenas de ellos, por ser un gran aficionado a buscar la intimidad con las mujeres. Aquello me indignaba más aún, pues mi malestar se producía con alguien que nunca lo había sentido. También en aquel punto era injusto con él, pues sabía que lo mío con Silvia no iba a quedar como un encontronazo casual, siempre que yo pudiera evitarlo. A los pocos días la había llamado por teléfono con un ansia confusa de repetición. Silvia me había recomendado con sequedad que me contuviera. Pero al día siguiente, dando muestras de su carácter voluble, me citó en la Casita Blanca, donde nos fundimos en un nuevo y torpe abrazo velado por el fantasma —siempre presente allí— de nuestra querida Irene. En aquella ocasión fue Silvia la que se mostró irritada al terminar. Saltó de la cama como si a través de las sábanas le pasara la corriente. Después de recorrer varias veces la habitación, decidió que saldríamos de allí por separado. Se vistió sin mirarme y me dejó a solas. Permanecí un rato en la cama aspirando con fuerza su olor, que me impregnaba. Cuando me duché —se hacía necesario borrar las

huellas— tuve una incierta sensación de pérdida. El olor de una amante es algo fresco y turbio que, como todo, se pudre al cabo de unas horas. Quizá por ello, porque se borra todo vestigio, las amantes que se debe ocultar son las que mantienen más vivo nuestro deseo o las que, sencillamente, antes lo recuperan.

Irene y yo vivíamos un momento plácido, impregnado como siempre de cierta tristeza. A menudo me olvidaba por completo de Silvia. Pero a veces, como un fumador que ha dejado el tabaco, me asaltaba una necesidad imperiosa de verla. Irene debía entonces pagar mi mal humor. El resultado era una situación tan nauseabunda que me daban ganas de tirarlo todo por la ventana y confesárselo. Con François era distinto. El malestar de Judas provoca un estado de ánimo que se cimenta en una justificación imposible, y de ahí nace cierta animadversión hacia la persona a la que engañas. Nunca abracé a Silvia *contra* Irene, pero debo reconocer que a menudo —no cabe duda de que soy un felón— lo hice con cierto deseo de venganza hacia aquel amigo que, aunque ajeno a lo que pasaba, sólo por el hecho de estar allí me lo hacía pasar tan mal. Y entonces, cuando me hacía consciente de aquella situación, Irene volvía a pagar mi mal humor, cosa que hacía con gran entrega porque desconocía sus causas.

Un mediodía —estábamos en septiembre y ya no hacía tanto calor— llamaron a la puerta de casa. El corazón me dio un vuelco. Irene había salido y no vendría a comer. Silvia lo sabía porque la noche anterior habíamos cenado juntos los cuatro. Me molestó un poco que Silvia aprovechara la ausencia de su amiga para encontrarse conmigo, pero no me sentía lo bastante coherente para reprochárselo. Hay momentos en los que deseas que la gente se comporte de una forma tan desalmada como lo harías tú si te atrevieras, y eso, curiosamente, no te hace renunciar a los juicios de valor. El mundo sería bien distinto si no viviéramos nuestras contradicciones con tan codiciosa naturalidad. Así que encontré incluso el cinismo suficiente para ir corriendo al baño a repasarme ante el espejo, y abrí luego la puerta con un ceño severo que denotaba cierto reproche moral.

Era François. Me abrazó —estoy seguro de que tuvo la sensación de abrazarse a una columna— y anunció con voz alegre que había venido para invitarme a comer a un lugar estupendo. Acepté sin entusiasmo y le seguí con ostentosa desgana. Pero la desventaja de ser siempre taciturno es que no se te nota cuando lo estás realmente. Ya en la calle, François me pasó un brazo por los hombros y me hablaba dándome palmaditas en el pecho con su mano libre. Cuando estábamos juntos solía suceder que nos radicalizábamos ambos, él en su jovialidad natural y yo en mi no menos natural hermetismo. Pero aquel día la diferencia era tan alarmante que cualquier transeúnte lúcido habría pensado que un actor cómico se había hecho amigo de un zombie. Acabamos en la plaza de Vallvidrera, con Barcelona entera a nuestros pies aunque invisible desde la mesita a la que nos habíamos sentado, bajo una techumbre de

cañas. François abandonó casi de inmediato sus ademanes eufóricos.

—Estoy hecho polvo —me dijo paladeando un Jabugo de primera, pues era radicalmente incapaz de dejar de disfrutar de las cosas—. La semana pasada conocí a una jovencita. Veintitrés años. Quince menos que yo.

Puse cara de magnánimo *connaisseur*. Los hombres siempre ponemos esa cara cuando nuestros amigos nos revelan ciertas debilidades. Lo que no entiendo es por qué seguimos revelando esas debilidades, si ya sabemos la cara que va a poner nuestro confidente. Corría un aire fresco bajo las cañas y François se alzó el cuello de la americana. Mi amigo parecía realmente abatido. Pensé, viéndole de aquella manera, que la edad de las personas no es el resultado de un continuo diario. Hay momentos en los que una década entera se nos asienta en las espaldas.

—No la había visto nunca. La invité a cenar y aceptó con naturalidad, como si no tuviera nada mejor que hacer. Luego, con la misma naturalidad, vino a casa y se desnudó en cuanto entramos en el salón. Tiró la ropa a un lado y se puso a mirar los cuadros. ¡Qué cuerpo, Dios mío! Pero ella no parecía dar importancia a nada en este mundo. Estaba tranquila hasta cuando nos revolcábamos por el suelo. Estaba siempre *demasiado* tranquila. ¿Me entiendes? No lo pude soportar. Me puse en pie y ella me miró desde el suelo con una sonrisa indagadora. Nunca he necesitado que una mujer esté loca por mí, pero en aquel momento habría querido que se abrazara a mis piernas y suplicara que hiciera cualquier cosa con ella, golpearla si me apetecía. Ansiaba verla despeñarse desde lo más alto de su insoportable tranquilidad.

Nos sirvieron un estofado de jabalí. François, que no había probado el vino, vació de golpe el contenido de su vaso y me miró de forma penetrante. Puse cara de preocupación, pues no quería que me viera tranquilo. Habría sido capaz de saltarme al cuello.

—¿Sabes qué le dije?

Me encogí de hombros. El estofado olía realmente bien, pero no me atrevía a tocarlo.

—Le dije que una mujer como ella merecía un viaje por Italia, una cena con vino blanco bajo una parra y una habitación desde la que se viera la Toscana. Estuve patético. Por si eso fuera poco, a ella se le animó la cara. Se levantó de un salto y me echó los brazos al cuello. Le parecía maravilloso, una idea estupenda. ¡Dios mío! Entonces bajé la mirada y vi sus tetas grandes, duras, apoyadas en mi pecho, sus labios gruesos y aquellos ojos tranquilos que, sin proponérselo, me arrinconaban como a un perro viejo. Te aseguro que fue la primera vez en mi vida que pensé que había algo fuera de mi alcance. Estuve a punto de ponerme a llorar. No sé si lo entiendes. Había cosas que *ya no podía hacer*.

—Yo he tenido siempre esa sensación —le contesté, atreviéndome por fin a pinchar un trozo de jabalí—. Estoy seguro de que nada más nacer fui consciente de

que ya no iba a poder repetirlo.

La brisa otoñal nos tenía cada vez más ateridos. Trasladamos nuestra mesita fuera de la sombra de las cañas. Y entonces, cuando nos acomodamos al sol, sin molestarme en preguntarme por qué lo hacía, me convertí en el cínico más grande de este planeta que rompe el silencio del universo con su estela de gritos, golpes y risas.

—Lo que no entiendo —dije, paladeando mi felonía— es cómo tienes los santos cojones de hacerle esto a Silvia.

François sonrió con amargura. Su respuesta iba a dejarme de piedra:

—Silvia insiste en que vaya a Italia con la jovencita. No le gusta pensar que no lo hago por miedo a perderla a ella.

Por aquellos días se produjo el milagro. Amador convocó una cena en su casa que fue recibida con el más voluntarioso entusiasmo por nuestra parte. Irene compró dos botellas del vino de esa Rioja que no pudimos pisar, y algo después de la hora indicada ascendimos con languidez los cinco pisos que llevaban a aquella vivienda inmóvil en el tiempo. Amador nos recibió con grandes muestras de agradecimiento por haber acudido. Era consciente de que sus reuniones resultaban terriblemente aburridas a pesar de sus esfuerzos en la cocina, con resultados bastante aceptables, y de su espléndida bodega que diezmaba con generosa desesperanza. Estropeaba todo aquello por su desmedida entrega al papel de anfitrión. Una cosa es controlar que los invitados estén cómodos y dispongan de suficientes sillas, otra muy distinta hacer que se sientan como esa ancianita que en las fiestas familiares provoca verdaderos revuelos de cortesía. Estaba harto de decirle a Amador que una fiesta siempre sale bien si no olvidas dos normas fundamentales: que no puedes obligar a nadie a tomar asiento —y mucho menos en un lugar determinado— y que debes permitir que haya libre acceso a la nevera. Pero él sufría demasiado para acordarse de algo tan sencillo y no tardaba en convertirse en una mezcla de acomodador y camarero insoportable por su solicitud.

Aquella noche, sin embargo, nos recibió con una sonrisa maliciosa que, de haber sido otro el dueño de la casa, me habría hecho pensar que en el comedor se proyectaban películas pornográficas. Los demás ya estaban allí. Silvia y Olga, desplomadas en un banco de madera del que intentaban protegerse con diminutos almohadones de ganchillo, parecían entregadas a secretas confesiones. François preparaba dry martinis en un espantoso mueble-bar que era el orgullo de Amador. Y, sentada muy erguida en una silla, con la mirada perdida en busca de un lugar donde sentirse segura, una mujer delgada y pálida soportaba en silencio lo que para ella era, sin lugar a dudas, una espantosa tortura. Amador, traicionando su afición de sentar a todo el mundo, la hizo ponerse en pie para presentárnosla.

—Es Natalia —Amador dijo *es, no se llama*, como si acabara de ser creada en aquel mismo instante y por el momento sólo fuera un nombre en un cuerpo vacío.



Irene, fiel a su mimética y universal complicidad, besó a la desconocida y adoptó su misma postura de espantada turbación. Incluso palideció un poco para acercarse más a aquella mujer. Yo le tendí la mano y me encontré con unos dedos gélidos entre los míos, aunque provistos de una fuerza insólita bastante parecida a la rigidez. Nos lanzamos todos a buscar con cierto desvarío algo que decir, hasta que llegó Olga en nuestro auxilio. Cogió a Natalia por el brazo, la llevó junto al balcón, y allí la hipnotizó con un discurso al que la otra asentía con majestuosa entrega. Yo, que siendo siempre a convertirme en espectador, descubrí que me había quedado solo en medio del salón. Amador había regresado a la cocina. Irene, apoyada en el mueble-bar, conversaba con un meditabundo François. Y Silvia, desplomada aún en el banco de madera, me miraba de una forma penetrante y poco amigable. Tras un instante de duda decidí encararme con ella. Me senté a su lado y tuve la impresión de que Silvia se llenaba de aristas. Sólo sus labios permanecían húmedos.

—Cuando me acerco te conviertes en un erizo —le dije con voz suave.

Ella sonrió y la punta de la lengua le asomó distraída por la comisura de la boca. Pero la retiró al instante.

—Hay algo en ti que no me gusta —contestó con mi mismo tono de voz—. Aún no sé qué es, pero se trata de algo que podría volverme loca. No me gustaría acabar en un psiquiátrico por tu culpa.

Pensé que me estaba convirtiendo en alguien importante para ella, y aquello me sorprendió un poco. Sin querer busqué con la mirada a François, pero él estaba abstraído en su conversación con Irene. Cuando volví a mirar a Silvia me di cuenta de que me contemplaba con lástima. Tuve entonces uno de esos impulsos de retroceso, tan escasamente vitales, en los que vuelves a sentirte como un niño que no sabe qué diablos hace en un mundo de adultos. Me sentí profundamente desorientado.

La cena resultó aburrida como todas las que daba Amador, y ello a pesar de que la silueta callada de Natalia, obligada a sentarse en la cabecera de la mesa, parecía atraer hacia sí nuestra ilimitada capacidad de desasosiego. Olga hizo lo posible por llenar los vacíos de la conversación, pero le faltó la ayuda de François, aturdido quizá por el recuerdo de la jovencita. Silvia parecía dispuesta a no hacerle caso. Incluso eligió sentarse a mi lado y apoyó la mejilla en mi hombro un par de veces. Era un gesto muy propio de ella, pero en ambas ocasiones me sentí incómodo y dije algo a François como si quisiera demostrarle que yo no tenía nada que ver con mi propio hombro, convertido quizá en un accidente de la naturaleza. Supongo que en ambas ocasiones volvió a mirarme Silvia con lástima, pero no quise verlo. Por el contrario, me dediqué a comentar banalidades con un ardor que Olga debió de agradecer, pues le permitió tomarse algún descanso.

La sorpresa vendría con los postres. En un último esfuerzo por integrar a su recién descubierta enamorada, nuestro anfitrión comentó que era geóloga y que trabajaba en

el museo de mineralogía. Natalia nos demostró que el blanco más puro es susceptible de palidecer. La sangre escasa se retiró tanto de su rostro como de sus manos, y lo hizo de una forma tan súbita que pensé que había empezado a circular por algún lugar externo a ella. Quizá por el interior de la silla en la que Natalia casi se desmayaba. Sin embargo, su voz sonó con claridad:

—Las piedras me hablan a menudo.

Su frase, apresurada quizá por exceso de meditación, obtuvo por respuesta un espeso silencio. Entre todos nosotros, habitualmente ocurrentes, no apareció ni uno solo capaz de contestar algo. Aquello hizo que Natalia se sumiera en un mutismo del que ya nadie consiguió sacarla. En vano intentamos implicarla en otros temas de conversación, tan improvisados como mediocres. Ella debía de escuchar la dulcísima canción que le dedicaban las baldosas que los demás nos limitábamos a pisotear. En cuanto acabó su café se levantó de la mesa. Inspiró con profundidad antes de hablar. Nos anunció que había tenido un día terrible y que necesitaba retirarse a su casa a dormir unas horas. Cogió un bolso enorme y tan lleno —¿de piedras?—, que al echárselo al hombro sonó un crujido de huesos brutalmente recolocados. Tras esbozar una débil sonrisa, nos dio la espalda y salió de la habitación. Amador, que se había quedado inmóvil vencido por una especie de cansada perplejidad, dio un salto al oír la puerta y salió corriendo tras Natalia. De improviso se acordó de que estábamos allí y de que era nuestro anfitrión. Se volvió un momento hacia nosotros.

—Es muy reservada —dijo a modo de disculpa—. En ella es casi una enfermedad. Ahora vengo.

La puerta se cerró de nuevo con un golpe seco, pero de inmediato volvió a abrirse y Amador asomó la cabeza.

—Servios una copa. No tardo nada.

Y volvió a salir. Una hora y media después, hartos de fisgonear sus cosas, de bebernos su whisky y de clavarnos la madera de los bancos —agotado también el recurso nostálgico de hacer un *revival* con sus discos—, decidimos que Amador no iba a regresar o que lo haría en un estado en el que preferiría no vernos allí. Cogimos nuestras cosas y apagamos las luces. Yo fui el último en salir, y el último en descender por aquella escalera angosta que se mantenía siempre en penumbra. Al hacerlo apoyábamos nuestros dedos en las paredes sucias. Superponíamos así nuestras huellas a las de todas las personas que habían subido y bajado por allí, muchas de las cuales nunca volverían a hacerlo. Había en aquello algo de obligado descenso al infierno, a pesar de todo necesario y grato, pues así recuperábamos la libertad. Pero nunca como en aquel momento nos vimos asaltados por una ausencia tan despiadada de alegría. Creo que compartíamos la sensación, absurda por lo demás, de que alguien estaba en peligro.

Irene, siempre obstinada, llegó a casa al día siguiente con un periódico que extendió sobre mis piernas. Deslicé la mirada por las páginas que me mostraba hasta que caí en la cuenta de que no sabía qué era lo que debía encontrar.

—He puesto un anuncio —dijo ella. Y con un dedo tembloroso me señaló unas letras enmarcadas como una esquila.

En aquellos días andaba yo un poco distanciado de nuestro libro —aquel libro que aún no habíamos empezado a redactar, del que no teníamos siquiera un esbozo de índice—, por lo que me costó identificarme con los anónimos investigadores que pedían datos, historias o experiencias relacionados con el silencio. Miré a Irene con cierta sorpresa. Y entonces, como si de mis labios hubiera salido el peor de los agravios, Irene rompió a llorar sin moverse de donde estaba —de pie al lado de mi sillón— y sin molestarse en cubrirse la cara con las manos. Irene solía sentirse apesadumbrada y había aprendido a ocultarlo. Pero cuando sucumbía a una pesadumbre excesiva lo hacía de forma sumisa, desnudando su horror como aquella niña que, retratada en una carretera devastada de Vietnam, huía llorando del ejército americano. Aquella honestidad en el desconuelo era suficiente para amarla hasta la locura. Me abracé a ella como si fuera yo el que necesitara una tabla de salvación, cosa bastante cierta, pues mi incapacidad para derrumbarme como Irene me situaba en un lugar próximo a la insignificancia.

—No vamos a ninguna parte —sollozó junto a mi oído—. Estamos cada vez más lejos el uno del otro. Tampoco somos capaces de hacer algo juntos. Ni de tener un hijo, ni de hacer un viaje por corto que sea, ni de escribir un libro a pesar de que se nos había ocurrido una idea magnífica. Estoy empezando a pensar que la vida es aburrida y eso es más fuerte que yo.

—Tengamos un hijo —contesté, eligiendo sin reflexionar el camino que me parecía más catártico.

Por lo general, solucionaba las depresiones de Irene mediante una terapia algo ruin: le planteaba propuestas expeditivas que, por suerte, casi nunca llegaban a cumplirse. Pero en aquella ocasión se apartó de mí con un gesto brusco y se puso a buscar su paquete de cigarrillos.

—Eso nunca —su voz se volvió cortante—. Me quedaré preñada cuando lo haga con entusiasmo. No quiero traer a nadie a este mundo sólo porque no soy feliz.

Poco después cuchicheaba con Rosario en la cocina. Ya se había recuperado —me asombraba, también, su asombrosa capacidad para recuperarse, pues si yo algún día me desplomara como ella creo que tendrían que hospitalizarme— y escuchaban juntas la radio. Rosario defendía que los locutores, obligados a hablar sin parar, antes o después acababan diciendo grandes verdades. A Irene aquello le parecía una aplicación fantástica del cálculo de probabilidades, y le gustaba ayudar a Rosario en sus guisos mientras cazaban juntas aquellas raras perlas de la más aleatoria filosofía.

Era una forma agradable de pasar el rato. Sólo había un problema. Parecíamos haber llegado a un punto en el que hasta Rosario satisfacía a Irene más que yo.

De pie en el salón, se me ocurrió pensar que yo sí podía contribuir con un dato importante a nuestro escurridizo ensayo sobre el silencio. ¿Qué era, si no, la ocultación infame de mi atracción hacia Silvia? ¿No era mi silencio, como todos los que son realmente importantes, el mantenimiento en secreto de un impulso infiel? ¿Qué silencio podía haber más sobrecogedor que la opaca privacidad de las personas, la siempre turbia mecánica de sus deseos, el miedo a intentar explicarse y acabar realizando una no deseada confesión? Pocas cosas hay más detestables que engañar a los demás fingiendo una seguridad de la que se carece. Y, sin embargo, nadie se libra de exigir a los otros una permanente declaración de sus convicciones, obligándolos así, cuando no a la mentira, al más inestable de los silencios. ¿No es comparable ese silencio, por razones quizá de supervivencia, a la inconfesabilidad de la duda? ¿Y no era ésa la causa de que Irene y yo nos fuéramos distanciando, separados por una cuña de estricto y callado vacío, el más angustioso de los muros, la nada?

Habría deseado que Irene y yo nos revolcáramos por la playa y, sin poder contener la risa, nos diéramos cuenta de que habíamos olvidado quiénes éramos.

Pero ella me seguía buscando en la cama cuando dormía, sus piernas se desplomaban sobre las mías, sus manos me acariciaban en sueños. Respirábamos el mismo aire espeso, una y otra vez, y a menudo nos despertábamos tan abrazados que teníamos el pecho y el vientre cubiertos de sudor. Dormidos recuperábamos la profundidad que durante el día perdíamos. Por las noches, sin planearlo, emprendíamos aquellos breves y angostos viajes —el uno hacia el otro— que despiertos nos veíamos incapaces de realizar.

Yo culpaba en parte de ello a nuestra excesiva vida social. Nunca me había gustado formar parte de un grupo. Todos tienen una tendencia paranoica a cerrarse al mundo y a la vez captar nuevos prosélitos, hasta que llega el momento en que se convierten en colectivos estancos pero que succionan con desesperada avidez. Por eso miraba con desconfianza cualquier posibilidad de formar parte de algo. A Irene, por el contrario, le encantaba que la succionaran. Y ahí encontraba, precisamente, su salvación. Si yo me apartaba de mis amistades por una especie de inapelable desinterés, Irene lo hacía —y de manera mucho más expeditiva— arrastrada por su necesidad aventurera de mantenerse independiente.

Todo esto viene a cuento por lo que sucedió una mañana a finales de septiembre. Sin quererlo —y sin quererlo además de una forma radical, pero qué poco podemos hacer para que la vida sea como deseamos—, nos habíamos convertido en una pequeña hermandad viciada por los miserables secretos, las mínimas traiciones y esa pasividad frente al tedio compartido que hacen que uno se sienta intensamente

próximo a los otros. En ese contexto es fácil asumir las culpas de forma colectiva y, lo que es peor, alimentar con ellas los vínculos de esa hermandad impostora. Llegado el momento, cualquier excusa es buena para desatar la tormenta. En nuestro caso, la víctima estaba muy a mano y se prestó al juego con docilidad. Nadie puede resistirse cuando los demás piden a gritos que sobrevenga la tragedia.

Un mal día Irene salió muy temprano. La misma empresa publicitaria que nos había hecho conocer el mundo de los agentes de seguros necesitaba con urgencia documentación sobre la entrada en Europa de diversos tipos de especias, por lo que Irene había decidido pasar la mañana en la biblioteca. Poco rato después —yo seguía en albornoz y Rosario acababa de llegar— llamaron con insistencia al timbre de la puerta. Pedí a Rosario que abriera y me encerré en mi habitación. Sonó la voz agitada de Silvia. Entró detrás de mí y sus dedos huesudos se clavaron en mis antebrazos.

—Necesito encontrar a Irene —me dijo—. Ha pasado algo terrible.

Minutos después salíamos a la calle y parábamos un taxi. Por el camino, Silvia me contó que el marido de Olga había tenido un accidente. ¡El marido de Olga, pobre desgraciado, él iba a ser la víctima! Su coche se había salido de la calzada en un sitio absurdo, en mitad de una recta, con la mala fortuna de que en aquel lugar un terraplén muy pronunciado descendía hasta el cauce de un riachuelo. El automóvil había quedado boca abajo, destrozado. Y el marido de Olga —¿cómo se llamaba? ¡Tomás! — atrapado en su interior. Silvia no sabía si a aquellas alturas estaba aún vivo.

Por fin nos íbamos a agrupar en torno a una gran intención, luchar contra la adversidad, y no para entregarnos a nuestras cotidianas mezquindades. Habíamos hecho bien en intuir el peligro en aquel descenso a los infiernos desde el piso de Amador. Sabíamos que algo iba a pasar, y lo sabíamos porque lo necesitábamos. Silvia y yo podíamos enlazar nuestras manos, horrorizados, y podíamos ir juntos a buscar a Irene sin sentir la ansiedad de estarle ocultando algo. En aquel momento había cosas mucho más importantes. Purgar nuestra culpa, por ejemplo. ¡Qué más daba que la víctima nos fuera casi desconocida! Éramos culpables porque la tragedia de aquel hombre nos permitía recuperar nuestra dignidad. Y lo cierto es que nos entregamos a ello con verdadero entusiasmo. Quizá Irene, a partir de entonces, aceptara quedarse embarazada. Silvia esperó en el taxi. Yo ascendí la escalera gótica de la biblioteca, la busqué en el largo pasillo en donde se alineaban las terminales del ordenador, irrumpí en la sala de lectura. Varias miradas se alzaron hacia mí. No la de Irene, sentada en un rincón tras una montaña de libros. Me acerqué a ella, le expliqué lo que pasaba. El silencio de aquel lugar magnificaba todos los ruidos. Un hombre calvo se llevó un dedo a los labios. Las bibliotecas están llenas de Harpócrates.

Si lo hubiéramos ensayado no habría salido mejor. François se encargó de organizar el rescate de los restos del automóvil. Él mismo guio a una grúa por el cauce del riachuelo hasta el lugar del siniestro. Amador recogió a los niños y los llevó

al museo para que Natalia los entretuviera. Y ella, acogiéndolos entre sus brazos fríos, les enseñó a escuchar el discurso velado de las calizas, de los pedernales y de los pórfidos, hasta que un familiar se hizo cargo de ellos. Yo me encargué de buscar a aquel familiar, de telefonar a la empresa de Tomás y de proporcionar la necesaria intendencia a Silvia y a Irene, quienes, preocupadas pero serenas, no se separaban de Olga. Fue de aquella manera como una gente hacia la que el accidentado no sentía especial aprecio se hizo cargo —paradojas de la vida— de todo lo que formaba parte de su existencia. Mientras, otros desconocidos lucharon durante largas horas en el quirófano para evitar que muriese. La víctima había cumplido y no se le pedía más. Lo consiguieron. Pero nadie en este mundo, ni por egoísmo ni por orgullo profesional, podía devolverle las piernas. La carne que las cubría había quedado entre los restos del coche.

Como era lógico suponer, el anuncio de Irene llenó nuestro buzón de una avalancha de cartas perfectamente inútiles. La mayor parte de ellas, cayendo en una confusión a la que por desgracia ya estábamos acostumbrados, se quejaban de todo tipo de ruidos. Incluso nos llegaron un par de folletos de empresas de insonorización. En un sobre rosa apareció una foto de una niña que miraba a la cámara con dulzura mientras, con los brazos extendidos, sostenía sobre las manos una gran tortuga de tierra. En una nota de letra temblorosa nos explicaba que era su mascota y se llamaba *Silencio*. Irene puso aquella foto en su mesilla. En otra carta se nos pedía dinero a cambio de una información decisiva. Alguien nos recomendó, con cierta gracia, que nos pusiéramos a gritar bajo un puente por el que pasara el tren, como Liza Minnelli. Y un aficionado a la montaña —imaginamos a una especie de eremita con esquís— nos reveló que el silencio más opaco y denso se hallaba en un paisaje nevado. Pensamos que aquello podía ser cierto y decidimos hacer una excursión a los Pirineos en cuanto llegase el invierno. Había también una nota escrita como un anónimo, con recortes de letras pegados sobre el papel. Quizá por lo trabajoso de su confección era tan escueta y estaba tan mal redactada: *silencio es donde no hay ruido*. Así de sencillo. ¿Para qué darle más vueltas? La colgamos en la puerta de la cocina para que Rosario la tuviera siempre presente. Otro socarrón nos envió una partitura para trompeta con el *toque de silencio*, acompañada por unas líneas en las que nos aclaraba que era un músico incomprendido y genial. Recibimos también múltiples citas de libros —a modo de ejemplo una de Zenón según la cual tenemos una lengua y dos oídos para dejar constancia de que debemos oír el doble de lo que hablamos— y reflexiones místicas de lo más pedante. Todos los que escribieron en respuesta a nuestro anuncio tenían algo que ofrecernos, a excepción de una carta que nos pedía ayuda. Era de una mujer que tenía un hijo autista.

—Bueno —dijo Irene frotándose las manos—. No estoy en el mejor momento,

pero tendremos que ir a verlo.

Aquel día yo me sentía asombrosamente feliz. Era una mañana de otoño en la que el viento agitaba los bambúes. Hacía incluso un poco de frío y nos habíamos apresurado a encender la chimenea. Creo que fuimos los primeros en hacerlo en todo el país. Sentados al calor de la lumbre, con las cartas desparramadas a nuestro alrededor, recordé a Irene la anécdota de mi admirado Italo Calvino cuando acudía a visitar a Borges. Calvino se limitaba a sentarse y a permanecer callado. Como insistía en no hablar y su maestro estaba ya ciego como un topo, alguien le reprochó que Borges acabaría por no saber si su amigo seguía allí o ya se había ido. El argentino salió en su defensa con su habitual desparpajo: *No te preocupes —contestó—. Lo reconozco por su silencio.*

No teníamos nada que hacer. Nadie nos iba a visitar y no se nos esperaba en ningún sitio. Irene había salido sólo un momento a comprar café y un gran ramo de rosas blancas que llenaban con su fragancia aquel salón convertido, gracias al fuego, en un reducto casi tropical. Rosario, con el abrigo puesto para irse, nos dijo que nos diéramos prisa en abrir una botella de buen vino. Había preparado un espléndido *suquet de peix*.

¿Qué más se podía pedir?

Se podía pedir un poco más de tristeza, algo que lo estropeará todo. ¡Qué diablos! Cuando te acostumbras a romper cosas la estabilidad te resulta demasiado monótona. Si sales a dar un paseo acabas apresurándote sin motivo, si cenas con un amigo terminas borracho mirando con ojos turbios a cualquier pobre desgraciada, si sabes que alguien te ama deseas que te desprecie. Para un caballo que se desboca la paz es algo que nunca existió y que por lo tanto no hay forma de recuperar.

Así me sentía, cada vez más desbocado y sin embargo cada vez más abúlico. Por si aquello fuera poco, Irene entró en un período de pasividad exasperante. Por las noches se acostaba como si se tratara de una renuncia. Yo intentaba leer, pero ella daba vueltas en la cama y llenaba de ansiedad la habitación. Acababa tomando un valium para dormirse. También se volvió impenetrable. Entraba y salía de casa a todas horas sin decir adonde iba ni qué había hecho. Yo no se lo preguntaba y era lo peor que podía hacer. Una tarde descubrí que llevábamos varias horas no sólo sin hablarnos, sino sin cruzar siquiera una mirada. A veces me sentía como un fantasma incorpóreo viviendo de prestado en la casa de una mujer independiente y atormentada. Cogió la gripe y aquello nos proporcionó una breve tregua. Le llevaba la comida a la cama y me lo agradecía con una sonrisa. Pero entre comida y comida dejaba pasar las horas mirando fijamente la pared. Yo también miraba mucho las paredes, nunca las mismas que Irene. Si, en un momento de rebeldía, uno le preguntaba al otro si le pasaba algo, éste contestaba de forma invariable que no. Y lo

peor era que aquello resultaba cierto: no nos pasaba nada. Hay momentos en los que parece que esperamos algo que sabemos que nunca va a llegar.

Me sentía tan abúlico que llevaba un par de semanas sin llamar a Silvia, sin pensar casi en ella. Pero había en el aire una latencia de invierno amenazador. Si hubiéramos sido animales nos habríamos agitado, inquietos, alzando los belfos para oler extrañas presencias. Como no lo éramos, contemplábamos las paredes y leíamos compulsivamente el periódico. Una tarde sentí que por fin todo se estropeaba a mi alrededor. Estaba solo en casa y apareció Silvia. Se sirvió un whisky —no solía beber— y se sentó en el sofá con las piernas abiertas y el vaso entre ellas. Le pregunté por François sin saber por qué lo hacía. Ella no me contestó. Se limitó a mirarme con sorna como quien desenmascara a un cínico. Pero yo no me había movido. Recuperando mi papel de viejo mandril, no hacía otra cosa que contemplarla con la atención resignada con que se contempla lo que ya está fuera de nuestro alcance. Silvia nunca me había dejado tomar la iniciativa. Nuestra relación secreta parecía más una inconfesable debilidad por su parte que el resultado de mi atracción hacia ella. En consecuencia —y si a ello añadíamos mi endémica tendencia a la inacción, junto al agrio distanciamiento con que me trataba—, había llegado a considerar que Silvia daba el asunto por terminado. La verdad era que no me sentía demasiado infeliz. Me molestan las historias que no llevan a ninguna parte, y si de algo estaba seguro, era de que Silvia y yo no íbamos a declararnos amor eterno. Era evidente que ni siquiera nos cegaba la pasión. Sin embargo, allí la tenía, hosca y desmadejada, como si no pudiera soportar mi estúpida sonrisa de cortesía. Soy bastante buen anfitrión, aunque algo ausente si se espera de mí ciertas atenciones. Y Silvia, aquella tarde gris de otoño, iba a pedirme unas atenciones francamente exageradas. Nunca he estado más lejos de adivinar las intenciones de alguien. Me estuvo contemplando con una seriedad que no presagiaba nada bueno. Luego, miró a un lado con fastidio y chasqueó la lengua.

—No me gusto —dijo con voz quebrada—. Tú tampoco me gustas.

Apuré el whisky y cogió su bolso. Pero no se encaminó hacia la puerta sino hacia mi dormitorio. Antes de entrar se volvió un momento para comprobar que yo la seguía con aquella docilidad que, seguramente, era lo que menos le gustaba de mí. A las mujeres como Silvia no les interesan los hombres que se acomodan con facilidad, y mucho menos si lo hacen por pereza. Darme cuenta de aquello me avivó el orgullo. La seguía, pero estaba dispuesto a resultarle difícil. Si me hubiera echado los brazos al cuello supongo que le habría soltado alguna impertinencia. En aquel momento prefería tener una bronca que simular el agradable encuentro de dos amantes ocasionales. Se me olvidaba que Silvia era incapaz de fingir, y que lo que más le gustaba en el mundo era estar incómoda. Uno no se mueve de forma tan complicada si su carácter se parece en lo más mínimo al mío.

—Necesito que me castigues —dijo.



Sus pupilas se me habían clavado como pequeños dardos. Iba a sorprenderme y no sabía cómo hacerlo sin resultar brusca. Así que lo hizo de la forma más brusca que supo. Abrió el bolso, sacó un cabo de cuerda muy gruesa enrollado con pulcritud y lo dejó caer sobre la cama. Las grandes oportunidades no suelen llegar en buen momento. Siempre había creído estar dispuesto a dar un brazo por que me sucediera algo parecido, pero aquella tarde tenía el alma, los pulmones y hasta la vejiga de la orina llenos de otoño, una sensación lamentable. El corazón empezó a bombearme con agitación. Por supuesto, no se me ocurrió ninguna impertinencia. Tenía miedo. Me asusta que me hagan regalos. Mucho más si son regalos de los que se espera que haga un buen uso. Además, yo sabía que Silvia no pretendía convertirse en una amante imaginativa. Aquello no era un juego. Me obligaba a escoger entre huir de allí o ponerme a su altura. Opté por una solución intermedia y cobarde. No se me ocurrió otra cosa.

—Ahora vengo —le dije, y me encerré en el lavabo.

Sentado sobre la tapa del retrete, cerré los ojos y dejé pasar un par de minutos. Tenía la esperanza de que Silvia, al quedarse a solas, tomara la decisión de salir de mi casa. No se oía ningún ruido en el dormitorio. Apuré todo el tiempo de que disponía antes de que pudiera pensar que mi encierro era en realidad una vergonzosa retirada. Luego abrí la puerta.

Se había desnudado. Me esperaba sentada muy formal, las manos sobre las rodillas y la mirada fija en sus pies. Le temblaba ligeramente la mandíbula, aunque no hacía frío. Sus pequeños pezones se habían desplegado como diminutos catalejos. Pensé que Silvia no tenía derecho a ponerme a prueba de aquella manera. Me sentí irritado con ella una vez más. Y, pobre de mí, tuve ganas de castigarla. La gente como yo acaba haciendo por irritación lo que otros harían llevados por un profundo sentido de la perversión y del arte.

Silvia no volvió a dirigirme la mirada, ni nos hablamos. La cogí por un codo para obligarla a levantarse. Lo hizo sin resistencia. Me llegaban, perfectamente audibles, los latidos de su corazón. Le señalé el suelo a los pies de la cama. Dudó un momento, no acababa de entender. Finalmente, se arrodilló y reposó los antebrazos sobre las sábanas. Mientras desanudaba la cuerda le di unos golpecitos con el pie en el interior de los muslos. Ella separó las piernas, apoyó la mejilla en la cama. En aquel momento veía su rostro de perfil. Su ojo permanecía inmóvil, inexpresivo. Ninguno de los dos parecíamos preocupados por el hecho de que Irene pudiera entrar en cualquier momento. Aquello también formaba parte del castigo.

Le até las rodillas a las patas de la cama. Luego pasé la cuerda por debajo del somier y la saqué por el cabezal. Silvia estiró los brazos y juntó las muñecas. Tensé la cuerda antes de atárselas con lo que quedaba de ella. Busqué en los cajones de Irene un pañuelo y lo anudé en torno a sus ojos. Lo hacía no tanto para inquietarla como

para evitar que me viera. Entonces, tal como había temido, la contemplé sin saber qué hacer. Yo no era un sádico. Tampoco era ella mi esclava y aquella misma noche se metería en la cama con François. ¿Qué diablos hacía allí, atada, en manos de un tipo que no sabía qué hacer con ella? Pero Silvia temblaba y se debatía ligeramente. Estaba pasando miedo, confiaba en mí. Creo que fue en aquel momento cuando descubrí que yo rompía las cosas por omisión y no —aunque parezca una paradoja— de una forma constructiva. Me sentía como un comensal que, en el restaurante de un barco en plena tormenta, no resituara las cosas sobre la mesa y se limitara a verlas caer. Aquello me puso de mal humor. Estaba metido en una de las muchas trampas que las personas enérgicas tienden a los demás para poder sobrevivir. Si Irene llegaba me vería obligado yo también a tomar una postura, no tendría otra salida que mostrarme *activo*.

Decidí acabar cuanto antes. Me quité la ropa. Cuando estuve desnudo pensé que no tenía que haberlo hecho. Habría resultado más insultante si me hubiera limitado a abrirme la bragueta. Ya era tarde para dar marcha atrás, Irene podía llegar. Me arrodillé en la cama junto a Silvia y comencé a manosearla. Quería que mis manos resultaran humillantes, algo así como las de un verdugo que se permitiera acariciar la mejilla del que iba a ser su víctima. ¡Santo Dios! Aquello era lo que habría hecho cualquier adolescente en mi situación. ¿Qué me obligaba a seguir un ritual que me hacía sentir ridículo? Si se había dejado atar era para que yo hiciera lo que quisiera, y sabía muy bien lo que quería. Salté de la cama, me arrodillé detrás de Silvia y me puse a follarla con saña, con ganas de hacerle daño. ¡Qué absurda ilusión! Ella comenzó a gemir, pero no de dolor o de placer, sino de impaciencia. Supuse, ya totalmente indignado, que no estaba a la altura de lo que esperaba de mí. ¿Qué diablos quería? Un castigo, un castigo de verdad. ¡Maldita ella y toda la gente que se colgaba de mi cuello! Estaba harto. Una cólera ciega me hizo salir de Silvia con repulsión, como si tuviera el miembro metido en un nido de babosas. Recogí mi pantalón del suelo y le saqué el cinturón. Fue de aquella manera —embrutecido por el furor que me causaba no saber qué hacer, en el fondo obediente— como me vengué en ella de todos los que me empujaban a abandonar mi apacible retiro. La golpeé una vez —el chasquido aún me resuena en los oídos— y luego otra, con fuerza. Un grito ahogado de Silvia me devolvió a la realidad. Dejé caer el cinturón, contemplé con horror sus nalgas cruzadas por dos franjas granates. Por un momento creí que el corazón iba a estallarme en el pecho. Me tiré detrás de ella, froté las señales intentando borrarlas, las cubrí con los besos más abatidos que he dado en mi vida. Y entonces, entonces sí, monté sobre Silvia y nos pusimos los dos a gritar. Creo que estuvimos gritando hasta que me desplomé exhausto sobre su cuerpo. Una espantosa opresión en el pecho me impedía tomar aire, pero Silvia alzó la grupa con rabia para obligarme a salir de allí. Le solté las manos y me senté en el borde de la cama,

desfallecido. Ella misma se liberó las piernas. Guardó la cuerda en el bolso y se vistió con rapidez.

—Espero que no me hayas marcado —dijo.

En su voz no había complicidad. Era un tono de voz casi profesional. Y yo, para acabar de completar mi ridículo, me había llenado de ternura. Me puse en pie y quise abrazarla, pero ella me apartó con un gesto nervioso. Aún no se había molestado en mirarme. Se alejó por el pasillo. Entonces no pude aguantarlo más. La llamé. Ella se volvió un instante, me concedía sólo un instante.

—Esto no puede continuar —le dije—. Se lo hemos de decir a Irene.

Así lo propuse, utilizando la mediocridad del plural. Yo no era alguien peligroso que pudiera tomar decisiones por su cuenta. Pero aquello no impidió que mis palabras sacaran a Silvia de sus casillas. Soltó un rugido de ira y golpeó el suelo con un tacón.

—Es mi mejor amiga —su mirada, tan esquiva, en aquel momento me atravesaba—. Si le haces daño, te juro que acabaré contigo.

Salió de casa dando un portazo. Volví a sentarme en la cama. Desde la mesilla de Irene, la niña de ojos dulces me ofrecía, como un tesoro, su enorme tortuga. En un ataque de mala conciencia realmente desordenado, tuve la insensata certeza de que a aquella niña iba a sucederle algo terrible por mi culpa.

Cuando llegó Irene me encerré en la cocina con la excusa de preparar la cena. Me temblaban las piernas. Poco después sonó el teléfono. Pude oír la risa de Irene en el salón. Luego el ruido de sus tacones, que se acercaba. Pasó por delante de la cocina para ir al lavabo y me dijo que Silvia quería hablar conmigo. Llegué como pude hasta el teléfono, cogí el auricular. No dije nada, pero debía de respirar con tanta agitación que Silvia supo que estaba allí. Su voz no sonó seca o profesional. Tampoco sonó tierna.

—Eres un hijo de puta. Gracias.

Quizá me estoy poniendo demasiado dramático. Ahora pienso que aquellos fueron los mejores tiempos. Por lo menos fueron intensos. Por lo menos teníamos algo bueno que estropear. Un día llené de flores la casa. Como resultado de algo tan nimio, Irene y yo volvimos a hablarnos. A veces, cuando uno estaba abstraído, alzaba la vista y descubría que el otro le estaba mirando. Nuestra apatía pareció diluirse y volvimos a sentir mutua curiosidad. Silvia estaba encantada de que nos fuera bien. Venía a casa a menudo, cargada como antes de regalos. Irene y ella se morían de risa por cosas que sólo ellas conocían. Silvia volvió incluso a colgarse de mi brazo. Me besaba en la mejilla y me decía que estaba muy contenta. Hasta yo me sentía lleno de una moderada vitalidad. Irene se sorprendía de que hablara tanto cuando salíamos con amigos. Una noche, con algunas copas de más, dediqué dos horas y media a explicarle a un joven filólogo —creo que deseaba convertirse en representante de

escritores— el panorama de la narrativa en nuestro país. Supongo que después de aquello desistió de su propósito. Empezamos todos a tomar vitaminas. El *pharmatón* circulaba de bolsillo en bolsillo como una droga de moda. François decía que el deseo de medicarnos era el primer síntoma de que estábamos saliendo de la astenia otoñal. Probablemente tuviera razón. Por cierto, que no fue a la Toscana con su jovencita, pero sí pasó con ella un largo fin de semana en un hotel de Caldetas. Pasearon por la playa, se desfogaron mucho y volvieron bastante aburridos. En sólo tres días habían agotado todo lo que podían ofrecerse el uno al otro. Silvia se quedó por fin tranquila. En ningún momento se le ocurrió dejar a François por culpa de aquel escaso incidente. Y él, como si necesitara justificar su escapada, nos hizo una entusiasta propaganda de aquel hotel y de su oronda cocinera, una tal Montserrat que preparaba una espléndida butifarra con gambas. Amador nos llamó un día para decirnos que Natalia se había instalado en su piso y que era —*nosotros no podíamos imaginar hasta qué punto*— una especie de geisha silenciosa, dispuesta siempre a atenderlo y con un apetito sexual devorador. Nos confesó también, enardecido, que en la intimidad de su hogar, con el pelo suelto y sin gafas, envuelta siempre en delicados tules transparentes, se volvía tan bella como el mejor ópalo de fuego que se pudiera hallar en el subsuelo de México. La precisión de aquella imagen nos hizo pensar que Natalia empezaba a ejercer una notable influencia sobre su cerebro. Sólo Olga no parecía reverdecer ante la inminente llegada de aquel invierno amenazador. Compró a su marido una silla de ruedas eléctrica y se encerró con él en su apartamento de la Diagonal. En alguna ocasión nos llamaba por teléfono. Las noticias no eran buenas. Unas veces nos contaba que a los niños se les hacía insoportable ver a su padre sin piernas, que tenían pesadillas. Otras veces, que su marido se estaba volviendo un minusválido tirano. Aquélla no era nuestra Olga. Hasta le había cambiado la voz. Hablaba en un tono neutro, apagado. Nos parecía inconcebible que no se interesara por nosotros, que no pidiera —como siempre había hecho— noticias de todo cuanto la rodeaba. Como una reportera inmersa en una guerra lejana y atroz, se limitaba a relatarnos la crónica de su progresiva melancolía.

La conversación con el joven filólogo, si no desató en él un ansia irrefrenable de representarme, sí me devolvió las ganas de escribir. Nuestra historia del silencio navegaba a la deriva, cada vez más condenada, como un iceberg al que las corrientes hubieran llevado a las aguas templadas del mar caribeño. Hasta Irene parecía desinteresada por el libro. Estaba ocupadísima preparando un estudio sobre las maravillas del mundo antiguo para una revista de viajes. Colgó por todas partes grabados de Fischer von Erlach, de Koldewey y de Tempesta que reproducían los jardines colgantes de Babilonia, el faro de Alejandría, el Zeus de Olimpia y demás prodigios desaparecidos. Cualquiera habría creído que la revista pensaba sacar un número especial para distribuirlo en la Roma anterior a las guerras púnicas. En

realidad, pretendía demostrar que el turismo es consustancial al hombre civilizado y la fuente de sus mayores placeres. Irene dedicó toda su energía a convertirse en una especie de turista arqueóloga, y aquello la distrajo notablemente de sus otras inquietudes. Pero allí estaba yo para seguir luchando por nuestra causa. Llevaba en el corazón, como una espina clavada, su reproche de que no éramos capaces de hacerlo. Y tenía una idea, nacida de su derroche verbal en aquella carretera de los Monegros donde descubrimos las infinitas posibilidades que nos brindaba el silencio. Me propuse escribir la historia de un enterrador siciliano. Quería situar la acción en algún pueblecito cercano a Palermo, en un lugar donde fuera lógico suponer que la Mafia impregnaba la sociedad. Cogí un atlas y empecé a situarme. *Bagheria* y *Motireale* estaban cerca de Palermo, demasiado cerca y demasiado costeros. Tenía que ser en el interior. *Corleone* había alcanzado una fama excesiva. *Lercara Friddi* tenía un nombre complicado y de poca resonancia siciliana. Pero los mapas no suelen traicionar. Allí estaba, en pleno centro de la isla: *Caltanissetta*. Busqué entonces en la enciclopedia: *C. de Italia, en Sicilia, en el alto valle del Salso. Es el centro comercial del azufre. Industrias químicas y mecánicas. 59.728 hab.* ¡Perfecto! Una pequeña población en la falda del Etna, en la que crecían como hongos malignos las peores industrias. ¡Hasta su producción de azufre tenía un marcado carácter infernal! Imaginé siniestros despachos donde se planeaban terribles venganzas. Aquélla era mi forma de hacer turismo, ¡qué diablos! Disponía de cincuenta y nueve mil setecientos veintisiete figurantes y del dueño de una casa de pompas fúnebres, mi personaje. Ya sólo necesitaba imbuirme un poco del paisaje local. Abrí la *Guide Flammarion*. Extensiones uniformes manchadas por escasos bosques de olivos. Campos de cereales y almendros. Naturalmente. ¡Qué pocas sorpresas deparan los viajes! Ya podía empezar. La mejor manera, una escena de situación. En una calle poco transitada, suburbial, una *trattoria* con mesas en la acera bajo una exuberante parra. (Los tópicos son el recurso descarado de las buenas ambientaciones). Tres hombres comerían a la sombra. ¿Qué comerían? De vuelta a la guía: la cocina siciliana es la guardiana de las tradiciones gastronómicas bizantinas, romanas y griegas. ¿Quién lo iba a decir? Spaghetti con pescado, macarrones con berenjenas, bacalao, mero y calamares, todo ello bien sazonado con hierbas aromáticas. Escogí la *caponata*, una cacerola de verduras con salsa agri dulce. Para beber, una botella de vino corvo. Bien. Los tres hombres comerían caponata y hablarían sin alzar la voz. Acababa de suceder algo espantoso. Un párroco humilde, un pequeño santo que había defendido siempre a los pobres ante los abusos de los hacendados, acababa de ser asesinado de un tiro entre los ojos. *Es el dedo de la Cosa Nostra*, algo así diría Cario, empleado del matadero. (Los presentaría de esa manera, nombre y oficio, muy al gusto del realismo social italiano). *Voy a pasar la tarde tapando ese agujero*, añadiría Filippo con una mueca de disgusto. Filippo podría ser restaurador de cuadros antiguos y de cadáveres

tiroteados. En ambos casos su técnica sería la misma: pegar un parche sobre el desaguado y luego colorearlo. El tercer comensal se mantendría en silencio. Se trataba, por supuesto, del dueño de la funeraria. Aquí se iba a hacer necesaria una breve descripción. Sería extremadamente flaco, de eso no cabía la menor duda. Y muy alto. No, ¡qué tontería! Tendría la altura de un paraguas, como Truman Capote. Los ojos saltones y las mejillas hundidas. Y los dedos de las manos muy largos, huesudos. Un hombrecillo frágil asaltado por continuos temores. Acabaría de comer sin decir palabra, se despediría con una excusa. *¡Cómo estás hoy, Stefano!*, los otros dos, *¡ni que te hubieran echado azufre en el café!* (Se me ocurrió que esa podía ser una broma local). Mientras nuestro hombre caminara por las calles, desiertas a aquella hora, la frente se le perlaría de sudor. No sería la canícula la causante de ello, sino un espantoso conflicto moral. Angelo, el cura asesinado, habría sido como un hermano para él. Juntos habrían despedido de este mundo a cientos de parroquianos. Era Angelo, siempre el primero en saberlo, quien le avisaba cuando se producía un óbito. Era él quien le proporcionaba la clientela. Y en aquel momento descansaba sobre la mesa de mármol de su trastienda esperando a que Filippo le tapara el agujero. Hasta aquí todo era normal. Pero Stefano *sabía* quién lo había hecho. Los hermanos... (A ver, el mapa, un pueblo siciliano: *Prizzi*, ¡Dios mío!, *Nicosia*, no, tenía que ser un nombre patibulario, *Caltabellotta*, demasiado grotesco, ¡ya estaba!: *Grotte*). Habían sido los hermanos Grotte. Stefano lo sabía y tenía que guardar silencio. Nuestro hombrecillo prepararía el lugar del velatorio dominado por una angustia creciente. Aquí insertaría algunas escenas coloristas. La llegada de las coronas, plañideras de riguroso luto. Un monaguillo pícaro, tipo lazarillo. Y descripciones, después sería demasiado tarde. El valle se extendería hacia Agrigento y el mar. Nubes de orín ascenderían al cielo. Un olor amargo que llegaría desde las industrias químicas. El *smog* de Calvino, que remitiría a corrupción política y a la destrucción de los restos de la historia diseminados por el paisaje. Cumplido este paso inevitable, entraría de lleno en la escena principal. Anochece. Angelo, de cuerpo presente. Filippo se ha esmerado. El cadáver tiene incluso una mirada beatífica de clarísima ascensión a los cielos. El pobre Stefano estaría en una esquina, destrozado. Aquel sería el reino del silencio. El sacerdote asesinado guardaría el estricto silencio de la muerte. Los presentes —algún sollozo, algún cuchicheo— respetarían el silencio impostado del velatorio. Y todos en Caltanissetta vivirían atenazados por el silencio de la palabra: la *omertà*. Los hermanos Grotte, impunes, acudirían compungidos a despedir a Angelo. Stefano se mordería los puños en su rincón. A partir de aquí, un *crescendo* hacia la nada. Un túnel oscuro que devora todos los secretos. La impotencia de no poder confesar la verdad en aquel lugar donde el silencio es amo y señor. Amanece. Ya a solas con Angelo, Stefano se dispondría a cerrar el ataúd. Un último impulso le haría abrazarse al cadáver de su amigo. Un

último impulso, romper el silencio aunque fuera en la intimidad. Cogería un papel. Escribiría con sus largos dedos: *Querido Angelo: Te mataron por orden de los hermanos Grotte. Que descanses en paz. Stefano.* Deslizaría la nota entre los dedos inertes del cura. ¡Plan! Ruido seco de la tapa al cerrarse. El entierro. Las últimas y voluntariosas plañideras. El monaguillo dándose codazos con otros niños. Stefano, abatido, retirándose a su negocio. Aquí se haría necesaria una elipsis hasta la noche. Nuestro hombre se despertaría en la oscuridad bañado en sudor, con la sensación de que una mano fría le había cubierto la boca. ¡Era Angelo! ¡Era Angelo que le daba las gracias! Volvería a dormirse entre sueños desapacibles. Por la mañana, ojeroso, acudiría al bar a tomarse su café bien lleno de azufre. No le dejarían hacerlo. Sortino, el jefe de los *carabinieri*, le llamaría a su despacho. Allí le enseñaría un papel, un papel que alguien habría dejado por la noche sobre su mesa. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Por la infinita bondad de María Santísima! ¡Era la nota que escribiera a su amigo! Stefano alzaría los brazos al cielo. *¡La puse en el féretro de Angelo!*, confesaría, *¡Es un milagro!* (El cuento estaría escrito en castellano, por supuesto, pero en el hipotálamo del lector resonaría: *É un miracolo! É un miracolo!*). Sólo un milagro podía haber roto aquel inmenso silencio. El resto de la historia era casi obligado. Stefano aparecería aquella misma tarde junto a la valla de la planta química con treinta y siete balas en el cuerpo. Filippo tendría que emplearse a fondo con él. Los hermanos Grotte, compungidos, acudirían a despedirle. Y el final. Dos hombres comerían en su mesa habitual, bajo la parra. Uno de ellos —Carlo, empleado del matadero— bebería un sorbo de vino y menearía la cabeza con resignación. *Aquí, en Caltanissetta, diría, los milagros los hace la onorata società o se pagan con la vida.* Punto y final. Era una buena idea, un poco estúpida y jugosa como a mí me gustan, espléndida. Me puse a trabajar y la escribí en poco más de cinco horas. Como nunca llegamos a redactar nuestro libro sobre el silencio, acabé publicándola en un periódico, donde apareció como una agradable lectura estival.

Desde luego, no cabe duda de que fueron buenos tiempos. Había vuelto a escribir. Irene y Silvia eran bellas —lo juro— y estaban a mi alcance. Es una lástima que el placer vaya tan unido a unas ganas enormes de estropear las cosas. Ahora —ha pasado cierto tiempo— me veo incapaz de divertirme o desesperarme tanto como entonces. Supongo que eso se explica porque he perdido la necesidad de buscar mi propia destrucción. Empiezo a pensar que era lo único que tenía, lo más bello. Y no estaba solo. De alguna manera extraña, todos compartíamos aquella necesidad inconfesable.

El único problema era que acabábamos sobreviviendo, y nos resultaba difícil perdonárnoslo unos a otros. ¿Qué hacía vivo aún el marido de Olga con las piernas enterradas en un cementerio de coches? ¿Adónde iba Amador convirtiéndose en una

geisha a una apocada y tímida geóloga? ¿Por qué nos dedicábamos Silvia y yo a echarnos mutuamente la mierda por encima a espaldas de Irene y François? ¿Por qué motivo, siendo tan mínimos, éramos tan resistentes?

Sobrevivir es una actividad soterrada, avara y silenciosa. Por lo general causábamos tanto ruido que resultaba difícil hacerse consciente de ello, y es probable incluso que nuestro ruido fuera premeditado. Mantener un severo silencio, encerrarse en uno mismo para sobrevivir a secas, sin tapujos, habría sido contemplado por los demás como una perversión inexplicable. Irene y yo, por culpa de mi obstinación en reemprender el libro, tuvimos el dudoso placer de enfrentarnos a un caso de supervivencia descarnada. La historia siciliana me había dejado insatisfecho. Me había limitado una vez más a jugar con nuestro tema y quería abordarlo con mayor seriedad. A falta de otras ideas, busqué la carta de la mujer que nos pedía ayuda. La llamé por teléfono. Ante la insistencia con que me preguntaba quiénes éramos, tuve que aclararle que no podíamos hacer nada por su hijo. Sin embargo, para nuestro libro era muy importante que nos dejara verle. Quizá por tentar la suerte, quizá tan sólo por pura curiosidad, accedió a recibirnos una tarde lluviosa de noviembre. Vivía en el barrio de Gracia, en una casita antigua de una sola planta. Irene y yo, muy juntos bajo nuestro único paraguas, sonreímos de la forma más amable que pudimos cuando su rostro abotargado asomó por el resquicio de la puerta. En el interior olía a humedad, a habitaciones mal ventiladas. La mujer nos dejó pasar, cerró la puerta y nos contempló con ojos desconsolados. Luego juntó las manos sobre el vientre y suspiró de la forma más compungida. Pensé que teníamos delante a la mismísima hermana de los Grotte. Cuando llegan a cierta edad, algunas señoras se complacen representando unos sentimientos que seguramente han perdido por el camino. Irene no necesitaba más para odiar a aquella mujer. Tuve la certeza de que en aquel momento ya la odiaba a muerte, así que me apresuré a presentarme antes de que mi acompañante decidiera largarse de allí.

El muchacho estaba en el comedor, sentado en una silla frente a una ventana enrejada. Contemplaba la lluvia con la boca entreabierta. Era evidente que aquella expresión —una especie de estupor ausente— se había aposentado en su rostro hacía ya mucho tiempo. No se volvió hacia nosotros cuando entramos en la habitación. Mirarle resultaba incómodo. Tenías la sensación de estar espiando a alguien tan abstraído que no podía advertir que había gente a su lado. A todos nos sucede de vez en cuando.

—Lleva dos años así —la mujer hablaba como si el chaval hubiera salido—. Siempre ha sido un poco raro, pero de un tiempo a esta parte no hay forma de sacarle palabra. Viene una psicóloga tres veces por semana. Aunque él no le hace ningún caso, lo mira con ojos tiernos. Conmigo es muy antipática. Me obliga a encerrarme en la cocina. Pero, cuando se va, mi hijo sigue igual de callado. Yo no sé qué le hace, la



verdad.

Había preparado café para nosotros. Cogí mi taza y la contemplé con aprensión. Todo en aquella casa me daba asco. Se me hacía insoportable el olor a sudor que la impregnaba. Irene, obviamente, había decidido tomar partido por la psicóloga. No quiso el café. Lanzó a la mujer una mirada indignada y se sentó frente al muchacho. Él seguía mirando por la ventana.

—Me llamo Irene —le dijo—. No he venido a ver a tu madre, sino a ti.

El chaval no se molestó siquiera en parpadear. La mujer soltó una risita satisfecha. Parecía contenta de que su hijo no hiciera ningún caso a aquella entrometida.

—¿Por qué no sales de aquí? —propuso Irene abriendo nuevos y estériles caminos a la psiquiatría—. En esta casa no se puede respirar y el mundo es enorme.

La mujer se me acercó con sigilo. El hedor de aquella casa se condensaba en ella como en un enorme frasco ambulante.

—Si es su señora, tenga cuidado —me susurró al oído—. Le dejaré por el primer aventurero que pase por su lado. Conozco bien a este tipo de personas. Mi marido decía las mismas cosas que ella.

Quise fulminarla con la mirada, pero me traicionó mi asquerosa cortesía. Me pregunté por qué se empeñaba en sobrevivir una mujer como aquélla, que olía mal y que no tenía nada que hacer, a lo sumo maldecir a un marido fugitivo y a un hijo que se limitaba a mirar por la ventana. Pensé que sobrevivía por inercia y por otra cosa, una especie de maldad congénita. Por las enormes ganas que tenía de molestar. Mientras, resonaban en mi cabeza las últimas palabras con que Irene intentaba romper el férreo silencio del muchacho:

—Si quieres, volveré a verte. Haz sólo un gesto con la cabeza. Un solo gesto... Uno sólo.

De regreso en casa, consulté un tratado sobre esquizofrenia. Irene se había desplomado en el sofá y tenía la mirada fija en el techo. Para ella debía de resultar inconcebible que alguien se *ausentara* de una forma tan radical. Me preocupaba que aquello la sumiera en una de sus depresiones, así que intenté echar tierra sobre el asunto.

—Irene, aquí dice que un autista es alguien que, a diferencia de todos nosotros, ha decidido *no contenerse más*. Alguien que se ha liberado hasta el punto de aniquilar su relación con el mundo encerrándose en sí mismo. No estarás de acuerdo, pero a mí me parece sólo una forma exagerada de ser normal.

Ante mi asombro, Irene soltó una carcajada. Se puso en pie y vino hasta donde yo estaba. Se me abrazó. Me llenó la cara de besos.

—No te preocupes por mí —dijo con voz traviesa—. Si no existiéramos las mujeres, tú también serías autista.

La última vez que nuestra pequeña tribu se reunió con cierta normalidad fue en una especie de acto de adhesión al inválido. Olga, cada día más abatida, nos pidió que hiciéramos algo para convencerlo de que saliera de casa. Elegimos un domingo soleado y quedamos a la hora del aperitivo en la Barceloneta. Allí, en el paseo marítimo, había un buen espacio para que su marido pudiera acostumbrarse al manejo de la silla. Irene y yo llegamos los primeros. Poco después Silvia y François. Nos sentamos al sol a leer los periódicos hasta que un bocinazo reclamó nuestra atención. Eran ellos. Olga había comprado una furgoneta para trasladar a su marido. Nos saludó agitando sin entusiasmo su mano pequeña y pálida. A su lado, el accidentado miraba al frente como si aquello no fuera con él. Los niños, en cambio, salieron entusiasmados al ver a Irene y saltaron a su cuello. Irene los cogió de la mano y fue a enseñarles la playa. Los demás ayudamos a descargar la silla. Luego, con afectada naturalidad, cargamos en brazos al hombre y lo sentamos en su artilugio. No nos dio las gracias y se acomodó con un gesto de fastidio, como si lo hubiéramos puesto en una mala posición de forma premeditada. Silvia había hecho un aparte con Olga y caminaban por el paseo. François y yo avanzamos unos pasos tras ellas. Pero el hombre no hizo el menor gesto por accionar el motor de su silla, así que regresamos a su lado dispuestos a improvisar como fuera una agradable tertulia entre varones. No iba a ser fácil. Tanto François como yo soltamos un suspiro de satisfacción dominical. Nos miramos sonriéndonos con apremio. El inválido, ajeno, contemplaba el mar como si estuviera viendo una película aburridísima. Entonces François miró con alivio por encima de mi hombro, soltó una risa de cómico inepto y anunció la llegada de Amador. Me volví con un interés desmedido que no contagió en absoluto a nuestro inválido. Yo habría mantenido su misma postura de haber estado, como él, en una reunión de idiotas extremadamente afables.

Amador llegaba tan agarrado a Natalia que parecía más bien sostenerse en ella. Era su forma plomiza de alardear de su compañía, pues no venían solos. Clara —su ex mujer— acababa de llegar de Nicaragua acompañada por un Johnny muy diferente del que conociéramos un año antes. Vestía un traje blanco elegante pero decididamente veraniego, y caminaba como si siempre estuviera a punto de empezar a bailar un claqué. Al vernos alzó los brazos y nos enseñó las palmas de sus grandes manos mientras soltaba un grito de alegría. Clara, que no había traicionado sus faldas largas de cretona ni sus camisetas teñidas a mano, llevaba por todo abrigo un chal de lana de vivos colores. Había engordado considerablemente. Parecía —por decirlo de una forma cruel— una feminista bostoniana que hubiera decidido convertirse en una *auténtica* indígena.

—Allí todo está por hacer —nos dijo después de los abrazos—. Y Johnny se ha convertido en un tipo importante.

El negro nos miraba con una sonrisa llena de orgullo.

—Le han encargado que organice la flota pesquera del Pacífico. Hay aquí un empresario dispuesto a poner dinero y barcos de segunda mano. Seremos los reyes de la sardina.

—Claro que sí —intervino Johnny con su vozarrón alegre—. Y tenemos un mulatito chiquitín. Así de chiquitín.

Se agachó para situar una mano a la altura de sus rodillas. Entonces sonó por fin la voz del inválido:

—Vaya con los sandinistas, qué cabrones.

Johnny lo contempló un instante sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Pues claro, viejo. Hay que demostrar a los yanquis que podemos vivir sin ellos.

Con dos zancadas se puso detrás del inválido y comenzó a empujar la silla hacia la terraza de un bar.

—Y ahora vamos a tomar unas cervecitas para celebrarlo. Invita Johnny. Y os invito a venir cuando queráis a Managua. Tenemos una casita con un patio lleno de palmeras. Tú también puedes venir.

Sin dejar de empujar la silla dio unas palmadas amistosas en el pecho del inválido. Los demás tragamos saliva. El marido de Olga podía soltar una grosería de la que Johnny no pudiera zafarse.

—No estoy en condiciones de ir a ninguna parte —contestó, para nuestro alivio, al cabo de unos segundos.

—¿Qué dices, viejo? A Nicaragua se va volando, y eso es algo que ni tú ni yo podemos hacer. Para eso están los aviones, claro que sí.

Nos sentamos en la terraza. Todos bebimos cerveza menos Olga, que pidió una ginebra sola. Clara y Johnny, que parecían haber comprendido lo que sucedía, no se dejaron desconcertar por la amargura del accidentado. Cogidos siempre de la mano, fueron mucho más efectivos que nosotros a la hora de colmar los silencios. Nos contaron todo lo que les vino a la cabeza. Los niños, sentados sobre las rodillas de Irene, miraban a Johnny como si no hubieran visto a un negro en su vida. Aquella última reunión pudo haber acabado de una forma agradable, pero el inválido guardaba un as en la manga. Olga acabó con rapidez el contenido de su vaso y alzó la mano para llamar al camarero. Pidió otra ginebra sola. Y, entonces, la voz de su marido sonó tan clara que todos supimos que había estado esperando aquel momento para volver a atacar.

—Siempre ha sido una cretina —dijo—. Ahora es también una borracha.

Por un instante nos quedamos todos inmóviles, incluido el camarero. Irene hizo gala de su natural agilidad. Soltó un bufido de rabia, pero se puso en pie y ofreció a los niños una bolsa de patatas fritas. Desapareció con ellos en el interior del bar. Olga se cubrió la cara con las manos.

—No puedo más —sollozó—. No puedo más.

El inválido contemplaba de nuevo el mar con aburrimiento. Los demás nos miramos sin saber qué decir. Iba a ser Johnny quien encontrara la manera de responder a la agresión. Se volvió hacia el camarero, que no se había movido.

—Yo también quiero ginebra. Una ronda para todos, viejo.

Cuando nos la sirvieron se levantó y la bebió de un trago. Agarró la silla del inválido —que no movió un solo músculo— y nos anunció que se iban a dar un paseo. Tardaron casi una hora en volver. El marido de Olga estaba pálido y se mordía los labios. Ella se había serenado y los niños corrían por entre las mesas. Johnny nos ofreció su sonrisa más amplia. Se frotó las manos, cansadas de empujar la silla que el otro se había negado a accionar.

—Entre los dos hemos resuelto toditos los problemas de Nicaragua —dijo con voz alegre.

Pero sabíamos que en su largo paseo no habían abierto la boca. El inválido soltó una risita desabrida, buscó a Olga con la mirada y le suplicó que lo llevara de regreso a casa. Nicaragua iba a seguir como estaba, también Olga. Como no podíamos hacer nada para evitarlo, encargamos una paella y nos la comimos bajo el sol tibio de diciembre. La conversación giró en torno a las virtudes y los defectos del marisco caribeño.

El empresario dispuesto a invertir en la flota pesquera de Johnny resultó ser un viejo conocido de Irene. Era un hombre bajo y risueño que llevaba pantalones vaqueros muy gastados y fumaba canutos sin cesar. Nos los encontramos por casualidad en un café a la salida del cine: el empresario y Johnny enzarzados en una inagotable enumeración de proyectos, Clara un poco aburrida. Irene, por supuesto, los invitó a casa. Estuvimos delante de la chimenea, bebiendo y hablando del mar, hasta que el sol despuntó por entre las hojas de nuestros ateridos bambúes. Se llamaba Óscar. Según Irene tenía todo el dinero del mundo, pero parecía recién desembarcado de una lancha neumática de *Greenpeace*. Nunca he conocido a un hombre rico menos dispuesto a lucir su poder adquisitivo. Me cayó simpático a pesar de que la presencia de Irene pareció despertar en él una antigua fascinación. Cuando la miraba, los ojos le sonreían sin necesidad de que les ayudara la boca. Fueron unas horas incómodas, pero sólo para mí. Óscar adoptó una postura muy común entre los nuevos amigos que invadían nuestra casa. Decidió que una mujer como Irene merecía mejor destino que vivir encerrada en aquel lugar con un tipo como yo escribiendo un libro sobre el silencio. ¡Sobre el silencio! El empresario se moría de risa. ¿Qué podíamos opinar desde la ciudad? El silencio se encontraba en el paisaje trágico del mar en calma, sin un miserable soplo de viento y sin avistar tierra por ninguna parte, en un pequeño barco con la única compañía de un hombre que te quiere asesinar. Su mano peluda

acariciaba el pie de Irene, que se desperezaba, soñadora. Le dije con cierta brusquedad que un buen lector de Conrad no necesitaba que le dieran clases de navegación aventurera. Pero él, después de sacar un poco más de lustre al empeine de mi amada, confesó ser un insufrible vitalista que necesitaba descubrir las cosas por sí mismo. Así lo dijo, el muy ladino. Irene desfallecía. En su cabeza resonaban sin duda los chillidos de las cacatúas y el rumor de tambores lejanos. África, Estambul, Malasia. Habíamos bebido demasiado. Afirmé alzando la voz que no había nada en el mundo que no se pudiera encontrar, por ejemplo, en Caltanissetta. Nuestros invitados parecieron desconcertados, pero Irene soltó una risita y depositó un beso cómplice en lo que de mí tenía más cerca, un hombro dolorido por la postura forzada ante la chimenea. Di por zanjado nuestro pulso con una clara victoria a mi favor. Pero Óscar se había quedado pensativo.

—Caltanissetta. Eso está en Sicilia, ¿verdad? He estado allí. Recorrí la isla siguiendo el *Carrusel siciliano* de Durrell. Creo que él, a su vez, lo había hecho siguiendo un libro de Eliot. Me gusta leer las novelas en los lugares que las inspiraron. Recuerdo que pasé unos días en una pensión del interior de la isla. No hice otra cosa que dar largos paseos y leer *El Gatopardo*.

Lo miramos todos con asombro, especialmente Irene. Él simuló sentirse azorado y, como si se disculpara por haberse metido en el terreno de otro, me clavó el estoque hasta la empuñadura:

—Bueno, el que viaja tiene más tiempo para leer que el que escribe, ¿no es cierto? A diferencia del escritor, siempre tan embebido, el viajero combina horas de gran intensidad con muchas horas muertas.

Irene y Clara aplaudieron con entusiasmo. Johnny se había dormido. Yo sonreí con suficiencia, como un portero al que le cuelan un gol absurdo por la sola razón de que en aquel momento le ha sobrevenido un estornudo.

De aquella manera se introdujo entre nosotros el ansia caribeña, que iba a resultar mucho más sólida que nuestro —por llamarlo de alguna manera— voluntarioso impulso riojano.

Ausentarse es una forma de callar. Ausentarse para siempre es buscar el silencio definitivo. Este enunciado, tan sencillo, resume sin embargo los que a la postre serán los peores momentos de nuestra vida. No supimos de Olga hasta un par de semanas después de nuestro aperitivo dominical. Silvia y yo estábamos mucho más moderados. Creo que, más que volvernos locos el uno por el otro, nos teníamos tanto cariño que nos gustaba abrazarnos en secreto. Sin duda es una tontería, pero con ella tenía la sensación de estar con una mujer situada muy por encima de mis posibilidades. Quizá fuera porque Silvia —distinguida y esbelta como un potrillo— cumplía a la perfección ese hábito tan complicado por el que las mujeres, cuando se

meten en la cama de su amante, dejan clara constancia de que están *regalándose*. Así que, de vez en cuando, nos citábamos en la Casita Blanca. Y en aquella habitación confortable, siempre cálida y revestida de espejos como un altar obsceno, ella se me regalaba y yo la aceptaba con mística devoción. En cualquier caso, fue una época en la que salimos mucho los cuatro juntos, íbamos constantemente al cine y nos aventurábamos a explorar nuevos restaurantes. François era un verdadero especialista en descubrir locales turcos o japoneses en donde yo a duras penas podía probar la comida. Fue precisamente después de una de aquellas salidas gastronómicas —una indigerible noche paquistaní— cuando Olga apareció de pronto y todo empezó a hacerse añicos.

Debía de ser muy tarde, esa hora previa a las primeras luces del alba en la que la oscuridad se hace más intensa. Irene dormía a mi lado, pero yo tenía el estómago revuelto y no podía conciliar el sueño. Llevaba una eternidad oyendo su respiración pausada, intentando contagiarme, cuando sonó el teléfono. Me incorporé en la cama, sorprendido. Luego salí de ella y caminé a tientas hasta la puerta. En el pasillo encendí la luz. Deslumbrado, corrí hasta el salón pensando una vez más que tenía que instalar un teléfono supletorio junto a la cama. Descolgué el auricular y contesté con voz cavernosa. Oí su respiración —quizá tuvo un momento de duda— antes de que empezara a hablar.

—Soy Olga. ¿Puedes venir? Es importante.

Le dije que estaría allí al cabo de diez minutos. Era una noche sin luna. No se veían siquiera a través de la ventana los habituales destellos apagados de las hojas de los bambúes. Me vestí iluminado por la luz del pasillo. Irene no se despertó, pero su pierna se cruzó en la cama buscando proteger mi sueño. En la calle hacía frío. Me alcé el cuello del abrigo y caminé un par de manzanas hasta una esquina por la que pasaban taxis. Soplaba un viento húmedo, racheado. No tardó en llegar un coche libre, pero se me hizo larguísima la espera en aquella hora desierta. Cuando entré en el taxi suspiré con alivio. Hacía allí un calor asfixiante. El conductor tenía un puro apagado en la boca, y el aire estancado —con un apestoso aroma, ¿caribeño?— resultaba irrespirable. La radio vociferaba en el salpicadero. Por desagradable que fuera, aquélla era una pequeña burbuja de vida en una noche que iba a resultar glacial.

Frente a la casa de Olga alcé la mirada hacia el ático por ver si había luz. Desde tan abajo no se veían las ventanas. Llamé al timbre del portero automático. No contestaron, pero sonó el zumbido de la puerta al abrirse. Subí en el ascensor pensando que iba a encontrarme con una desagradable escena conyugal. Sin embargo, la puerta estaba abierta y la casa en silencio. Entré un poco desconcertado, cerré la puerta y me detuve a escuchar. Sólo pude oír el tictac de un reloj en alguna habitación cercana. Pensé por un momento que podía tratarse de algo más serio que una pelea

con el inválido. Llamé a Olga, avancé por el pasillo. La luz de la cocina estaba encendida. Eché un vistazo. También había luz en el salón. Y allí, desplomada en el sofá, un vaso en la mano y la mirada estrábica, Olga me sonreía con la cabeza caída sobre un hombro. Exquisita hasta en sus peores momentos, extremadamente pálida, llevaba ropa interior de satén y un salto de cama abierto que le cubría los hombros y los brazos. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Debió de notar que yo me estaba inquietando, porque soltó una risita despectiva y echó hacia atrás la cabeza. Hizo un gesto vago con la mano que tenía libre, y al hacerlo vertió parte del contenido del vaso. Tanta mímica previa demostraba que no estaba segura de poder hablar.

—Puedes quedarte tranquilo —farfulló—. Estoy sola en casa. Lo celebro con una fiesta.

Había logrado a duras penas enderezar la cabeza. Sus pupilas luchaban por fijar mi imagen —de pie frente a ella, me vi convertido otra vez en un fantasma—, pero sus labios seguían arqueados en una melancólica sonrisa de desprecio. Me senté junto a ella y le cogí la mano. La retiró con un gesto brusco de fastidio, golpeó con el dorso la pared. Su mirada desvaída se volvió con asombro hacia el lugar que había golpeado. Después de un instante en el que pareció hacer un esfuerzo por reflexionar, alzó una pierna y la dejó caer sobre las mías.

—Necesito un hombre. Un hombre entero, ya me entiendes.

Quise hablar, pero ella intentó taparme la boca. Sus pequeños dedos tropezaron con mi mejilla. Los ojos se le inyectaron en sangre.

—Se ha vuelto loco. Antes era amable. Le importaba un pimiento lo que yo hiciera. Ahora no me deja en paz. Dice que me acuesto con todo el mundo.

Se estaba conteniendo para no llorar. Un hilo de saliva se deslizó por la comisura de sus labios. Me mantuve quieto. Pensé que era mejor dejar que Olga estallara.

—Dice cosas horribles. Cuando salgo a la calle se pone a gritar delante de los niños que voy a mamársela a un negro. A Johnny, fíjate. Ya no sé qué hacer con él.

Pensé que aquel matrimonio llevaba roto largo tiempo. Todos ignoramos muchas cosas de las personas con las que vivimos, pero ellos habían decidido —hacía años, seguramente— ignorarse por completo. Y el accidente los había condenado. Encerrados entre aquellas cuatro paredes, no podían hacer otra cosa que alimentar el odio creciente que sentían el uno por el otro.

Olga sorbió con fuerza por la nariz. Se pasó la yema de un dedo por las ojeras abultadas. Yo esperaba que por fin se echara a llorar, pero ella se resistía.

—¿Sabes lo peor? No he estado con otro desde aquello. No puedo. Sus putas de lujo ya no querrán saber nada de él. A mí qué me importa. Soy una persona normal. ¿Por qué coño he de meterme con él en su agujero?

—Supongo que ha de asumir su situación —me aventuré a contestar—. No ha de ser fácil.

—Que se vaya a tomar por el culo. No pienso convertirme en la esclava de un hijo de puta que ha tenido mala suerte.

Bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso. Parte del líquido se derramó sobre su pecho. Se pasó una mano nerviosa por el esternón. Me miró con una mueca de disgusto.

—Llévame a la cama —dijo con voz vacilante pero autoritaria—. Necesito que me follen.

La cogí en brazos y entré con ella en su dormitorio. La cama estaba revuelta. Su fiesta privada debía de haber empezado después de un largo insomnio. La acosté con cuidado. Había perdido la noción de dónde estaba y se desperezó creyendo quizá que no había llegado a levantarse, que aquella noche y yo mismo formábamos parte de una pesadilla. Aproveché para abrir con cuidado el cajón de la mesilla en busca de un valium. Estaba condenadamente vacío. Con un poco de suerte, era probable que no hiciera falta. Pero Olga, que se había tumbado de costado y me daba la espalda, alzó una mano buscándome. Se la cogí y me senté a su lado.

—Desnúdate —dijo con voz soñolienta—. Ven.

Comencé a acariciarla sin moverme de donde estaba. Ella aventuró una queja muy débil. Seguí acariciándola con suavidad hasta que su respiración se volvió más sosegada. Su mano dejó de rebelarse. Por fin se había dormido, pero aún permanecí un buen rato junto a ella por miedo a despertarla. No sé por qué no me quedé a velar su sueño. Supongo que pensé que sería mejor no estar allí cuando abriera los ojos. ¿Cómo podía imaginar lo que estaba sucediendo? Faltaba poco para que se hiciera de día. No se me había ocurrido dejar una nota a Irene, y Olga no iba a despertarse hasta bien entrada la mañana. Cuando lo hiciera, ¿qué sentido tenía verme sentado a su lado, no ya como un fantasma, sino como los restos de un fantasma del que se habría deseado que nunca hubiera llegado a existir? Por otro lado, no me importaba pasar la noche en blanco, pero tampoco me gustaba pasarla viendo cómo dormían los demás.

Me levanté con mucho cuidado. La cubrí bien con las sábanas y salí de puntillas. Entré en el salón a apagar las luces. Empezaba a clarear. La casa se había llenado de esa luz incierta que encoge el alma. Apagué también la lámpara de la cocina. Cuando recorría el pasillo en penumbra vi luz por debajo de una puerta. Era la habitación de los niños. ¿Por qué demonios soy tan estúpidamente inocente y meticuloso? Abrí la puerta, y una bocanada de ansiedad me cegó los pulmones. Aquella casa desierta estaba en realidad invadida por sus propios habitantes. Nunca habían salido de allí. Los niños, vestidos, dormían inquietos sobre sus camas. Y el inválido, sentado en su silla, me dirigía una mirada de ira incontenible. La mandíbula le temblaba con tanta fuerza que podía oír el castañeteo de sus dientes. Todo él temblaba. Sus brazos, anclados en sus muñones por unas manos de dedos crispados, se estremecían como jarcias agitadas por el viento. Pensé, horrorizado, que aquella noche debía de haber



sido para ellos la más larga de su vida. ¿Qué horas de espanto, de desesperación extrema, habían precedido a mi llegada? ¿Qué les había llevado a diseminarse como náufragos sin llegar a salir del piso? A pesar de todo, no llegué a hacerme consciente de la gravedad de lo que sucedía. A fin de cuentas venía de fuera, y tenía la sensación extraña de haber entrado en un lugar apestado en el que nada se podía hacer. Si el inválido me miraba con ira no era porque yo hubiera abusado de su situación —no lo había hecho y él lo sabía—, sino porque era alguien que pasaba por allí y que, testigo incómodo, incomodado, no iba a dudar en ponerse a salvo.

—Ya está dormida —le dije—. Ha sido una crisis.

El inválido inspiró profundamente sin dejar de mirarme. Intentaba dominar sus temblores.

—Mañana será otro día —concluí.

La conclusión del cretino indiferente, un poco asustado, que descubriera los restos de una atrocidad y sólo deseara regresar por donde vino. Alguien tendría que hacer algo para solucionar aquello. Pero ¿quién, si el daño era ya irreparable? Si no se podía hacer nada, lo mejor era salir corriendo antes de acabar también infectado, cegada para siempre la única salida, encerrado con ellos en aquel lugar en el que la adversidad dejaba caer todas sus maldiciones. El miedo es la pasión más baja. Y nada provoca tanto miedo como el riesgo de verse contagiado por la pena, esa pena intensa que habita en el interior de todos nosotros, esa rata viva que llevamos en el estómago y que tan dolorosamente apaciguamos.

—Lárguese —me dijo.

Él también lo sabía. Yo no iba a embarcarme en su triste aventura. ¡Qué diablos! Irene podía despertarse y ni siquiera le había dejado una nota. La verdad, no pensaba encontrarme con todo aquello. De haberlo sabido, de haber ido más preparado...

—Lárguese —repitió en un tono más bajo, imperioso.

En la calle hacía un frío de muerte. Anduve un rato hasta que un taxi pasó por mi lado. La ciudad comenzaba a ponerse en marcha. Algunas personas caminaban muy pegadas a las paredes. En los coches —con los motores aún fríos, humeantes los tubos de escape— los madrugadores se frotaban las manos y se echaban el aliento en los dedos. Pensé que las ciudades se despertaban de una forma implacable. No conocían los nombres de sus habitantes. Les bastaba con los que hubieran sobrevivido al día anterior y todavía pudieran sostenerse en pie para arrancar de nuevo, como inmensos barcos incapaces de llegar a puerto. Pero yo sí tenía dónde recalar. Dios mío, tenía una cama de la que no debía haber salido. Entré en casa como si llegara de un largo viaje. Me desvestí aterido aún por el frío de la calle, me metí en la cama. Con aquel frío pegado a la piel. Irene no se había despertado. Al notarme a su lado me cubrió con su cuerpo. Cerré los ojos. Y, sólo entonces, una sensación de cálida placidez empezó a subirme por las extremidades. Un levísimo calambre me

recorrió la columna. La lenta liberación. Saber que estás vivo y que te hundes en un líquido tibio y espeso. Abajo, abajo. Cada vez más abajo. Irene pegada a mi costado, Irene como una lapa capaz de impedir que la resaca del mar se lleve la roca a la que se abraza. Y yo, por fin, en un vertiginoso tornado que pasa por entre las camas del hospital y sale al campo a través de las ventanas. El aire fresco en la cara. Más abajo. Un sol cegador y la hierba que crece a ojos vistas. Más, más abajo. El borde de un acantilado, palpitaciones, un viento que a veces empuja y que a veces retiene, la atracción del río. Abajo, muy abajo. De pronto, el corazón en la boca, sólo el viento y un silbido en los oídos, un silbido que se hace más y más intenso, que ciega todas las imágenes. La caída. Sólo el silbido y el viento en una oscuridad aterradora. Poco a poco, de improviso, el descubrimiento de algo que se ha temido durante mucho tiempo, el pánico, la búsqueda de un asidero, el silbido insoportable que estalla en nuestra cabeza como una burbuja, el despertar. Todo termina.

Me incorporé en la cama respirando con agitación. Me llevé una mano al pecho en un gesto instintivo por aplacar las palpitaciones. Sonaba el teléfono. Era de día. Irene no estaba a mi lado. Sus pasos descalzos resonaron por el pasillo en dirección al salón. Luego su voz, casi un murmullo. Dejé caer la cabeza sobre la almohada. Que Irene se ocupara de todo. Me dolían tanto las piernas que estaba seguro de que no podrían sostenerme si intentaba levantarme. Durante unos segundos se hizo el silencio en la casa. Luego, los pasos de Irene regresaron hacia el dormitorio. Entró envuelta en su albornoz, abrió el armario y cogió al azar una de mis camisas. La tiró sobre la cama. Debía de pensar que estaba dormido, porque me llamó un par de veces hasta que descubrió que la estaba mirando.

—Vístete —me dijo—. Se ha suicidado el marido de Olga.

De nuevo en la calle, de nuevo en un taxi. El conductor olía a colonia. Intentó conversar con nosotros, pero desistió al ver que no le contestábamos. Irene, callada, jugueteaba con la correa de su reloj. Yo me debatía con una sensación de responsabilidad que era como un dedo clavado en la garganta. Quería convencerme de que tenía razón al pensar que no podía haber hecho otra cosa. No acababa de encontrar un argumento que realmente me justificara, pero tampoco veía de qué forma podía haberlo evitado. La muerte de aquel hombre era tan fatídica que resultaba comprensible. Por lo tanto, lo único que cabía esperar era que Olga no recordara lo que había pasado. Me volví hacia Irene.

—Esta noche he estado allí —le dije.

Ella me miró con una leve sonrisa. Luego volvió a concentrarse en la correa de su reloj. No me había escuchado.

—Irene. Esta noche ha llamado Olga. He estado en su casa. Quizá lo podía haber evitado. No lo sé.

Me miró con tristeza. En aquel momento supe, con toda seguridad, que Irene

habría sabido evitarlo. Y supe también que me miraba con tristeza porque era consciente de ello. Se podría decir que me faltaba un sentido dramático de la vida que Irene conocía bien. Algo así como la posibilidad permanente de un riesgo universal que ella asumía, contra el que estaba siempre alerta y que yo era incapaz siquiera de comprender. Puede resultar absurdo formularlo de esta manera, pero, si para mí los amigos resultaban una agradable fuente de molestias, para Irene eran por encima de todo gente que estaba en peligro y a la que —de una forma tan compleja que escapaba a mi entendimiento— ella debía proteger. Pensé que mi amada era demasiado intervencionista y muy poco resignada. No quería enfrentarme conmigo mismo por el hecho de no sentirme devorado por la mala conciencia. Además debía reservar mis fuerzas, pues temía que con Olga no fuera tan fácil justificarse. Tampoco había agotado mis argumentos.

El inválido se había dejado caer desde una ventana del ático, pero su cadáver ya no se encontraba allí. La acera estaba cubierta de serrín. Unas cintas improvisadas impedían el paso a los vecinos, que se aglomeraban en torno al portal. Un policía miraba fastidiado a los curiosos y los disolvía con desgana. Parecía más bien un acomodador desidioso. Irene habló con él y nos dejaron subir a la casa. La puerta estaba de nuevo abierta. Un agente de paisano, que fumaba sentado en el recibidor, nos señaló el pasillo con el pulgar. Avancé con tanta sensación de irrealidad que entré en el salón sin saber muy bien dónde estaba. Olga, sentada en el sofá, parecía esperar algo pacientemente. Tenía el rostro abotargado, y los ojos tan hinchados que las pupilas le brillaban como diamantes semienterrados. Gimió al verme. Había tanto espanto en su mirada que comprendí que no me responsabilizaba de lo sucedido. Yo era sólo un testigo, el principal testigo de su culpa. Quise acercarme, pero al ver a Irene se puso en pie y se lanzó a sus brazos.

—Yo lo he matado —dijo sin llorar—. He sido yo, Irene.

La silla de ruedas estaba en un rincón. Había una ventana abierta. Supuse que era la que había usado el suicida para saltar al vacío. Me asomé pensando que tenía que haber hecho un gran esfuerzo para encaramarse a lo alto del reposamanos. Aquello me revolvió el estómago y me obligó a volverme hacia el interior de la casa. Irene y Olga seguían abrazadas, pero se habían sentado en el sofá. Desde el otro lado de la habitación, el policía de paisano me contemplaba como si en realidad me hubiera vuelto invisible y se limitara a mirar por la ventana. No se molestaba en ocultar su aburrimiento. Estaba bien de aquella manera, cada uno en su papel: yo de nuevo transparente, Irene siempre activa y Olga resistiéndose a llorar. El policía bostezaba. Había en el aire una sensación de normalidad recuperada. Aquel lugarapestado había sido por fin devuelto a la vida cotidiana. Era un final espantoso pero en el fondo feliz, para qué íbamos a engañarnos. Un hijo de puta con mala suerte había sido lo bastante lúcido para quitarse de en medio. Con él había desaparecido buena parte de la

desesperación que embrutecía aquella casa. Y los demás estaban a salvo. Alguien se había apresurado a llevarse a los niños, que no tardarían en comprobar que todo iba a ser mejor a partir de entonces. Olga era fuerte. Se recuperaría rápidamente y tomaría las riendas con decisión. Irene, abrazándome en la cama, me diría meses después que admiraba a Olga por la energía con que había superado aquel momento terrible. Y nadie, nadie llegaría a la conclusión de que lo único que había sucedido era que un tipo —un hijo de puta con mala suerte— había descubierto una noche de invierno que no pintaba nada en este mundo. Ni para los demás, ni mucho menos para sí mismo. Aquello iba a cambiar de una manera radical mi manera de ver las cosas. Continuaba pensando que éramos mínimos y a pesar de todo asombrosamente resistentes. Seguía creyendo que resistíamos a veces por inercia, a veces por maldad. Sin embargo, también era cierto que no se podía sobrevivir a cualquier precio. Podía sucedernos a todos —a cualquier amigo, a Irene, a mí mismo— que esa ciega tenacidad que nos mantenía vivos se transformara en arena y se nos escapara por entre los dedos. Quizá —querida, desdichada y lúcida Irene— era cierto que todos estábamos en peligro.

Lo enterramos con cierta premura. No se derramó una sola lágrima pero nos mostramos todos muy compungidos, un poco a la manera de los hermanos Grotte. En el cementerio soplaban un viento helado que fue nuestro mejor aliado a la hora de disolvernos. Allí lo dejamos, en su panteón familiar, aparcado para siempre bajo un ángel erosionado que, con las manos extendidas, parecía pedir a gritos que alguien se le abrazara. Nunca un suicida ha sido olvidado con tanta rapidez. Olga repartió entre nosotros unos cuantos besos abstraídos y se subió al coche de su abogado. Quería arreglar cuanto antes los papeles. Como se nos venían encima las Navidades había decidido irse a París con sus hijos. Allí iban a descubrir los chavales que todo volvía a ser divertido como antes, incluso mucho mejor. Su madre se reveló como una compañera de viaje inagotable y animadísima. Probaron el champagne y fueron con ella a todas partes. Una noche Olga los llevó a cenar a Le Procope. Allí, en el restaurante más antiguo del mundo, les enseñó a valorar la tradición de la buena mesa y les explicó lo que era hacer el amor. Qué duda cabe de que Olga era una buena maestra de vividores. En menos de un mes los convirtió en unos pequeños dandis. Identificaban sin problemas un cuadro de Kandinsky, sabían lo que quería decir *en papillotte*, y si veían a un florista ojoso decían entre risas que abusaba del sexo. Nos enviaron una foto abrazados a un tipo con pipa que se parecía mucho a Sartre. Era un pintor amigo de François. Los había llevado a ver una momia de verdad y no se cansaba de repetir que su madre era bellísima. Cuando se iba con ella les pedía permiso para secuestrarla un ratito. Los niños se daban codazos.

Irene leyó la carta de Olga y suspiró con alivio. Yo, sentado en mi sillón, me divertía pensando que todo era demasiado perfecto.

—Aquella noche —le dije—, cuando fui a su casa, creo que me convertí en cómplice de un asesinato.

Irene se sentó riendo en mis rodillas. Me cogió la cabeza y me miró con ternura.

—Eres un cabrón. Te prohíbo que te alegres si algún día me pego un tiro.

—Antes o después, todos deseamos que muera nuestro amante.

Silvia y François hicieron un pequeño viaje. A la Toscana, por supuesto. Volvieron empapados de lluvia, de vinos blancos muy dulces y de románticas rencillas entre güelfos y gibelinos. Debieron de quererse mucho en Italia, porque durante unos días fueron siempre cogidos de la mano y contemplaron las cosas más banales con ojos soñadores. Llegué a pensar seriamente que Silvia se había olvidado por completo de su relación conmigo. Pero no tardarían en recuperar la normalidad. Por nuestra parte, Irene y yo fuimos víctimas de la ya habitual carencia de dinero. No pudimos salir de Barcelona. Rosario, más maternal que nunca, nos cuidó como si convaleciéramos de una larga enfermedad. Aquella fue la última vez que intentamos trabajar con seriedad en nuestro libro. Encerrados en casa, con la chimenea encendida y los restos de la última comida siempre sobre la mesa, dejábamos pasar las horas empeñados cada uno en abordar el tema de una forma diferente. Yo quería escribir una alegoría de san Juan de Nepomuk, el confesor de la reina de Bohemia que fue martirizado por orden de Wenceslao IV por negarse reiteradamente a revelar al rey la confesión de su mujer. Quería que el secreto que provocara su martirio fuera una nimiedad, para así hacer más sublime su resistencia. Y probé a realizar con el santo —su última noche, en la mazmorra— una recreación apasionada de la escena del huerto de Getsemaní, con el silencio de Dios como una inmensa losa que aplastara su entereza. Dios mío, no permanezcas callado, no más reposo, no más silencio, Dios mío. Me puse a leer los Salmos con verdadera devoción. Imaginé la escena soberbia, hermosísima, de un hombre entre cuatro paredes de piedras húmedas, la mirada perdida en un punto de la nada —como un loco que nos hiciera temblar de espanto por sus convicciones—, gritando con toda la razón del mundo (lo sabíamos) *¿por qué me has abandonado?* ¿Por qué me abandonan todos y por qué me abandonas Tú? ¿Por qué calláis? ¿Por qué este aplastante silencio? ¿Qué he hecho para merecer tan terrible destino? Y la gran pregunta: ¿Soy acaso peor que los demás, o me he convertido en la víctima de un repugnante juego de azar? San Juan de Nepomuk se me estaba pareciendo demasiado al marido de Olga, y aquello me desconcertaba. Cuando intentaba imaginar su rostro se me aparecía el del inválido. Sin casi darme cuenta —y sin poder evitarlo—, el santo se convirtió en un hombre resentido. Dejó a un lado la resignación. Se preguntaba por qué tenía que padecer aquel suplicio si se había limitado a ser íntegro. Y todo, además, por una mierda de secreto de una reina estúpida. Tuvo incluso ataques de risa histérica. Empezó a pensar que había martirios gratuitos e inútiles, que quizá todos lo eran, y perdió la fe. Acto seguido yo,

vengativo, perdí la fe en él. Acabamos los dos sentados en el suelo de su mazmorra mirando indignados aquel punto ingrátido, tan obstinadamente mudo, que había echado a perder su vida y mi pequeña aportación al libro que Irene y yo pretendíamos escribir. En definitiva, resultó una historia fracasada por culpa del incomprensible silencio de Dios, que era precisamente el tema que había abordado. Me veía incapaz de escribir con solvencia acerca de una convicción que me resultaba tan ajena. Tampoco veía la manera de justificar que fuera el marido de Olga, precisamente él, quien hubiera perdido las piernas. Si se trataba de un designio divino (¡calla, Nepomuceno, ya me explico yo!), era a todas luces injusto fuera quien fuese la víctima. Si dependía del azar, ¿quién era el que se obstinaba en permanecer callado? Pensé que se trataba de un problema insoluble, y que aquel pobre santo lo estaba pasando muy mal a causa de mi cegata negligencia. Así que tiré a la papelera todas mis notas.

Irene abordó el tema de una manera mucho más abstracta, pero no con mejor suerte. Era una buena idea. Se le ocurrió al ver una reproducción de *El grito* de Munch. *El silencio es una imagen*, me dijo. Y se puso a coleccionar todo tipo de fotografías estridentes que colgaba de las paredes: Dizzy Gillespie con los carrillos hinchados haciendo sonar su trompeta; un inmenso edificio en el preciso instante en que era demolido; una multitud que ovacionaba enfervorecida; un reactor despegando con un niño en primer plano que se tapaba los oídos... Llegó a poner tantas de aquellas fotos por todas partes que Rosario, un buen día, enmudeció. Andaba por la casa como si se desplazara en una barca llena de boquetes achicando agua. Ni siquiera ponía la radio. Irene acabó preocupada por ella y le preguntó qué diablos le sucedía. Aquella fue, seguramente, la única vez en todo el tiempo que estuvo con nosotros que Rosario —¿Rosario de Nepomuk?— tuvo un conato de rebeldía. Se secó las manos en el delantal y miró a Irene con fastidio.

—A lo mejor soy demasiado sensible —dijo con cara de haber agotado la paciencia—, pero esta casa ha dejado de ser un lugar tranquilo. Tengo la sensación de haberme quedado sorda.

Y concluyó, tajante:

—En estas condiciones no se puede trabajar.

Irene, que creía estar construyendo un templo dedicado al silencio, algo así como el lugar más calmo del universo, llegó a la conclusión de que en realidad estaba rindiendo un inquietante homenaje al estrépito. Reaccionó de la misma forma en que lo habría hecho Balzac si su cocinera se hubiera muerto de risa mientras él le leía uno de sus dramas. Guardó su fracasada colección en una carpeta, y la dejó olvidada en el estante más alto de nuestra biblioteca.

Así acabaron las vacaciones. Irene y yo un poco hartos de aquel libro en el que llevábamos trabajando tanto tiempo para nada. Los demás, cansados de dormir en

hoteles y de visitar monumentos. Parecerá increíble, pero añorábamos la vuelta a la normalidad. La vida cotidiana nos llamaba con su canto de sirena. Teníamos ganas de *reemprender*. Entonces ocurrió el desastre.

Desaprovechamos una buena ocasión para dejar aparcado en el año anterior, junto al recuerdo del marido de Olga, todo aquello de lo que no estábamos satisfechos ni seguros. Tampoco teníamos otra opción, pues hay ciertas cosas a las que no se puede renunciar sin correr el peligro de que se vuelvan importantes. Si Silvia me hubiera dicho que quería acabar con lo nuestro, yo lo habría aceptado sin oponer ninguna resistencia, incluso con cierta sensación de alivio. Pero una cosa es aceptar con estoicismo una pérdida inevitable, y otra muy distinta privarse de algo por la sola interferencia de un juicio moral del que tampoco se está muy seguro. Y era probable que a Silvia le pasara lo mismo, por lo que resultaba prácticamente imposible que dejáramos de ser amantes. ¡Cuántas parejas hay en el mundo que siguen juntas aunque ambos comparten el deseo inconfesable de ser abandonados! Así que fue casi por prurito por lo que, la primera vez que salimos los cuatro a cenar —en un espantoso restaurante mexicano con fotos de Pancho Villa y guitarras grasientas colgadas de las paredes—, aproveché un momento de intimidad para decirle que necesitaba verla. Ella me miró fijamente durante unos segundos. Sus dedos nerviosos sacudieron la ceniza del cigarrillo. En su interior debía de estar maldiciéndose por resultarme tan atractiva, pero no iba a dar ella el paso que descargara sobre sus espaldas el peso de una claudicación.

—Yo también —contestó con cierta aspereza.

Se dio además una circunstancia tan favorable que habría resultado casi insultante no aprovecharla. François anunció que se iba dos o tres días a Madrid. Silvia puso cara de disgusto y, sin preocuparle que estuviéramos delante, le preguntó si iba a acompañarlo alguna jovencita. Irene y yo tuvimos un súbito ataque de interés por la comida que había en nuestros platos. Estaba siendo injusta con él. François nunca le había ocultado nada y era absurdo pensar que fuera a empezar precisamente aquella noche. Yo siempre había pensado que aquella pareja se sostenía, en el polo opuesto a la de Olga y su difunto marido, *a pesar* de la sinceridad a veces cruel de nuestro amigo. A Silvia no le afectaba que se comportara de una forma tan tosca. Su desinterés por las frecuentes infidelidades de François parecía causado más por una especie de masoquismo fatalista —bastante femenino, dicho sea de paso— que por un pacto de no agresión entre dos almas radicales y libres. Silvia era muy diferente de su compañero. No se le conocía el más pequeño encontronazo, de no ser su relación conmigo. Y era evidente que ésta se mantenía en secreto como si fuera —más que una traición— un atentado contra el orden natural. Aquella noche François soltó una carcajada y le dijo que se estaba volviendo celosa precisamente cuando él empezaba a

portarse bien. Silvia lo insultó con manifiesto cariño y nosotros pudimos por fin desentendemos de nuestros platos. En mi caso resultó una verdadera liberación, pues me habían puesto delante una *machaca* que parecía recogida del suelo de una porqueriza.

Aquella misma noche, metidos ya en la cama, Irene leía el periódico mientras yo hojeaba una novela que no lograba cautivar me. La dejé caer sobre mi estómago y me dediqué a contemplar el techo. Entonces supe que Irene llevaba un buen rato haciendo lo mismo.

—Voy a pedir a François que me lleve con él a Madrid —me dijo—. Va en coche, así que el viaje me saldrá gratis. Visitaré un par de editoriales y aprovecharé para despejarme un poco.

Seguíamos mirando el techo. Ninguno de los dos se había vuelto hacia el otro. Parecíamos uno de esos matrimonios que se explican lo que han hecho durante el día sin apartar la vista del televisor. No me sorprendió que Irene no contara conmigo para aquella escapada. Era muy propio de ella, y resultaba previsible después de unas vacaciones encerrados en casa sin ver a nadie más que a Rosario. Únicamente pensé que, por primera vez desde que éramos amantes, Silvia y yo íbamos a quedarnos solos en Barcelona. La idea me daba un poco de vértigo. Ya no se trataría de encontrarse un rato para hacer el amor y salir luego corriendo. Dispondríamos de un plazo de tiempo que nos permitiría cierta actividad *conyugal*. Noches enteras. Y el desayuno, esa hora comprometida en la que los enamorados descubren en qué medida lo son. Iba a significar toda una prueba para nosotros, pero quizá resultaba necesaria para juzgar si nos apetecía seguir viéndonos a escondidas. Como bien sabía François, un par de días de vida en común bastaban para sofocar pasiones que se anunciaban inagotables.

Y, sin embargo, no podía negar que aquel impecable razonamiento no era más que una excusa. La necesitaba para pensar que Silvia y yo, al dedicar aquellos días a calibrar la verdadera intensidad de nuestra mutua dependencia, no íbamos a cometer un nuevo delito de lesa amistad, sino a prestar un inestimable servicio a nuestras respectivas parejas. ¿Qué mejor podíamos hacer por ellos que arriesgarnos a cansarnos el uno del otro? Tumbado en la cama al lado de Irene, sin dejar de mirar el techo, pensé que tenía casi la *obligación* de poner en peligro mi relación con Silvia. Incluso un cerebro tan adormecido como el mío es capaz a veces de prestar algún servicio de incalculable valor.

Llegó el día en que salían de viaje. François pasó muy temprano a recoger a Irene. Yo no me había levantado aún, pero me puse el albornoz y acudí a despedirlos. Irene estaba contenta. Se había perfumado y tenía el pelo mojado por la ducha. François la besó en la boca y me dio una palmada en la espalda. Hablaban a voz en grito. Me pregunté cómo podían estar tan despejados a aquella hora. Nuestro amigo me regaló



el periódico y pidió a cambio una taza de café. Reconozco que sentí cierto alivio cuando la puerta se cerró tras ellos y pude regresar al dormitorio. Tiré el periódico a un lado y volví a meterme en la cama. Pero ya me fue imposible dormir. Tenía la impresión de que debía hacer muchas cosas en un plazo muy breve. En realidad, sólo tenía que llamar a Silvia y empezar a convivir con ella. ¡Aquél era el problema! No hay nada más agotador que resultar interesante durante dos días seguidos. Yo no era imperturbable como François. Me preocupaba que Silvia se deserezase aburrída a mi lado y me contemplara con esa expresión de desesperanzada curiosidad que comparten los profesores y las mujeres cuando esperan que los sorprendas. Aquellos dos días podían convertirse en un infierno. Sin embargo, no debía desfallecer antes de tiempo. Muchas veces había superado pruebas para las que estaba poco preparado gracias al instinto y a una curiosa improvisación intelectual, más prolífica y engañosa cuanto más acorralado me veía. *Ya se me ocurrirá algo* había sido siempre una máxima para mí. Así que decidí no darle más vueltas. Me levanté de nuevo y fui hasta el teléfono para llamar a Silvia.

—¿Sabes qué hora es? —dijo ella, alarmada, en cuanto reconoció mi voz.

Se me había olvidado lo temprano que era.

—Había pensado llevarte el desayuno —le contesté con rapidez, pues sabía que cuando alguien te pregunta la hora y no quiere que se la digas es mejor apresurarse a encontrar un buen argumento—. François me ha encargado que cuide de ti.

La improvisación había funcionado con envidiable agilidad, permitiéndome incluso un comentario malévolo que nunca me habría atrevido a soltar de haber podido meditarlo. Era una apostilla de bastante mal gusto, pero la bellaquería nunca hace daño a quien la practica. Silvia soltó una risita adormecida y me pidió que la dejara dormir un rato más. No me sentía especialmente orgulloso de mí mismo, pero aquello no me impidió padecer un verdadero ataque de entusiasmo matinal. Como estaba solo, entoné mientras me duchaba la más grosera versión del brindis de *La Traviata*. Me sentía *ufano*, que es quizá la palabra más fea y rotunda del diccionario. Ufano y benévolo. Silvia quería dormir y no iba a ser yo quien se lo impidiera. Me senté a tomar café y a hojear el periódico. Un rato después, cuando me levanté para vestirme, descubrí que no recordaba una sola de las noticias que acababa de leer. Era una buena señal. Aquello quería decir que tenía el cerebro ocupado en preparar magníficos planes que luego propondría a Silvia sin darme cuenta. ¿Por qué tenía la gente tanto miedo a su propio inconsciente, si era el único aliado de que disponía para mantenerse en un estado de beatífica pereza? ¿Qué había de malo en permitir que nuestra mente —como hacían el corazón, los riñones y, de hecho, casi todo nuestro cuerpo— se permitiera el placer de salvarnos sin que nos diéramos cuenta? Salí de casa pensando que prefería con mucho considerar mi intelecto un desván lleno de sorpresas antes que un almacén que me obligara siempre a mantenerlo ordenado. Así

que me dispuse a obedecer en todo momento mi primer impulso.

Entré en la tienda de Esperanza y compré de todo. Mermelada, tostadas diminutas, salmón ahumado, panecillos de mantequilla, zumo de frutas tropicales... El problema del inconsciente es que deja para nosotros el engorroso trámite de ganarse la vida. En la floristería pedí un ramo de rosas de un color naranja pálido extremadamente elegante. Cuando llegué a casa de Silvia tenía la molesta sensación de parecer el chico del colmado. Aún no se había levantado. Me abrió la puerta y volvió a la cama sin pararse a recibirme. Alcancé a ver su cuerpo desnudo que se escabullía en dirección al dormitorio. Nunca nadie ha corrido con tan maravillosa ausencia de gracilidad. Me metí directamente en la cocina. Dispuse toda la comida en un par de bandejas y las flores en un jarrón de porcelana. Habría necesitado varios criados para entrar con todo aquello en la habitación de Silvia. Como no era el caso, hice algunos viajes mientras ella me miraba con cara de estar divirtiéndose. Por el momento no traicionaba sus expectativas. Me tumbé a su lado. Silvia se sentó en la cama como una colegiala enferma y devoró con apetito los manjares de la víbora de Esperanza. Luego —en cuanto hube cumplido su deseo de retirar las bandejas y de poner las flores en un lugar bien visible— se me lanzó al cuello y me pidió que hiciera el amor con ella.

Silvia tenía la rara virtud de resultar exactamente igual como amiga que como amante. No sé si me explico. De alguna manera *esencial*, no había una gran diferencia entre acostarse con ella o verla comerse un helado. Y no quiero decir con esto que con sólo contemplarla se viera satisfecho el deseo de poseerla. Quiero decir que uno no podía por menos de acabar identificándose con el helado, aunque sólo fuera porque Silvia disfrutaba por igual de ambos y de todo lo que pasaba por sus manos. Era la persona más fácil de satisfacer que he conocido en mi vida, lo cual la volvía encantadora. Pero, por el mismo motivo y de una forma extraña, parecía que nada —ni uno mismo, ni el maldito helado— podía llegar a satisfacerla por completo. A diferencia de Irene, que después del sexo se quedaba sumida en un profundo sopor, Silvia salía del amor con andares de niña desorientada y exigía de inmediato alguna otra actividad. Aquel día dejé todo una vez más en manos de la improvisación. Era un día frío pero con mucho sol. Mientras ella se arreglaba, salí a la calle y regresé con un coche de alquiler. Cogimos la carretera de la costa en dirección a Vilassar. Había allí, frente a la playa, un restaurante en el que servían un marisco mucho más sabroso que el caribeño. Silvia, con las rodillas apoyadas en el salpicadero, miraba una revista y canturreaba en voz baja. La vida era tan amable con ella que ni siquiera se había molestado en preguntarme adonde la llevaba. Cualquier destino le habría parecido bien. Mientras, yo la espiaba con el rabillo del ojo y me preguntaba qué hacíamos los dos sentados en aquel automóvil, sumido cada uno en sus pensamientos, haciendo lo posible para matar el tiempo como una pareja más que se ocultara las infidelidades.

No pensarían otra cosa los que nos vieran, y aquello me hacía sentir mucho más infame que en nuestros encuentros en la Casita Blanca. Podía acostarme con la mujer de un amigo y pensar que se trataba de una atracción inevitable. Pero ir con ella a todas partes —invadir, de alguna manera, el terreno de la normalidad— me parecía más bien una usurpación desmesurada. A Silvia, por supuesto, aquello no le preocupaba en absoluto. Habría sido incapaz de entenderlo si hubiera intentado explicárselo. Cuando me hablaba, lo hacía con la misma naturalidad y confianza que mostraba al dirigirse a François. Durante un rato, dejó incluso que una de sus manos reposara sobre mis piernas. Yo me sentía como un perro miserable. ¡La que tenía a mi lado no era una amante a la que me uniera un impulso que no pudiera controlar, sino una bella esposa dispuesta a pasar un agradable día en la playa! Me sorprendía que Silvia no tuviera la misma sensación. Pero ya he dicho que padecía una especie de masoquismo fatalista que la volvía sumisa a pesar de tener un carácter arisco. Por otro lado, las mujeres tienen una clara tendencia a dar por buenas las decisiones que han tomado, lo que las condena a veces a soportar a su lado a hombres consumidos por la duda. Se podía decir, en definitiva, que yo estaba con Silvia porque me veía incapaz de hacer otra cosa, y que Silvia estaba conmigo porque era fiel hasta a su propia infidelidad.

Nos sentamos junto a un ventanal y comimos en un plácido silencio. Silvia entornaba los ojos para disfrutar del sol en la cara. Lo cierto era que estábamos a gusto sin necesidad de meternos en la cama. Aquello era espantoso, terrible. Ya no podía engañarme por más tiempo. Éramos unos canallas que pasábamos unos días placenteros sin arriesgarnos en lo más mínimo. ¿Cómo íbamos a cansarnos el uno del otro si nos amparaba una amistad de varios años, si llevábamos todo un invierno siendo amantes a ratos perdidos y sabíamos que ninguno de los dos deseaba llegar más lejos? Lo nuestro era una especie de matrimonio menor, un acuerdo secreto que se hacía efectivo tan sólo cuando nadie nos veía y por la única razón de que a ambos nos apetecía en aquel momento: un modelo clásico de pasión funcional. Era absurdo que continuara sintiéndome miserable si no estaba en absoluto dispuesto a hacer nada por evitarlo. Así que me dediqué a disfrutar de la contemplación de Silvia, que tradicionalmente había sido una de mis ocupaciones favoritas. Tampoco era tan deplorable que un admirador histórico como yo acabara deseando manosear el objeto de su devoción. Podía, más bien, sentirme afortunado por haber encontrado una manera discreta de hacerlo. Los grandes dubitativos tenemos mecanismos muy curiosos para acabar estando en paz con nosotros mismos. Aquel iba a ser mi último alegato interior, pues me sentía ya plenamente justificado. Con el deleite del granuja que escribe una frase obscena en un servicio porque sabe que nadie le puede ver, cogí la barbilla de Silvia, le dije que era la mujer más bella que había conocido y la besé en los labios.

Volqué la copa de vino. Aquello, no sé por qué, le hizo muchísima gracia. Supongo que se sentía cómoda y estaba de buen humor. El camarero cubrió la mancha con un paño y nos sirvió los cafés. Entonces Silvia se desperezó (sí, por fin lo hizo) y me miró con curiosidad. Era evidente que no íbamos a quedarnos toda la vida sentados allí. Había estado tan absorto en mis reflexiones que guardaba la improvisación en algún lugar poco accesible del cerebro. Mi propuesta se demoró más de lo recomendable. Silvia me dirigió una mirada traviesa y accedió a darme una pista.

—Me apetece dormir la siesta, pero no quiero volver a Barcelona.

¿Cómo no se me había ocurrido? Las parejas que se consagran al gozo, temporalmente libres de obligaciones y disimulos, no hacen otra cosa que buscar buenos restaurantes y habitaciones apartadas. Teníamos que encontrar un hotel cerca de allí. Me vino a la memoria el que nos recomendara François. Resultaba un poco villano llevar a Silvia al mismo lugar al que él había llevado a la jovencita, pero era una idea que escondía cierta venganza soterrada. Pensé que a Silvia le podía gustar. Además —aunque ya no creyera en absoluto en mi proverbial excusa—, aquello sí que era tentar la suerte. Sabíamos que en aquel lugar podía extinguirse una pasión.

—Estamos cerca de Caldetas —le dije—. Podemos pasear por la playa y probar la butifarra con gambas.

Silvia estuvo de acuerdo, siempre lo estaba. Ya en el coche, recordé que lo que había hecho desplomarse a François era precisamente la inalterable tranquilidad de su amante. Pero había una gran diferencia. Yo había llegado a un acuerdo conmigo mismo que me permitía no sufrir por lo que ya no iba a ser capaz de hacer. De hecho, pensaba que lo que estaba haciendo era tan desmesurado que de ninguna manera iba a llegar más lejos.

El hotel resultó ser un sitio ideal para esconderse del mundo. Tenía amplias terrazas porticadas y desiertas desde las que se veía el mar. Como era invierno reinaba cierto descuido. Los salones estaban cubiertos por una velada capa de polvo y los pasos resonaban como en un palacio abandonado. Los muebles tenían esa extraña dignidad de los objetos que han llegado a ser viejos sin haber sido nunca importantes. Todo allí parecía aletargado, incluso el recepcionista, que llevaba una chaqueta con botones que en algún pasado esplendoroso debieron de ser dorados. Nos asomamos al comedor. Sólo allí se respiraba cierta vitalidad. El resto del edificio estaba vuelto hacia la playa, pero aquella pieza tenía una entrada independiente que daba a una plaza desde la que se veía la estación. Era el lugar perfecto para encerrarse con una mujer y dedicarse por entero a descubrirla. Pensé, de todas maneras, que la jovencita de François tenía que haberse aburrido soberanamente en aquel sitio tan poco bullicioso. Como François sabía lo que hacía, parecía evidente que la había llevado allí para perderla sin tener que tomar él la decisión. Había encontrado la manera de

ser abandonado.

Nos dieron una habitación bañada en la pálida luz del invierno. El sol perdía fuerza. Habían encendido la calefacción, pero el aire no estaba aún caldeado. Silvia tuvo un escalofrío. Se frotó los brazos y puso luego las manos sobre el radiador. Me miró con cierta vaguedad, como si se preguntara —sin preocuparle demasiado— qué hacía yo junto a ella. Era algo normal. Estaba cansada. Pero aquella mirada bastó para mostrarme lo poco consistente que era nuestra unión. Aunque todo transcurriera, de forma milagrosa, como había querido que fuera, no dejaba de resultarme molesto descubrir que no iba a haber sorpresas. Me habría horrorizado que Silvia me mirase con una adoración a la que yo no pudiera poner freno. Habría pensado —seguramente lleno de indignación— que por culpa de su credulidad estaba rompiendo nuestro pacto. Pero al mismo tiempo me era imposible evitar una añoranza espantosa: la de lo que en otro lugar, de haber sido todo distinto, habría podido suceder.

Las dudas, otra vez las malditas dudas. ¿Estaba reñido cualquier acuerdo provisional con una intensidad que a la larga nos iba a resultar necesaria? ¿Tenía sentido hacerse amante de alguien con la condición previa de espantar la amenaza del amor? ¿Era posible que nos hubiéramos vuelto tan asquerosamente *razonables*? No quise pensar más en ello, pero ya era tarde para impedir que me invadiese la melancolía. Me asomé a la ventana y contemplé la playa despoblada. Silvia se desnudó a mis espaldas y se metió en la cama. No esperaba de mí que la siguiera. Tenía sueño. De hecho, yo estaba de más en la habitación, pues en aquel momento no éramos amantes y habíamos decidido no ser otra cosa. Lo único que podía hacer era esperar a que ella despertara.

Estuve casi dos horas mirando la playa desierta a través de la ventana. Aquel paréntesis me permitió llegar a la conclusión de que había tenido un momento de peligrosa debilidad. Una amante es una persona que entra y sale sin tener que dar explicaciones, y mucho menos de carácter sentimental. Además, me había jurado a mí mismo que no iba a permitirme nuevos titubeos. Ya había anochecido cuando Silvia me llamó con voz apagada. Me volví hacia ella. Sus pupilas brillaban en la penumbra. Me metí en la cama a su lado. A Silvia le costaba muy poco esfuerzo sacarme de la incertidumbre, lo hacía sin darse cuenta. Acaricié sus pechos y recorrí con la mano su cadera. Tenía húmedo el interior de los muslos. Entregado por entero a aquella seducción tan poco suicida, me excité pensando que no tenía derecho a tocarla de aquella manera, que Silvia, una vez más, me estaba haciendo un regalo. Se me llenó la cabeza de ideas lascivas y Silvia respondió con juguetona complicidad. Tuvimos, no sin cierta sorpresa por mi parte, nuestro encuentro más intenso y más largo. Acabamos con la boca dolorida de tanto lamernos. Fue tal el olor a sexo que nos envolvió que llegué a pensar, francamente enajenado, que el aire estancado de la habitación acabaría por condensarse y caer sobre nosotros en forma de gotas

afrodisíacas. Nos tuvimos que duchar para refrescarnos y estar en condiciones de ir a dar un paseo. Aquella fue la primera vez que Silvia se dejó llevar por una pasión que no parecía accidental. Al salir del baño se sentó en la cama y soltó un resoplido. Se debatía entre sensaciones contradictorias, pero para ella todas eran gratas y poco determinantes. Finalmente, se encogió de hombros y se vistió con su habitual estilo deslavazado. No se puso ropa interior. Me dijo, colgada de mi cuello mirándome con ternura, que quería que la tocara todo el rato allá donde fuéramos. La besé con tanto ardor que por un momento temí que estuviéramos sobrepasando nuestro acuerdo. Lo cierto era que por fin nos habíamos desbocado sin salir de nuestro limitadísimo territorio. Estaba aturdido por mis propias e ilimitadas capacidades. Atrás quedaban las malditas dudas. Se podía tener una amante, y se podían alcanzar con ella momentos de una intensidad tan grande que no importaba perderla luego para siempre. Después de aquello, ¿qué más daba lo que pudiera pasar? Nos besamos de nuevo y decidimos —cuchicheando como si no nos bastara con estar solos, como si deseáramos encerrarnos aún más el uno en el otro— que dejaríamos cerrada la ventana para que nuestro olor impregnara la habitación y nos recibiera a nuestro regreso. Abrimos la puerta, cogí a Silvia por la cintura y salimos al pasillo. En aquel mismo momento se abrió otra puerta y aparecieron Irene y François, también abrazados.

El instinto hizo que nos soltáramos todos con gran agilidad. Pero, superado el impulso tardío de intentar no estar donde estábamos, fuimos incapaces de hacer otro movimiento. Una risa —creo que de François— había quedado congelada en el aire. Permanecemos inmóviles, mirándonos con una sorpresa que excedía con creces nuestra capacidad de reacción. Irene fue la primera en comprender lo que pasaba.

—No es posible —dijo en voz muy baja, como si se resistiera a creer lo que estaba viendo.

Pero fue sólo un instante de perplejidad. Se lanzó sobre mí y me dio un violento empujón que me tiró contra la pared.

—¡Hijo de puta! ¡Silvia era mi amiga! ¡Mi amiga!

Aquello hizo reaccionar a mi amante, que intentó intervenir.

—Irene —dijo, avanzando un paso hacia ella.

—No se te ocurra decir una palabra. ¡Cállate!

Como si el imperativo no bastara, le dirigió una mirada fulminante que la detuvo en seco. Luego, encarándose de nuevo conmigo, tomó aire para tranquilizarse y me soltó su última invectiva.

—Puedes irte a tomar por el culo, cabrón.

Me dio la espalda y se alejó por el pasillo, pero regresó de inmediato. Le pidió dinero a François. Éste, que no se había movido, le dio unos billetes. La cogió por el brazo y le dijo que la acompañaba. Irene se revolvió con un gesto de cólera y se

encaminó, sola, en dirección a la escalera. Me había quedado atónito. Irene era más rápida de reflejos que yo, qué duda cabía, pero tenía además una capacidad de despecho infinitamente superior a la mía. Yo tenía los mismos motivos que ella para enfadarme. Sin embargo, Irene no me había dejado la menor posibilidad de hacerlo. Aún era peor. Nunca se me habría ocurrido que pudiera estar liada con François, y a pesar de ello no sentí la menor indignación, sino que empecé a torturarme pensando en lo mal que lo debía de estar pasando. No era una especie de bondad natural la que me llevaba a sufrir por ella. Era tan sólo que conocía bien su enfermiza vulnerabilidad. Sólo una persona tan frágil como Irene podía permitirse el lujo de tener una reacción tan parcial, y tenerla además sin perder el aplomo. Nadie es perfecto. Yo, por ser un decepcionado permanente, tenía un concepto tan dudoso de la moral que podía resultar inexpresivo como un muñeco de cera. Irene, como era capaz de decepcionarse sin límites, llegaba a olvidar por completo su propia culpa.

Pero no era aquélla la última sorpresa. Me quedé apoyado en la pared contra la que me había empujado Irene. Sólo acertaba a plantearme que todo aquello era un desatino, cuando sonó muy clara la voz de mi amante, que se dirigía a François:

—Podías haberme dicho que ibais a estar aquí.

—Es increíble —contestó él—. Hay *millones* de hoteles en el mundo, y sólo se te ocurre venir a éste.

Sabía que ellos no se ocultaban las infidelidades, pero no podía imaginar que llegaran a sincerarse hasta aquel punto. Me sentí ridículo recordando las veces que François me daba palmadas en la espalda, mis frases malévolas y mi patética convicción de que Silvia y yo compartíamos un secreto que el resto del mundo ignoraba.

—Será mejor que nos vayamos —oí que decía François.

Silvia me dio un beso en la mejilla. Él se me acercó un poco, pero se detuvo como si no supiera muy bien qué hacer.

—Lo siento —me dijo.

Cuando se alejaban por el pasillo alcé la mirada hacia ellos. François había pasado un brazo por los hombros de Silvia. Aquél era el final de muchas cosas. Me pregunté si iba a quedarme algo con lo que poder comenzar de nuevo a la mañana siguiente. Dejé pasar unos minutos y bajé al comedor del hotel. Me senté en una esquina. Una mujer muy gorda se acercó a mi mesa contoneando las caderas.

—Buenas noches, Montserrat —le dije—. Quiero probar la butifarra con gambas.

Pasé allí la noche, aunque antes de acostarme abrí la ventana para que se ventilara la habitación. Conocía bien a Irene y sabía que no habría servido de nada intentar acercarme a ella mientras le durase el enfado. Me resultó imposible conciliar el sueño. Como era de esperar, cada vez que cerraba los ojos regresaba a la cama del

hospital y se me aparecían los pies del cadáver ingrátidos, casi agresivos, como si fueran a saltar sobre mí. El amanecer fue tan lento que tuve la impresión de que el tiempo se había detenido dejándome tirado en aquella habitación de hotel. Me envolvía un silencio espeso que hacía insoportables mis propios ruidos, el silbido del aire al salir de mis pulmones, el golpe seco del mechero al dejarlo en la mesilla, el susurro áspero de las sábanas cuando movía las piernas. Tuve que carraspear con fuerza para imponerme con un sonido desagradable a aquel silencio opresivo. En aquel momento vivía dentro de mi propio libro, aquel libro que no había manera de escribir y que de pronto había empezado a rodearme por todas partes como si deseara demostrarme, de una vez para siempre, que un hombre que nazca ciego nunca llegará a saber cómo se ven las cosas aunque dedique la vida entera a intentar conseguirlo. Cuando por fin pude salir de la habitación, bajé al vestíbulo y pedí la cuenta al recepcionista.

—El otro señor lo dejó todo pagado. Sólo me debe la cena.

Fue como si hubiera clavado un estilete en el corazón mismo de mi orgullo.

—No diga estupideces y cóbreme la noche. Cuando vuelva el otro le devuelve el dinero.

Me miró ladeando la cabeza. Supuse que se debatía entre hacerme caso o mantenerse cerril en una postura de empleado insobornable. Debí de decidir que era una tontería buscarse problemas, porque se encogió de hombros y se sentó a preparar la factura.

—Es un poco irregular —murmuró mientras escribía—. No me había sucedido nunca.

Hizo una pausa para dirigirme una mirada solemne.

—¿Sabe usted? La gente siempre espera que sea otro el que pague el hotel. Cuando le digo a alguien que ya está pagado suele recibir la noticia con alivio.

—Ese hombre me ha robado a su mujer y me ha hecho perder la mía, con la que por cierto estaba liado —le contesté, impaciente.

El recepcionista puso cara de *connaisseur* y siguió escribiendo. Me maldije por haberle explicado mis problemas, pero estaba harto de tanto silencio y de tanto amanecer inacabable. Tenía ganas de que alguien me diera la razón o, cuando menos, se compadeciera un poco de mi deplorable estado. Sin embargo, los recepcionistas de los hoteles no se caracterizan por su desaforado interés por la situación personal de sus clientes, aun en el caso sorprendente de que le paguen dos veces la cuenta. No volvió a dirigirme la palabra.

Conduje hasta Barcelona dominado por una gran confusión. Devolví el coche a la agencia y paré un taxi. Por el camino intenté imaginar una manera razonable de entrar en casa. Era muy temprano. Podía llevar el desayuno a Irene, como hiciera con Silvia siguiendo los consejos de la improvisación. Un desayuno espléndido y un gran ramo



de rosas. No, aquello sería una insensatez. Irene iba a mostrarse sin duda enormemente conflictiva. En aquel momento sólo deseaba desfogarse conmigo y con todo lo que tuviera que ver con mi persona. Por si aquello fuera poco, pensaba contestarle de manera rotunda —me sobraban motivos para ello—, por lo que las rosas acabarían pisoteadas. Si me apresuraba a comprárselas habría quemado un golpe de efecto que necesitaría al día siguiente, cuando empezara a atisbarse la remota posibilidad de que todo volviera a ser como antes. No tenía muchas opciones. Por el momento sólo cabía entrar a pecho descubierto llevando por delante esa sensatez que la ponía tan nerviosa.

Abrí la puerta con el corazón en un puño. La casa estaba en silencio. Llamé a Irene un par de veces sin obtener respuesta. Era posible que no hubiese dormido allí, pero se me hacía difícil creer que hubiera pedido ayuda. Los grandes protectores de los amigos se muestran radicalmente independientes cuando tienen una crisis. Irene se habría visto obligada a ir a casa porque era el único lugar donde podía estar sola. Quizá durmiera aún, aunque me parecía asombroso y hasta un poco insultante. Aquella posibilidad me infundió nuevas fuerzas. Irene, a pesar de haberse visto también descubierta, me había montado un aparatoso número de celos para luego retirarse a dormir con toda tranquilidad, mientras yo me debatía con un insomnio fitzgeraldiano. Entré en el dormitorio dispuesto a llevar la iniciativa.

La cama estaba vacía. Allí no había dormido nadie, pero las puertas de los armarios estaban abiertas y reinaba el desorden posterior a una fuga apresurada. Irene se había llevado todas sus cosas, incluida la foto de la niña con la tortuga. Regresé al salón y me dejé caer en el sofá. Me sentía tan entumecido que no acertaba a pensar otra cosa salvo que estaba siendo víctima de una mujer vencida por el desequilibrio más descabellado. ¿No era ella tan culpable como yo y además de una forma retorcida, pues había inventado una patraña para irse con su amante? ¿Por qué descargaba todo su enorme potencial de ira contra mí en lugar de hacerlo contra sí misma? ¿Por qué los demás —yo también— pensábamos que Irene era una persona básicamente *limpia*, si hacía los mismos alardes de egoísmo que cualquier otra? Quizá por su desmesurada capacidad para pasarlo mal.

Me incorporé en el sofá, asustado. No debía olvidar que Irene era contradictoria como yo, pero además insoportablemente lúcida. Cabía pensar que no sólo estuviera enfadada conmigo sino también consigo misma —con los dos—, y que hubiera decidido que mientras permaneciéramos juntos estábamos condenados a hacernos daño. Siempre me había dado pánico que Irene tomara decisiones importantes, pues era capaz de cumplirlas. Su proverbial integridad podía llevarme a perderla para siempre.

Cuando llegó Rosario no me había movido aún del sofá. Contesté a su saludo con un gruñido. Ella me sirvió un tazón de café y se encerró en la cocina. Poco después

sonó el teléfono. Me abalancé sobre el auricular.

—Quiero hablar con Rosario —dijo Irene.

Su voz me tranquilizó, aunque había puesto un tono de telefonista hastiada de su trabajo. Demasiado perfecto, demasiado carente del más pequeño vínculo emocional.

—Tenemos que vernos —contesté con atropello—. He estado pensando toda la noche. Estoy agotado pero con ganas de verte.

—Dile que se ponga o cuelgo ahora mismo.

—Está bien, está bien. No te muevas.

Llamé a Rosario. Apareció secándose las manos en el delantal y cogió el teléfono enarcando las cejas. Lo hacía cuando tenía que prestar atención a algo. Asintió en silencio un par de veces. La voz de Irene me llegaba transformada en una incomprensible resonancia metálica. Rosario soltó un grito de sorpresa. Me dirigió una mirada alarmada, pero Irene seguía hablando. Volvió a asentir un par de veces con la cabeza. Luego tapó con una mano el auricular.

—Se va a Nicaragua —me dijo en un susurro.

Di un respingo como un felino que acabara de recibir un balazo en el lomo. Le arrebaté el teléfono de las manos.

—Irene, no hagas tonterías. Aquí todo va mal, pero el ansia caribeña es una abstracción como las utopías o los mendigos millonarios. Para nosotros, el Caribe es lo mismo que Caltanissetta. En realidad no existen. ¿Dónde estás?

Me respondió un pitido continuo. Cardiograma plano. Había colgado.

Durante las semanas siguientes iba a descubrir —siguiendo por cierto una tradición bastante occidental— una evidencia de la que ya era consciente: que el silencio no es otra cosa que una carencia y que, por lo tanto, podía volverse absoluto aunque me arrojara con todo tipo de ruidos, si entre ellos no estaban los que esperaba oír. El leve entrechocar de vidrios cuando Irene, ensimismada, se arreglaba en el baño; el sonido tenue de sus pasos que se acercaban por el pasillo a mis espaldas; el timbre de su risa al hablar por teléfono mientras yo me preguntaba, jugando con la suspicacia, con quién se habría encerrado en aquella burbuja de divertida confidencialidad. A menudo, durante aquellas semanas, me daría la vuelta asustado no por un sonido repentino, sino por su ausencia, mucho más sobrecogedora que el más inquietante de los rumores cotidianos. Pocas cosas podían afectarme tanto como oír de pronto lo que nunca había sonado, pues era el síntoma más claro de que mis neuronas estaban dispuestas a creer en lo que no existía. La locura se desplazaba por mi interior en su estadio más banal, mostrándome repentinos espejismos que se disolvían en cuanto empezaba a creer en ellos. Una noche, sentado frente a la chimenea, noté la mano de Irene sobre un hombro con tanta claridad que pude sentir su calor a través de la camisa. Tras un instante de engaño me sacudí el hombro con rabia, como si alguien

hubiera vaciado allí un cenicero. En otras muchas ocasiones me sorprendí en el impulso de decirle algo, y era entonces, al verme forzado a callar para no comportarme como un loco —pues mi propio juicio, por muy resquebrajado que estuviese, era un testigo que diagnosticaba con gran ligereza—, cuando me asaltaban unas ganas enormes de llegar a la conclusión de que estábamos solos en este mundo, y que hablar, hacer el amor o vivir con otra persona eran sofisticadas maneras de no decirse nada, pues no había nada que decir.

Todo aquello no iba a evitar, sin embargo, que intentara detener a Irene. Por desgracia, ella demostró una inusitada habilidad para hacerse la huidiza sin dejar de mostrarse por todas partes. Había desaparecido, pero sólo para mí. En los días previos a su partida habló numerosas veces con Rosario. De hecho, continuaba llevando la casa desde su absurdo exilio en tierra de nadie. Un día llegaba Rosario y limpiaba los cristales porque, según decía, se lo había pedido Irene. Otro día preparaba un plato siguiendo los caprichos de la gran ausente, que no lo iba a degustar. Aquello permitió a nuestra diosa doméstica seguir ejerciendo sus actividades como si allí no pasara nada, pero se convirtió para mí en la peor de las torturas. Irene —siempre la odiaré un poco por su refinada habilidad para crucificarme aunque fuera a costa de martirizarse a sí misma, una perversión ególatra del peor calibre— consiguió esfumarse revistiéndose de una intensidad que quizá nunca se había molestado en tener. La busqué en vano por toda Barcelona. Las ciudades resultan muy pequeñas para los encuentros casuales, que se multiplican como si en ellas todos anduviéramos tropezando unos con otros, pero son demasiado grandes cuando se busca algo en concreto. Algo como una mujer doblemente herida por una traición recíproca, que decidía hacerse invisible sólo para los ojos que con más ansiedad esperaban verla.

Nunca fui un gran indagador. Me faltaba convencimiento aunque estuviera al borde del suicidio, lo cual era un decir porque ese mismo convencimiento también me faltaba para estar realmente al borde del suicidio. Siempre había pensado que para quitarse la vida con cierta solvencia hay que estar de verdad desesperado. Y la desesperación era, para mí, la forma más mediocre con que podía afrontarse la derrota cotidiana de levantarse de la cama y ponerse en marcha para nada. Contaba con la ventaja de que no me gustaba que se me esperase en ninguna parte. Por lo tanto, acostumbraba a levantarme de la cama con un escaso y hasta alegre interés convencido, más que de otra cosa, de que no iba a ningún sitio y tampoco a tirarme por un balcón como el marido de Olga, lo cual habría sido un despropósito viviendo en un entresuelo. Así que nunca fui un gran indagador, pero la desaparición de Irene —agravada por la amenaza de su inminente fuga al Caribe, un lugar que sin duda no existía— despertó en mí una curiosa afición detectivesca. Por fin había encontrado algo por lo que merecía la pena moverse.

Comencé por citarme con Olga en un café del centro. Llegó acompañada por sus

hijos, que habían dejado olvidada la niñez en alguna esquina de París. Ya no correteaban por entre las mesas. Se sentaron junto a nosotros y se entregaron al aburrimiento con esa pasión desmotivada que sólo conocen los adolescentes. Me hicieron recordar los años ya lejanos en los que yo también sentía una infinita nostalgia por lo que me deparaba el futuro. Pero, si la vida consistía en echar una carrera con esa nostalgia, debía reconocer que yo la había adelantado en un hotel de Caldetas y que ya todo quedaba atrás, cada vez más atrás, por lo que me hallaba plenamente instalado en la época de conformarse con recuperar lo que se ha perdido por el camino.

Olga me cogió las manos entre las suyas y me preguntó reiteradas veces cómo me encontraba. Estaba seguro de que sabía dónde se escondía Irene. Como me miraba con sincera preocupación, dejé que un profundo dolor se apoderase de mis facciones. Un estado de ánimo que no se soporta a sí mismo resulta muy obediente a la improvisación, sobre todo cuando ésta le pide un poco de tristeza. Me cosquillearon los lagrimales y ya no pude contenerme. Los chavales chasquearon los labios, definitivamente fastidiados por el panorama que tenían delante. Pero Olga se reclinó para besarme las manos. Cuando alguien te besa las manos —a diferencia de otros besos en apariencia más entregados— es que está dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

—Pídeme otra cerveza y dime dónde está Irene.

Ante mi asombro y —debo reconocer— contenida indignación, Olga negó con la cabeza. Atrajo la atención del camarero con un gesto suave de su frágil cuello de cisne. Cuando le hubo hecho el pedido, me dio unas palmaditas amistosas en el antebrazo.

—Irene no quiere que la sigas ni que intentes detenerla. Sólo desea que te entregues por entero a tu libro.

Las lágrimas se me secaron en las mejillas. ¿A qué libro se refería la cretina de Irene? ¿A la historia del silencio? ¿Pretendía que me volviera a encerrar con el santo de Nepomuk en aquella celda húmeda mientras ella se entregaba a las fáciles orgías caribeñas? ¿Esperaba que pasara las noches amargándome con Fitzgerald mientras ella bebía ron y se bañaba desnuda en la playa? ¿Tenía la desfachatez de apearse de nuestro proyecto y sumirse, al menos en lo que a mí respectaba, en el silencio más definitivo para que yo le explicara en un extenso tratado lo solo que me sentía? De ninguna manera. Olga tenía que decirme dónde se escondía Irene. Estaba obligada a hacerlo. Yo había permanecido a su lado y la había ayudado en aquella especie de homicidio menor, el —por llamarlo de alguna manera— empujoncito depresivo que permitió a su marido saltar por la ventana y liberarla para siempre de su presencia.

—Me debes un favor —le dije—. Quiero que me lo devuelvas *ahora*.

Olga esbozó una sonrisa indescifrable. Sabía a lo que me estaba refiriendo.

—No hago otra cosa, aunque por el momento no me puedas entender. Irene vuelve a ser un potro salvaje. Está tan encabritada que es mejor apartarse un poco de ella. Si quieres echarle el lazo tendrás que empezar de nuevo.

Aquello era lo último que habría deseado oír. Empezar de nuevo. Volver al principio cuando ya había adelantado a la nostalgia y sólo deseaba recomponer los platos rotos. Miré a Olga con enojo y ella me respondió con una renovada sonrisa.

—¿Quieres que te diga un secreto? —me dijo con su voz más enigmática—. A una mujer hay que enamorarla varias veces a lo largo de la vida.

Una mañana desobedecí el deseo de Irene. Lo hice más por resultar molesto que esperando obtener algún resultado de mi búsqueda. Mi amada tenía un respeto por el destino casi fatalista, pero no encontraba ningún inconveniente a la hora de corregirlo con sus más lapidarias decisiones. El resultado, bastante paradójico, era que obedecía sus propios mandatos con la misma resignación que aquéllos que le imponía el orden de las cosas, hasta el punto de llegar a olvidar cuáles había dictado ella y cuáles la rueda de la fortuna. A mí aquello me ponía frenético, pues Irene acababa resultando sumisa a sí misma, lo cual era a todas luces una enorme contradicción. Así que me propuse desobedecerla aunque sólo fuera para decirle que ella era la única responsable de su huida, por lo que no iba a aceptarle gestos teatrales de abandono ante una fuerza superior. Estaba seguro de que la idea de dejarme para irse al Caribe no se había gestado de golpe en aquel pasillo de hotel en donde nos descubrimos infieles, sino que había ido madurando lentamente a partir de la noche aciaga frente a la chimenea, cuando Irene empezó a soñar con tambores lejanos y chillidos de cacatúas. A aquellas alturas debía de tener siempre un mango levitando delante de sus narices.

Sabía que Clara y Johnny se alojaban en una pensión de la plaza Real que tenía un nombre pomposo muy apropiado a su condición: *Hotel Ambos Mundos*. Me presenté allí a última hora de la mañana y pregunté por ellos al recepcionista. Clara había salido, pero Johnny se encontraba en su habitación. Estaba seguro de que Irene no se había escondido allí, pero pregunté también por ella. El recepcionista negó con la cabeza y empezó a mirarme con desconfianza. Le pedí que avisara a Johnny. Mientras esperaba contemplé la plaza a través de los cristales de la puerta. Era un día frío y nublado, pero los bancos estaban llenos de inmigrantes y jubilados. Un coche de la policía patrullaba con lentitud por entre las palmeras. Me dio la impresión de que se trataba —como la medusa de nuestro fracasado libro— de un monstruo ciego que ansiaba detectar algún movimiento para saber dónde estaba su víctima. Cuando pasó, muy despacio, por delante de la pensión, me mantuve inmóvil como una diminuta y experimentada sábana convulsa. Para algo tenía que servir la historia, a fin de cuentas. La voz de Johnny me sacó de mi emboscada parálisis. Se me echó encima

y me sacudió cogiéndome por los hombros. Parecía increíble que se alegrara tanto de verme y que no le afectara mi poca expresividad. Tengo cierta tendencia a enorgullecerme de lo reservado que soy. Pero aquella mañana, por un momento, me sentí como un pelele en manos de un negro desmedido. Me asombró incluso que el coche de la policía no irrumpiera a través de los cristales ante tamaño escándalo.

—¿Pero qué hiciste, viejo? ¡Qué bueno verte! Ahora mismo vamos a tomar una cerveza aquí al lado. Hay un bar en el que hacen unas sardinitas fritas que te mueres. Te lo dice el rey de la sardina, chico.

¿Por qué sería que Johnny, con su desbordada alegría, me enviaba siempre un mensaje oculto de tristeza reprimida? ¿Por qué me sucedía aquello con todas las personas demasiado risueñas? Mientras cruzábamos la plaza —por suerte para nosotros la medusa hambrienta había desaparecido—, pensé que la melancolía se manifestaba a veces de las maneras más asombrosas.

Nos acodamos en la barra de un bar destartalado y nos pusieron delante dos jarras que rebosaban espuma. Una mujer que leía el periódico se levantó con desgana para prepararnos las sardinas. Johnny quiso brindar por sus barcos pesqueros, que esperaban en Galicia la orden de partir.

—Los pasaremos por el canal de Panamá —me dijo—, y de allí derechos a Corinto. Yo quería hacer el viaje con los barcos, pero Clara tiene miedo. ¿Te imaginas? Iremos en avión y los esperaremos en el puerto con el alma en la boca.

Si no hacía algo, Johnny hablaría sin descanso para evitar mi pregunta. Así que se la solté a bocajarro:

—Necesito ver a Irene. Quiero que me digas dónde se esconde.

—Claro que sí —contestó con júbilo pero sin sonreír—. No puedo, viejo. Tu chica me mataría. Claro que sí.

Guardé un silencio que debió de resultarle muy molesto. Bebió cerveza y me miró con cara de perro apaleado, aunque había vuelto a sonreír. Supe que no iba a poder sacarle la información. Era un tipo honrado y había dado su palabra de no decírmelo. Pensé —a aquellas alturas ya no me importaba ser injusto— que los amigos se habían agrupado en torno a Irene y que la obedecían sin preocuparles que estuviera cometiendo una locura. Quizá creían incluso que le iba a ir bien separarse de alguien como yo.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Johnny, apesadumbrado pero siempre jubiloso—. Yo te doy mi dirección en Managua y, si quieres, te hago de puente. Allí todo esto se ve de otra manera.

Pidió un bolígrafo y escribió en una servilleta de papel. Me la ofreció con su mano descomunal. Guardé la servilleta en un bolsillo con el mismo desinterés que mostraba cuando me ofrecían impresos publicitarios por la calle. Le deseé que tuviera mucha suerte con sus barcos, y salí del bar sin volverme para brindarle una última

despedida.

Una vez en la calle me puse a andar sin saber adonde iba. ¿Cómo podía desaparecer Irene en un lugar tan pequeño como Barcelona, en el que conocíamos además a tanta gente? Parecía imposible que no tuviera a nadie dispuesto a ponerse decididamente de mi parte. Parecía aún más imposible que, si los amigos me traicionaban, no pudiera contar al menos con un encuentro azaroso o con una feliz coincidencia. En aquel momento me asaltó una iluminación. Irene podía cambiar sus costumbres en todo menos en lo referente a su trabajo. Podía hasta dejarme y decidir que yo acabara —o empezara— nuestro libro en solitario, pero tenía que seguir frecuentando la biblioteca. El viejo y enorme edificio estaba cerca de allí, oculto entre las callejuelas del barrio. Desemboqué en las Ramblas y subí paseando hasta la calle del Carmen. Había empezado a caer una lluvia muy fina que dispersaba a los transeúntes. Entré en el claustro gótico, donde los estudiantes se agrupaban bajo los soportales. Aquél era el verdadero territorio de Irene, el único lugar que no podía traicionar. Recorrí el claustro aspirando el aroma de mi amada, que parecía impregnar todo el recinto. Ascendí por las escaleras sintiéndola muy próxima, tan seguro de encontrarla que no me habría extrañado verla repetida en diferentes rincones de aquel lugar lleno de su presencia. Crucé la sala de ordenadores buscándola en las espaldas de las mujeres que, ensimismadas, se reclinaban sobre las pantallas. Entré en la sala de lectura. Las grandes mesas estaban ocupadas por una aplicada multitud que parecía dormitar bajo la luz tenue de las lámparas. Junto a un mostrador atiborrado de libros, una gobernanta de rostro plácido manejaba los volúmenes con tanto cuidado que parecían estar hechos de un material altamente explosivo. Por una puerta lateral apareció un hombre con bata gris que empujaba un carrito con ruedas de goma. Se encaminó hacia el mostrador con la lentitud de un filósofo sensato que se hubiera propuesto no llegar nunca a su destino. En aquella sala de techos altísimos de cruceta, como en una iglesia, el silencio se multiplicaba hasta convertirse en una resonancia de ecos inaudibles. Miré hacia el lugar que por lo habitual ocupaba Irene, pero no estaba allí. Avancé por el pasillo rastreando su aroma, que quizá era demasiado intenso para ser real. Busqué en vano la curva triste de su nuca por entre las cabezas que se abatían sobre los tomos abiertos. Finalmente, cogí al azar un libro de consulta y me senté entre los lectores. Había allí tanto sosiego —tanta actividad subterránea y callada— como en un fumadero de opio. Quizá me venció aquella atmósfera de ardiente concentración, y puede ser incluso que la locura que se paseaba por mi interior hubiera encontrado un buen asidero, pero miré hacia la puerta esperando ver aparecer a Irene y entonces lo oí. Oí con toda claridad el rumor que hacían los libros al hablar entre ellos, su oculto trasvase de confidencias, de secretos y revelaciones en el laberinto de aquellas estanterías cubiertas siempre de polvo, y supe lo que buscaba Irene cuando se encerraba allí: algo más que noticias del mundo, algo más que

respuesta a las preguntas que pudiera formular, algo que seguramente no podía decirse con palabras ni podía escribirse y que sin embargo se encontraba entre aquellas paredes, vivo, palpable, confundido con el aroma de mi amada, tan intenso que se podía alimentar uno de ello sin preocuparle que fuera una falsedad inocua — otro espejismo de agua clara— o un veneno que hubiera sido mejor no llegar nunca a probar. Y supe que quería hundirme con Irene en aquel pozo insondable, en aquel murmullo de voces enmudecidas para siempre, en aquel silencio que se demoraba inabarcable, tan intenso que se disolvían en él todas las ausencias, la angustia más poderosa y hasta la vida misma, tan bello y terrible que en su seno se dejaba de ser miserable y las traiciones lo eran de verdad, el amor se volvía sublime y la muerte acababa siendo algo muy grande que apartaba de su lado a las almas mediocres. Y todo ello gracias al enorme simulacro de la literatura, quizá la única actividad sincera de una especie acostumbrada a los engaños. La vida, que yo tendía a ver como un paseo aburrido, era para Irene una herida abierta por la que entraba en su cuerpo aquel esplendor que sin duda no existía. Supe que, detrás de sus ojos grises, Irene escondía un secreto tan ínfimo como aquél, y supe en fin que no iba a poder vivir sin tenerla a mi lado y, por muchos platos que rompiéramos, contemplar en ella los destellos apagados y el aliento cálido de aquel tesoro verdaderamente inútil.

Todos se preocuparon mucho por mí. Irene estaba ya en Nicaragua. Se había ido sin dejarme una nota de despedida. Los barcos de Johnny surcaban aguas caribeñas en dirección a Panamá, tripulados por negros orgullosos de su destino. Poco les importaba navegar en barcos de segunda mano y que su aventura fuera posible gracias a un empresario lunático de Barcelona. Por fin traían algo bueno del viejo mundo. Clara y Johnny —quizá Irene con ellos— los esperaban en el puerto de Corinto con el alma en la boca.

Olga organizó para mí una cena solidaria en casa de Amador. Llevé dos botellas de vino de rioja y me bebí una yo solo antes de sentarnos a la mesa. La llegada de Natalia había cambiado poco aquella casa en la que una geisha se habría negado a poner los pies. Pero Amador sí había cambiado. Ya no suspiraba con tanta perfección como antes. Se daba aires de suficiencia aunque se estuviera hablando de filatelia. Pero, si salía el tema de las mujeres —o de la pasión entendida en su sentido más amplio, incluso del sexo brutal y descarnado—, prácticamente se desmayaba vencido por el peso de tanta sabiduría. Cuando Natalia pasaba por su lado le daba cachetes en el culo —imitando quizá a François— y ella lo examinaba de reojo sin entender qué le sucedía. Entonces Amador soltaba una risita que me ponía nervioso en extremo.

Me miraban de una forma rara. Olga buscaba mi antebrazo con un ansia llena de inquietudes. Sus pequeñas manos blancas se me adherían como lapas y, agotada su capacidad de preguntarme cómo estaba, se limitaba a observarme con un impotente



desasosiego. Poco puede hacer un amigo por otro, a no ser que el que está en apuros lo utilice como había hecho ella conmigo. En aquel momento Olga estaba dispuesta a dejarse manipular por mí, aunque yo lo hiciera de la forma más torpe posible, si así me ayudaba en algo. Pero era incapaz de darse cuenta de que yo era mucho más descreído que ella y de que, acostumbrado como estaba a encontrarme las cosas hechas o a darlas por perdidas, difícilmente iba a tramar una maquinación para conseguir algo o recuperarlo. Pensaba, a aquellas alturas, que la vida ya me había sorprendido demasiadas veces para creer que no iba a seguir haciéndolo por mucho que intentara lo contrario, lo cual era una forma de sucumbir como otra cualquiera.

—Eres una buena amiga —le dije, fastidiado, obligándola a soltarme para alejarme un poco de ella y servirme otro vaso de vino.

Me arrepentía de haber acudido a la cena. Amador se había encerrado en la cocina mientras Natalia ponía los cubiertos en la mesa. Olga se entretuvo mirando los discos, que debía de conocer de memoria porque eran siempre los mismos. Apoyado en la pared, recordé las noches en las que Irene y yo, en compañía de Silvia y de François, buscábamos nuevos restaurantes en donde poder reconstruir una y otra vez nuestros cruces de miradas. Recordé también, en aquel piso inmóvil en el tiempo, a mi amante sentada al otro lado de la habitación desafiándome con todo el orgullo en la mirada, paladeando después la idea perversa de temerme, mientras Irene y François esbozaban en el mueble-bar los caminos secretos que les llevarían a encontrarse a solas, quizá un viaje a Madrid con rumbo equivocado. Y pensé que Irene y yo habíamos sido muy inocentes no dándonos cuenta de lo que ocurría, tan embebidos en nuestras propias travesuras que no supimos ver que nuestros amantes eran mucho más sofisticados y honestos, que ante nosotros callaban porque —por su misma condición de presencias furtivas— no estaba en sus manos revelarnos la verdadera naturaleza del juego. Irene debía de haberse tirado de los pelos no tanto por saberse traidora y traicionada, sino por haber ignorado el alcance de una perversión mucho más completa que la suya. Los dos habíamos cometido un pecado imperdonable de soberbia. El resultado no podía ser más lamentable. Irene estaba tan loca que le quedaba por lo menos el recurso de entregarse al ansia caribeña. Para mí todo iba a ser mucho más tedioso a partir de entonces.

Una vez sentados a la mesa, Amador se dedicó a una vulgar ostentación de su buen quehacer sentimental. Me parecía bien que se vengara de los malos tiempos pasados, pero no podía soportar que lo hiciera a mi costa. Nos miraba a Olga y a mí meneando la cabeza con una media sonrisa, dándonos a entender que nos creía incapaces de buscarnos, como él, una vida equilibrada y sin embargo llena de intensas emociones. En cualquier momento iba a empezar a brindarnos consejos. Natalia ya no palidecía en nuestra presencia. Se reveló incluso como una insoportable conversadora capaz de recomendarnos, en pocos minutos, varias películas de vídeo

*imprescindibles*, unos cuantos libros que no podíamos no haber leído, y hasta un método de relajación para antes de acostarnos. Me miró con intensidad y me dijo que sabía por Amador que abusaba de los valiums, por lo que estaba *obligado* a probar su sistema. La inmensa mayoría de los tímidos deberían seguir siéndolo siempre. Olga, por el contrario, permanecía callada. Comía en silencio muy atenta a su plato. Parecía haberse extinguido su natural elocuencia, o quizá la reservaba para nuevos y más divertidos ambientes. Aquello era lo poco que me quedaba de mi vida con Irene, los restos de un mundo que había llegado a encontrar opresivo pero que demostraba ser tan liviano como una mala obra de teatro en la que los actores hubieran perdido la fe en sus papeles. Yo, por lo menos, consideraba que ya me había representado lo suficiente.

—Perdonad —dije, poniéndome en pie—. Tengo que ir al lavabo.

Salí del comedor, descolgué mi abrigo del perchero y con gran sigilo abrí la puerta de la casa. La dejé abierta para que no les alertara el chasquido de la cerradura.

Había pasado la noche sentado en el salón viendo los bambúes a la luz de la luna. Cuando llegó Rosario me miró con preocupación, pero ya se había acostumbrado a encontrarme allí por la mañana. Encendió la chimenea y me cubrió con una manta. Pensé que estaba condenado a acabar siempre cuidado por una enfermera. La idea me pareció bastante peregrina. El sol frío de invierno se colaba por la ventana y me obligaba a entornar los ojos. Ni siquiera me sentía realmente deprimido. Rosario me trajo un tazón de café y se me quedó mirando con las manos cruzadas sobre el vientre. Llevaba varias horas obsesionado con el comentario que me hiciera Olga.

—Rosario —le dije—, ¿crees que a una mujer hay que enamorarla varias veces a lo largo de la vida?

Ella abrió los brazos muy contenta, como si por casualidad le hubiera preguntado lo único a lo que sabía responder.

—Muchas, muchas veces. Mi marido me sacó de Huelva hace casi diez años y no ha vuelto a mover un dedo, el tonto de él. A veces, la verdad, tengo ganas de hacerle creer que ya no le quiero para que le bajen esos aires. Las mujeres somos muy sencillas. Sólo queremos que todo siga siendo *importante*.

Me molestaba un poco el que, habiendo en el mundo tantas personas activas, la decisión final quedara siempre en manos de gente apática como yo o como el pobre marido de Rosario. Seguramente, aquel hombre vivía tan feliz de las rentas de una noche brillante en un portal andaluz, sin darse cuenta de que se esperaba de él que renovase de forma periódica su capacidad de revolucionar la paz de los demás.

Tanteé por el sofá en busca de las gafas de sol. Por supuesto, no se encontraban allí. A pesar del cansancio que me daba el solo hecho de pensar en lo que me había dicho Rosario, tuve que reconocer que estaba de acuerdo con ella. No hay nada más

decepcionante para los otros que mostrarse genial una sola vez en la vida. Así que, prisionero de la nostalgia, estaba obligado a hacer un esfuerzo y ya sabía en qué consistía. Si Irene quería un golpe de efecto iba a rendir el más aparatoso homenaje a nuestra —por muchos motivos— fracasada vida en común. Tenía de mi parte el libro sobre el silencio. Aunque también se había venido abajo, nos había regalado un lenguaje cifrado que me podía servir para demostrarle que por fin había entendido lo que buscaba en la biblioteca, lo que buscaba entre mis brazos y hasta en los brazos de otros, lo que esperaba encontrar en nuestro libro y, por encima de todo, aquello que la consumía cuando callaba. No tenía que demostrarle que ella era importante para mí —algo que podía interesarle muy poco, pues si en algo Irene se mostraba descreída era acerca de su propia importancia—, sino que yo lo era para ella.

La clave se hallaba en una imagen, lo cual no dejaba de ser molesto para un escritor. Pero nunca he sido un gran fanático de mi oficio. Me quité la manta de encima y abandoné mi largo retiro en el sofá. Busqué la Polaroid en los cajones. Estaba cargada. Se la di a Rosario y, cogiéndola por los hombros, la situé de espaldas a la librería. Yo me puse contra la otra pared. Rosario, un poco aturdida, miraba con recelo la máquina fotográfica. Enarcó mucho las cejas cuando llamé su atención.

—Sólo tienes que apretar el botón de arriba. Lo hace todo sola. Yo voy a gritar muy fuerte, pero no te asustes. Cuando me veas más desencajado me haces un retrato.

Cerré los puños y me puse a gritar con todas mis fuerzas. Rosario me miró con sorpresa, pero luego se llevó la cámara a los ojos. Después de mover las caderas a un lado y a otro buscando desesperadamente encuadrarme, disparó por fin cuando me encontraba a punto de morir de asfixia. El mecanismo de la Polaroid soltó un zumbido y el papel apareció por entre sus dedos. Lo rescaté antes de que lo marcara con sus huellas. Me lo guardé en un bolsillo mientras corría a buscar en mi abrigo la servilleta de Johnny. Allí estaba, arrugada pero legible. Escribí en un sobre la dirección. Entonces me atreví a mirar la foto. La imagen no estaba aún del todo contrastada, pero podía decir sin peligro a equivocarme que era el mejor retrato que me habían hecho en mi vida. Yo era aquél, sin duda. Sólo Irene iba a ser capaz de darse cuenta de ello y de darse cuenta, también, de que era la única que podía comprenderlo. El amor acaba siendo, al fin y al cabo, un lenguaje enigmático que sólo pueden descifrar dos personas. Solté una exclamación de júbilo. Rosario se había quedado inmóvil junto a la librería con la cámara en las manos, aterrorizada como si acabara de pegarme un tiro en la cabeza a petición mía. Le dije que había hecho una obra de arte. Lo creía sinceramente. Metí la foto en el sobre y me encaminé hacia la puerta para echarlo al correo. Cuando salía al rellano me di de bruces con la vecina. Alertada por la agonía de mi grito —doméstica y gloriosa—, venía a salvarme enarbolando un serrucho de carpintero. A diferencia de ella, Irene nunca podría oír mi espléndido lamento. Tendría que contentarse con *verlo*.

Todo estaba preparado. Sin embargo, me habían convocado a un último acto social que no quise eludir. Si el encuentro en Caldetas había echado por tierra mi vida con Irene, provocó también que Silvia y François se decidieran a vivir juntos. No contentos con ello —y presionados además por sus adineradas familias, que utilizaban las herencias como el argumento de más peso—, resolvieron casarse por lo civil una mañana en la que la primavera tuvo el capricho de anunciarse por sorpresa con un inesperado calor. Parecía increíble que todo les saliera siempre tan bien.

Olga, que me hizo de pareja, vino a recogerme contentísima de vivir de cerca una buena noticia. Todos sabíamos que Silvia y François eran los únicos capaces de darnos una alegría. No podíamos imaginar quién diablos había construido este mundo, pero estábamos seguros de que lo había hecho en la suposición de que todos éramos como ellos. En los juzgados, mi acompañante se cogía de mi brazo emocionada mientras yo me dedicaba por entero a admirar a Silvia. Estaba bellísima con un informal traje encarnado de seda salvaje, y tan a gusto en aquel sórdido lugar que parecía ver en él maravillas que a los demás se nos escapaban. No pude evitar sentirme orgulloso de ella. De haberme sido posible habría comentado con el resto de los invitados que había tenido por amante a aquella novia excepcional. Incluso, debo decirlo, yo también me emocioné un poco cuando se besaron al concluir la ceremonia. Aún me escocía en la espalda la amistosa palmada que me había dado François al verme entre los que iban a acompañarles en su renuncia a repetir cada día su encuentro parisino. Tampoco era yo el más indicado para reprochárselo. A veces pienso que aquella boda se celebró con la única intención de que todo volviera a su cauce. Ya era tarde para hacer grandes alardes de amistad, pero habían ocurrido demasiadas cosas y corríamos el peligro de desquiciarnos cada uno por su lado. La ceremonia resultó ser —como es habitual— un pacto de no agresión en todos los frentes, algo así como unas Navidades artificiales. Hasta Amador y Natalia —de los que no había vuelto a saber nada desde que los dejara plantados y que habían tomado, según se chivó Olga, la *ardua pero definitiva decisión de odiarme*— se acercaron a saludarme como unos viejos amigos. Se celebró un gran banquete en un buen restaurante, el último que íbamos a descubrir juntos, aunque el lugar de Irene lo ocupaban más de doscientas personas. Silvia, y a veces François, me miraban por entre los comensales con una complicidad no exenta de cierta sensación de culpa. Yo les lancé besos campechanos, y alcé la copa tantas veces que parecía haberme vuelto sentimental por culpa del vino. Lo cierto era que me sentía como un florista parisino obligado a desplazarse muy lejos de su tierra y a sentarse entre extraños. Aguanté la comida con bastante integridad, pero cuando la orquesta arrancó con un bolero pensé que no iba a poder soportar la melancolía. Le di un beso a Olga y me encaminé hacia la mesa de los novios. Algunos convidados insufribles requerían su presencia en la

pista de baile, pero ellos vinieron hacia mí. En aquel momento dejamos de oír el bullicio de la fiesta. Como si se nos hubieran concedido unos segundos de intimidad para despedirnos, al acercarnos resonaron en nuestros oídos tan sólo nuestras tres respiraciones. Inhalábamos el mismo aire, la misma añoranza de un tiempo que había sido sólo nuestro y que, a pesar de todo, continuaba siéndolo. Silvia, perturbadora, se lanzó a mis brazos y sus manos se agarraron a mi nuca. Aquella fue la última vez que temblé al contacto de su cuerpo.

—Dime que no te arrepientes —me susurró con voz ansiosa y, como siempre, juguetona—. Me moriré si no lo dices.

No me hizo falta mentir para obedecerla. Gracias a todo lo que había pasado yo también estaba dispuesto a buscarme sorpresas en el futuro, y contaba incluso con más recursos que ellos. Tenía a la loca de Irene dando tumbos en las antípodas. François dudó por un instante. Debió de pensar que yo estaba allí para acompañar tan sólo a su mujer. Pero me abracé a él. También sin necesidad de mentir, le dije que era mi único amigo. Aquello le provocó un ataque de ternura. Entusiasta como era, estrechó tanto nuestro abrazo que estuvo a punto de romperme algunas costillas. Había llegado la hora de irme de allí. Me di la vuelta y el barullo de la fiesta recuperó el protagonismo. Mientras me abría paso hacia la salida pude ver a Silvia y a François que, aún un poco desorientados, se dejaban arrastrar a la pista para inaugurar el baile. Salí a la calle pensando que tenía bastantes cosas que hacer y que no disponía de mucho tiempo. Mi avión despegaba a la mañana siguiente.

El aeropuerto de Managua constaba de una sola pista y de un edificio de cemento que más bien parecía una cárcel. Desde el aire había visto la vegetación escasa que rodeaba la ciudad. También había oído que se anunciaba un terremoto. Por el paisaje se esparcían pequeñas construcciones grises, y algunos camiones destartados levantaban nubes de polvo en las carreteras. El avión tomó tierra en aquel lamentable paraíso con un crujido que me hizo creer que iba a morir sin saber si Irene había acudido a recibirme. Me asustaba tanto la idea de que no hubiera venido que pensé que habría sido una liberación no llegar a saberlo. Cuando pisé la pista estuve seguro de que me iban a fallar las piernas. No había tenido valor para anunciar a Irene que iba a reunirme con ella, y sólo imploraba para que Olga —la única que estaba al corriente de lo que nuestro mendigo ilustrado habría llamado mi *decisión japonesa*— hubiera cumplido con su papel de eterna confidente. Caminé hacia la terminal respirando con ansiedad aquella atmósfera turbia, saturada de olores capaces de embriagar a alguien mucho más seguro que yo. No hacía calor, pero sudaba tanto que había empapado la camisa. A punto estuve de volver al avión para pedir que me

dejaran subir de nuevo. Al llegar al edificio aminoré la marcha con espantada brusquedad. Alguien me empujó por detrás y entré dando un traspié. Detrás de un gran cristal había un grupo de gente esperando a los que llegábamos. Lo recorrí con una mirada tan llena de angustia que no pude ver nada. Me pasé las manos por la cara y volví a mirar.

Allí estaban sus ojos grises, ingrátidos entre los reflejos del vidrio, risueños. Tenía el pelo más largo, la piel increíblemente morena y llevaba un vestido que no le había visto nunca. Pero era la misma Irene que me buscaba sin saberlo cuando dormía, la misma que temía por sus amigos y que se encerraba en una lejana biblioteca a escuchar la conversación secreta entre los libros, aquel misterio inútil que me había costado tanto descubrir. Entregué mi pasaporte con la premura de un empresario al que molestaran las burocracias del subdesarrollo. Cuando me dejaron pasar, corrí hasta Irene y la besé con un descontrol decididamente parisino.

—Júrame que no volverás a escapar —le dije—. Quiero estar contigo.

Irene soltó una risita. Nos cogíamos como si temiéramos que una fuerza extraña se fuera a desatar en cualquier momento para separarnos.

—Yo también quiero estar contigo —me contestó—. Ahora ya lo has dicho. Puedes permanecer callado unos años más.

Una negra gorda se había parado junto a nosotros y nos miraba con una sonrisa de mentecata felicidad.

—Váyase, por favor —le supliqué.

Asintió con la cabeza pero no cambió la expresión ni se movió de donde estaba. Irene me pasó un brazo por la cintura y me obligó a caminar hacia la salida. Tenía tantas palpitaciones que pensé que iba a darme un infarto. Sin embargo, mi amada me acarició el estómago y reclinó la cabeza en mi hombro. Aquello me devolvió la serenidad suficiente para recordar el discurso que tenía preparado.

—Irene, tenemos que acabar con el silencio. Lo desterraremos para siempre. Por poner un ejemplo, estoy seguro de que te has entregado a una frenética actividad sexual con todo tipo de negros y mulatos, aventureros americanos y revolucionarios sandinistas. Pues bien, puedes contármelo con toda tranquilidad.

No quiero que volvamos a ocultarnos lo que hacemos.

Irene se rio una vez más. Me preguntaba qué era lo que le hacía tanta gracia.

—Eres tú el que oculta las cosas —me dijo, ella también, con voz juguetona—. Yo no te oculto nada. Sólo sucede que me niego a decírtelo.

Managua apareció ante nosotros en forma de una explanada desarbolada. Los coches aparcados parecían formar parte de un cementerio de automóviles. Debí de poner cara de horror, porque Irene se apretó más a mí y me dio un beso rápido en la mejilla.

—Has hecho bien en venir —me dijo—. Éste es un país maravilloso y tengo ya

un *montón* de amigos.

La miré sin poder ocultar cierta indignación ante aquella nueva avalancha de secundarios. Me sentí tentado de decirle que no había comprado spaghetti, pero no quise utilizar una muletilla que pertenecía al pasado. Allí habría que inventar nuevas referencias, cosas más tropicales. Olga me había recomendado que empezara de nuevo.

—Todo me parece bien, Irene. Te seguiré a donde vayas.

Y añadí, descubriendo los placeres de la audacia:

—Después de tantos terremotos menores no puede asustarme uno de verdad.

Camino de la ciudad en una camioneta herrumbrosa, pensé que no me equivocaba poniéndome en manos de Irene. Poco importaba que no tuviera permiso de conducir. Allí todo parecía sostenerse por una especie de tenaz fatalidad acostumbrada a convivir con los cataclismos. Sucedió lo mismo que en cualquier otro lugar, pero sin disimulos. La tierra podía empezar a bramar en cualquier momento. Con un poco de suerte me vería obligado a enfrentarme a un ruido superior, a algo que me permitiría sobrevivir sin sentirme mezquino.

Irene, al volante, me miraba de reojo temiendo quizá que deseara sacarla de aquel lugar. Me pregunté si seguía siendo la misma, si había sabido alguna vez cómo era aquella mujer. Tuve la necesidad imperiosa de demostrarle que estaba muy próximo a ella. Le pasé un brazo por los hombros y la besé en el cuello. Un escalofrío le recorrió la espalda. Pensé que, aunque todo se pusiera en contra nuestra, nada iba a privarme del lujo de seguir amando a aquella íntima desconocida. La verdad era que empezaba a encontrarme bien en el Caribe, un lugar que —como yo mismo y mi remota Caltanissetta, como san Juan de Nepomuk y hasta mi querida y triste Irene, como el silencio en definitiva— estaba seguro de que en el fondo no existía.

En aquel momento se me ocurrió una idea lamentable.

—Lo he estado pensando todo este tiempo —mentí—. Deberíamos escribir algo sobre el peligro.

Como si acabara de recibir un latigazo en la boca, tuve la sensación de que había besado con apresurada torpeza el filo de un cuchillo. Pero, muy lentamente, una sonrisa asomó a los labios de Irene. Aunque no puedo asegurarlo, creo que compartimos por un instante la impresión de estar acariciando el verdadero tema de aquel libro que, algún día, quizá llegáramos a escribir. Y fue entonces cuando una sombra fugaz nos nubló la visión. Un golpe seco sonó delante mismo de nuestras caras y, tras un rápido batir de alas agónicas, el cuerpo reventado de un gran pájaro se deslizó por el parabrisas.



PEDRO ZARRALUKI. escritor español nacido en Barcelona en 1954.

Publicó su primera obra en los años setenta, destacando como escritor junto con otros jóvenes literatos de su generación. Tras más de dos décadas de carrera, ha logrado prestigio entre la crítica y el público, como novelista y como narrador de relatos, habiendo sido estos últimos traducidos a diversos idiomas.

Regenta el Café Salambó en Gràcia, Barcelona, al que acuden personajes del mundo de la literatura, y ha creado un premio literario con ese nombre.

Imparte clases de cuento en el Ateneo de Barcelona.

En el año 1990 obtuvo el Premio Ciudad de Barcelona y El ojo crítico de RNE, en 1994 el Herralde, y en 2005 el Nadal por su novela *Un encargo difícil*.

Entre sus libros de relatos más reconocidos se encuentran *Galería de enormidades* y *Retrato de familia con catástrofe*.